

UNIV. OF ARIZONA
860.982 A973
Ayala Duarte, Crisp/Historia de la liter
mn
3 9001 03793 9389

C. AYALA DUARTE

HISTORIA DE LA Literatura Argentina

EDICION DE PARRA LEON HERMANOS

en homenaje al

LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

con motivo del primer centenario de su muerte.

CARACAS
EDITORIAL SUR-AMERICA
1930



Digitized by the Internet Archive
in 2024

HISTORIA

DE LA

Literatura Argentina

POR

C. AYALA DUARTE



CARACAS
EDITORIAL SUR-AMERICA
1928



860.982

A973

INTRODUCCION

La literatura argentina, que durante la primera época de su historia, es decir, durante la dominación de España, tuvo entre las otras de Hispano-América lugar tan secundario, adquiérela entre las de primer orden después de consumada la independencia y establecida la República. No podía ser sino muy pobre el tesoro poético durante los dos primeros siglos de la colonia a pesar de la influencia enorme que allí como en casi todo lo restante de los territorios platenses, ejercieron los misioneros de la Compañía de Jesús. Buenos Aires careció de imprenta hasta que el virrey Vértiz trasladó la de los jesuitas de Córdoba, comenzado ya el siglo XVIII; y no datan de más lejos la organización de los estudios, llevada a cabo por el mismo virrey, las expediciones científicas de Oyarvide, Alvear, Cabrer y Azara, y el nacimiento del teatro. Ni fué sino a principios del siglo XIX cuando se estableció el primer periódico, *El Telégrafo* (1801-1802), órgano de la *Sociedad Patriótico-Literaria*.

Casi un lustro más tarde, la victoriosa guerra de la Reconquista, cantada en versos inmortales por D. Juan Nicasio Gallego en la Península, daba a los españoles de Buenos Aires la conciencia de su propio valer como

defensores de su autonomía. Y no parece sino que, una vez calado el “yelmo rutilante”, embrazado el “ponderoso escudo” y armada la diestra de “refulgente acero” por el propio genio de la Madre Patria, la América del Sur, sin ceder ya hasta dejar concluida la obra de su total independencia, de pie sobre los Andes,

Golpe terrible en el broquel sonante
Da con el pomo, y al fragor de guerra
Con que herido el metal gime y restalla,
Retiembla la alta sierra
Y el ronco hervir de los volcanes calla.

Se ha dicho que en la guerra de la independencia hispano-americana luchó España con sus propios hijos y se venció a sí misma, expresión no poco galante y afectuosa, y un sí es no es verídica, que por lo afectuosa y lo galante y también por lo que de verídica tiene hemos gustado de repetir; pero eso no obsta para que ahondemos, propicia la ocasión, hasta donde llega la verdad y donde empieza la mentira de lo que con ella quiere significarse; pues si es verdad que en su mayor parte los independientes eran por la sangre españoles, también es cierto que su mente había empezado a no serlo y a preferir la francesa a la cultura española, como lo notó bien claramente el barón de Humboldt. No cabe disputa en la influencia que ejercían ya por entonces los franceses, y especialmente los hombres de la Revolución, en el espíritu de los americanos. En alguna de las hoy flamantes Repúblicas autónomas del Nuevo Mundo la publicación clandestina de la *Declaración de los Derechos del Hombre* fué la primera señal de rebelión contra el gobierno de la metrópoli (1).

(1) Con fecha de 24 de setiembre de 1789, transmitió D. Antonio Portier al sor. *Governador de Caracas* la comunicación que a la letra transcribimos:

“El Sor. Conde de Floridablanca con fecha. de 21 del corrien-

Inútil es decir que aquella pugna de los espíritus no ha cesado todavía; y si entonces los hispanoamericanos hallaron pábulo en lo francés para lograr la independencia, ahora reniegan de todo lo español y castizo por el sólo gusto de ser y parecer franceses....

Consumada la independencia, empezó a dar más

te, ha pasado al Ministerio de mi cargo de Orden del Rey el oficio siguiente: "Hallándose S. M. informado de qe. hay algunos individuos de la Asamblea Nacional de París, y entre ellos uno llamado Mr. Cotein, qe. se han propuesto hacer introducir en América un Manifiesto sedicioso p^a suscitar aquellos habitantes por todos los medios qe. puedan dar de sí una seducción persuasiva a sacudir el yugo de la Dominación Española, siguiendo el exemplo que les dá la Francia, y que han copiado varios exemplares que enviarán por todas las vías posibles para qe. lleguen los mas que sea dable me manda S. M. trasladarlo a U. Ex^{ta} reservadamte. para que sin pérdida de correo expida las convenientes, y tome las precauciones posibles p^a impedir por medio de los Obispos, y Prelados Eclesiásticos, la introducción, y expendición de los papeles qe. se citan, cuyo primer objeto es el espíritu de independencia, y de irreligión.

"I conociendo el Rey las fatales consecuencias qe. de lo expresado se pueden seguir a sus amados vasallos de esos Dominios, encargo a V. S. de su Rl. Orn. con la mayor estrechez y reserva, qe. con la misma ponga quantos medios le dicte su prudencia, el zelo de la Religión, y el bien del Estado, para procurar impedir la introducción, y expendición de los Papeles sediciosos qe. se enuncian; procediendo contra los culpados conforme a dro, y según el rigor de las Leyes del Revno en casos de igual naturaleza. Dios gue. á V. S. ms. as. Madrid", etc.

El terreno estaba abonado sin duda para recibir el gérmen de la insurrección que con tanta pujanza iba a desarrollarse en América. Las doctrinas de los filósofos habían ido cundiendo poco a poco entre la gente culta, y aun hubo muchos clérigos y frailes tocados de liberalismo por la Revolución francesa, como dice D. Ricardo Rojas que lo estaba D. Manuel Belgrano. En la biblioteca del Padre Maciel—dice el mismo autor—se hallaron las obras de Bayle y de Voltaire junto a Bossuet, Flechier, Fenelón, y en la del canónigo Terrazas, de Chuquisaca, leyó D. Mariano Moreno las de Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Raynal y D'Aguesseau. Así pudo publicar después aquel joven y apasionado demagogo que se atrevió a ordenar la ejecución del antiguo virrey, D. Santiago de Liniers, la versión española del *Contrato social* de Rousseau, a quien Moreno llama en el prólogo «admiración de su siglo» y «asombro de todas las edades».

Justo es reconocer, con todo, que este ambiente, filosófico primero, revolucionario y demagógico a poco de entrado el si-

brillantes muestras de sí la literatura de la República Argentina.

La escuela neo-clásica, con todo, no produjo allí ningún Olmedo, como tampoco la ecléctica, ni mucho menos la romántica independiente, había de dar a Buenos Aires ningún Bello: mas no hubo de faltarle un Varela, a quien se ha querido colocar muy cerca "de los

glo XIX, había sido formado y extendido en América por muchos españoles gobernadores y maestros de los americanos: que tan diestra y sutilmente, aunque tal vez sin columbrarlo ni quererlo, prepararon la ruina de la monarquía los mismos encargados de velar por su seguridad y acrecentamiento.

No sin algo de razón ha podido, pues, el Sr. Rojas atreverse a decir que los americanos recibieron de España, juntamente con otras, la «luz» de la «nueva vida» que hoy tienen: «Nuestros historiadores políticos, agitados aún por el odio de la revolución contra España, han padecido de una pasión militante en contra de la metrópoli y de una pasión militante en favor de estas colonias que entonces llegaron a su mayor edad de naciones. A despecho de esa prestigiosa tradición, yo me atrevo a decir que fué de España de donde nos vino, también, la luz de esta nueva vida. Y para comprenderlo así, bastará estudiar los fundamentales cambios que sufrió la cultura peninsular en el siglo XVIII, a partir de Felipe V, con el cambio de dinastía y el renuevo filosófico en el gobierno y la literatura. Aquella es la edad escéptica y liberal que se llamó «de los filósofos» y «de los afrancesados» en España. Declinaba en las letras el conceptismo culterano de la época anterior, y entraba con Luzán y las «sociedades del Buen Gusto»—como se decía—la influencia moderna de Boileau y del clasicismo francés.... Iniciábase una era de elegancia y de polémicas, con el *Teatro crítico* de Feijoo y el *Fray Gerundio* de Isla; florecían los fabulistas Iriarte y Samaniego, los economistas Jovellanos y Campomanes. La vida penular de la nación alcanzaba representación inmortal en el arte con los sánetes de D. Ramón de la Cruz y los caprichos de D. Francisco de Goya. Es la generación de «los despreocupados» en materia religiosa, de «los regalistas» en materia política, de «los economistas» en materia social. Los Ministros se llamaban Aranda, Gálvez, Floridablanca, muy distintos a los del tiempo de Felipe II, y muy superiores a los de Francia en las postrimerias del viejo régimen. Rousseau y Voltaire se hicieron familiares a los españoles cultos del tiempo de Carlos III, y entre éstos era raro el que no había viajado por Francia. Revisábanse todos los valores, incluso los del régimen colonial, sobre el cual se proponían las más avanzadas reformas. Fundábanse asociaciones como la Real Academia para el estudio del idioma, o la de Historia, para el estudio del pasado español, mientras otras se organizaban por su cuenta para el fomento de la riqueza pública. Además de estas asociaciones visibles,

Olmedos y Heredías de otras partes", ni un D. Esteban Echeverría que importara directamente de Francia el romanticismo, y fundara con algo de francés y mucho de argentino la escuela poética *nacional* en las márgenes del Plata. José Mármol, el que increpó a Rosas en nombre de la libertad, como los antiguos profetas a los tiranos de Israel en nombre del Altísimo; Campo y Hernández, que cantaron a los salvajes de las pampas, como pudieran hacerlo *payadores* iniciados en los refi-

había otras secretas, de carácter internacional y revolucionario, casi todas masónicas. Si bajo los Austrias, reyes de tipo germánico, la España del siglo XVI consolidó el *despotismo* (*sic*), bajo los Borbones del siglo XVIII se abrió a corrientes de racionalismo y *libertad*, desgraciadamente malogradas por Fernando VII, cuando vino la reacción, pero sin duda fecundas y gloriosas bajo Carlos III, *flor* de aquella dinastía francesa.

«Claro es que este nuevo espíritu peninsular no había de llegar al Nuevo Mundo sino de un modo furtivo. Nadie pudo evitar que lo trajeran dentro de sí virreyes y nuevos magistrados, que constituían siempre una oligarquía, pero diversa de la oligarquía levítica del siglo XVII y de la oligarquía militar del siglo XVI. Además, en el siglo XVIII fué muy frecuente que los padres pudientes de América enviaran sus hijos a las academias militares o a las escuelas universitarias de España. Manuel Belgrano estudió en Salamanca, y de allí trajo las ideas de reforma económica que difundió desde el Consulado. San Martín, Alvear, Puyrredón, Borges, Moldes, habían recibido, junto con su aprendizaje militar en la Península, su iniciación masónica y revolucionaria. Claro que España se contagiaba a su vez de los carbonarios italianos, de los enciclopedistas franceses y de los economistas británicos; pero es evidente que la irradiación del nuevo pensamiento filosófico habría de llegar a las colonias del Plata más bien de España, que no de otras naciones con las cuales no teníamos intercambio comercial ni mental. No se enseñaba idiomas extranjeros en los colegios coloniales, ni aquí residían europeos de cultura, fuera de los españoles. Mejor que la tripulación de algún buque mercante de bandera inglesa o que los prisioneros británicos de las invasiones, fueron nuestros primeros maestros de racionalismo, ministros como Gálvez, Aranda, Floridablanca; gobernantes locales como Bucareli, Ceballos, Vertiz; viajeros como Azara, Aguirre, Cerviño; jóvenes argentinos en España educados como Belgrano, Borges, y Moldes. Harto significativo es que Mariano Moreno al publicar el *Contrato Social*, no necesitara traducirlo—según suele decirse—pues se valió, al reeditarla en Buenos Aires, de una traducción española que ya circulaba en la Península». (O. cit., tom. II, *Los coloniales*, pág. 530 y siguientes¹).

namientos del arte; Olegario Andrade, versificador apocalíptico; y el tierno y melancólico cantor de la desolación del Paraguay, y Rafael Obligado, insigne poeta castellano y argentino, y el excelente Oyuela, son y serán por cierto, a pesar de los defectos más o menos graves que a varios de ellos pueden atribuirse, una brillante falange de discípulos de Apolo.

La prosa seria y erudita ha merecido parabién de las doctas plumas de D. Carlos Calvo, famoso publicista, de D. Juan M. Gutiérrez, investigador y crítico literario, de D. Santiago Estrada y D. Ernesto Quesada, insignes polígrafos, de los historiadores López, Mitre, Zinny, Pelliza, etc., etc. D^a Manuela Gorriti inscribió su nombre entre los de los mejores novelistas de América.

Todavía, antes de expirar el siglo XIX, necesitó Rubén Darío visitar el azul Plata y satisfacer a la novísima aristocracia literaria de la República Argentina cantando a Leda y al Cisne, para empuñar el cetro de la poesía modernista. Estudiamos en los siguientes capítulos las vicisitudes de la literatura argentina y las obras de los buenos y los malos escritores, que la representan.

EPOCA PRIMERA

(1516-1816)

CAPITULO I

Siglos XVI y XVII y primera mitad del siglo XVIII.

Primeros monumentos de la literatura; crónicas de la conquista. Poema de la Argentina, por Don Martín del Barco Centenera. Rui Díaz de Guzmán. Don Luis de Tejeda. La Compañía de Jesús en el Plata. La Universidad de Córdoba del Tucumán. Influencia de los jesuitas en la educación científica y literaria

Los primeros monumentos de la literatura argentina, como el descubrimiento y conquista del Río de la Plata, remontan al siglo XVI, y son crónicas de estos sucesos (1). Pueden citarse como las principales la que

(1) La ciudad, fundada por Mendoza, y llamada de Buenos Aires "por lo saludables que eran los que allí corrían", contó primitivamente dos mil quinientos habitantes. Los indios querandies, ayudados de otras tribus, la atacaron y destruyeron; en 1541 fué abandonada del todo en virtud de disposición oficial; y los pocos colonos que sobrevivieron a Mendoza, muerto en viaje de regreso a España, se retiraron a la Asunción, en el Paraguay. De allí pasaron a Buenos Aires con Garay a la cabeza, los que habían de reconstituirla y dejarla fundada nuevamente y de modo definitivo, el 11 de junio de 1580.

Mera crónica rimada de su primer sitio y destrucción, vienen a ser las coplas de D. Luis de Miranda, sacerdote español que llegó al Río de la Plata en la expedición de D. Pedro de Mendoza. Tal vez en la Asunción escribió el de Miranda su

ROMANCE ELEGÍACO

En las partes del Poniente	Que seis maridos ha muerto
Es el Río de la Plata,	La señora;
Conquista la más ingrata	Y comenzó la traidora
A su señor;	Tan a ciegas y siniestra,
Desleal y sin temor,	Que luego mató al maestre
Enemiga del marido,	Que venía.
Que manceba siempre ha sido	Juan de Osorio se decía
Que no alabo.	El valiente capitán,
Cual los principios el cabo	Fueron Ayolas, Luján
Aquesto ha tenido cierto,	Y Medrano,

escribió Ulrico Schmidel compañero del expedicionario
Don Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires

Salazar por cuya mano
Tanto mal nos sucedió.
Dios haya quien lo mandó
Tan sin tiento,
Tan sin ley ni fundamento,
Con tan sobrado temor,
Con tanta envidia y rencor
Y cobardía.
Todo fué de mal en mal
En punto desde aquel día,
La gente y el general
Y capitanes.
Trabajos, hambres y afanes
Nunca nos faltó en la tierra
Y así nos hizo la guerra
La cruel.
Frontera de San Gabriel,
A do se fizo el asiento;
Allí fué el enterramiento
Del armada.
Jamás fué cosa pensada
Y cuando no nos catamos,
De dos mil aun no quedamos
En doscientos.
Por los malos tratamientos
Muchos buenos se acabaron,
Y otros los indios mataron
En un punto.
Lo que más que aquesto junto
Nos causó ruina tamaña
Fué la hambre más extraña
Que se vió:
La ración que allí se dió
De farina y de biscocho
Fueron seis onzas u ocho
Mal pesadas
Las viandas más usadas
Eran cardos y raices.
Y a hallarlos no eran felices
Todas veces.
El estiércol y las heces,
Que algunos no digerian
Muchos tristes los comian
Que era espanto;
Allegó la cosa a tanto
Que, como en Jerusalén,
La carne de hombre también
La comieron.
Las cosas que allí se vieron
No se han visto en escritura:

Comer la propia asadura
De su hermano.
Oh! juicio soberano
Que notó nuestra avaricia
Y vió la recta justicia
Que allí obraste,
A todos nos derribaste
Que era nuestra casa y lodo
Todo uno.
Pocos fueron o ninguno
Que no se viese citado
Sentenciado y emplazado
De la muerte;
Más tullido el que es más fuerte
El más sabio, el más perdido.
El más valiente, caído
Y hambriento.
Almas puestas en tormento
Era vernos, cierto, a todos
De mil maneras y modos
Ya penando;
Unos continuo llorando,
Por las calles derribados;
Otros lamentando echados
Tras los fuegos:
Del humo y cenizas ciegos
Y flacos, descoloridos;
Los otros desfallecidos
Tartamudos.
Otros del todo va mudos,
Que el huergo echar no podían
Así los tristes morían
Rabiando.
Los que quedaban gritando
Decían: Nuestro general
Ha causado aqueste mal,
Que no ha sabido
Gobernarse, y ha venido
Aquesta necesidad.
Causa fué su enfermedad,
Que si tuviera
Más fuerzas y más pudiera,
No nos viéramos a puntos
De vernos así trasuntos
A la muerte.
Mudemos tan triste suerte
Dando Dios un buen marido
Sabio, fuerte y atrevido
A la viuda.

(1535) (1); los Comentarios (1555) del secretario del adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca (2), y la que escribió, en ramplonas octavas y sin sujetarse a otra ley que su prurito de narrar, un soldado de la expedición de D. Juan Ortiz de Sárate, el Adelantado (1572), por nombre D. Martín del Barco Centenera, oriundo de Extremadura. Fué Centenera, cuando viejo, canónigo de Tucumán, y el año de 1602, imprimió en Lisboa su libro intitulado

(1) La *Verídica descripción* de Schmidel se publicó por primera vez en alemán en 1567 por Sebastián Franck de Word. Siguieron a ésta varias ediciones alemanas y latinas. Era Schmidel un joven bávaro de pocos estudios pero de ánimo atrevido; pasó a Buenos Aires en la expedición de Mendoza y regresó a su patria después de 20 años de vida aventurera. En cuanto a la veracidad de su relato, es cierto que Schmidel la procura, pero la moderna crítica histórica ha demostrado "la frecuencia con que se equivoca en nombres, fechas, cifras y lugares". Rojas le tiene, empero, en cuanto al fondo, por "uno de esos hombres a quienes puede creerse porque carecen de la imaginación necesaria para inventar" (Paul de S. Víctor). Y aduce como muestra la descripción del hambre que padeció Buenos Aires durante el asedio por los indios: "...El muro de la ciudad tenía de ancho 3 pies; mas lo que un día se levantaba se nos venía abajo al otro; a ésto la gente no tenía qué comer, se moría de hambre y la miseria era grande; por fin, llegó a tal grado, que ya ni los caballos servían, ni alcanzaban a prestar servicio alguno. Allí aconteció que llegaron a tal punto la necesidad y la miseria, que por razón de la hambruna ya no quedaban ni ratas, ni ratones, ni culebras ni sabandija alguna que nos remediasse nuestra gran necesidad e inuadita miseria; llegamos hasta comernos los zapatos y cueros todos. Y aconteció que tres españoles se robaron un rocín y se lo comieron sin ser sentidos, mas cuando se llegó a saber, los mandaron prender e hicieron declarar con tormentos, y luego que confesaron el delito, los condenaron a muerte en horca y los ajusticiaron a los tres. Esa misma noche otros españoles se arrimaron a los tres colgados en las horcas y les cortaron los muslos y otros pedazos de carne, y cargaron con ellos a sus casas para satisfacer el hambre".

(2) Los *Comentarios* son obra de Pero Hernández, secretario del Adelantado, y no de éste, como han creído algunos, engañados—dice Rojas—por haberse publicado en un solo volumen (1555) con la relación de los *Naufragios*, que sí es de Alvar Núñez y había sido impresa en Zamora en 1542. Esta última se refiere al viaje que hizo a la Florida (1527—1537) como tesorero del gobernador Pánfilo de Narváez. Hay varias ediciones de los *Comentarios* en castellano, inglés, francés e italiano. (Véase Rojas.—Ob. cit., tom. II, Cap. I, y II).

Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los Reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil, por el Arcediano D. Martín del Barco Centenera, dirigida a D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, Virrey gobernador y Capitán general de Portugal, por el Rey Philipo III nuestro Señor, etc. Consta el poema de veintiocho cantos en los que se tratan las cosas más diversas, verdaderas y fingidas, sin unidad ni cohesión, como los sucesos de la expedición de Zárate, parte de la vida del repoblador de Buenos Aires, D. Juan de Garay, cuya administración, así como la de su sucesor Mendieta “no pueden estudiarse ni conocerse—al decir de Gutiérrez—en otra fuente original y verídica” (1); muchos hechos y acaecimientos de la conquista e historia del Perú, verbigracia la rebelión de D. Pedro de Mendoza, el terremoto de Arequipa, las disposiciones del Concilio de Lima de 1581, y aún la derrota de Cavendish, el pirata, en 1592, a la cual dedica nada menos que los tres últimos cantos, y al lado de esto la descripción de los edificios del Paytiti, el palacio del gran Moxó y otras maravillas, referentes a la laguna del Dorado, etc., etc.

Trasladamos como muestra del estilo con que está escrita, la siguiente descripción que es de lo más poético que tiene. Cuenta el autor cómo estando en la playa una dama,

Un pece de espantable compostura
Del mar salió reptando por el suelo:

(1) El señor Roias ha rectificado este juicio. Hoy no se concede a “la mala crónica en verso” del Arcediano del Río de la Plata tan gran valor histórico, y la *Argentina* “es sólo el título inmortal de una obra muerta”. Barco Centenera fué quien bautizó con el nombre de *Argentina* el territorio rioplatense, y aun parece que antevió su posterior grandeza cuando dijo:

Yo entiendo que ha de aver grande tesoro
Algun tiempo de plata allí, y de oro.

Subióse ella huyendo en una altura
Con gritos que ponía allá en el cielo:
El pece la siguió: la sin ventura
Temblando está de miedo con gran duelo,
El pece con sus ojos la miraba,
Y al parecer gemidos arrojaba.

Salió en esto el galán de la montaña,
Y el pece se metió en la mar huyendo....

Aparte de éste, apenas hay memoria de otros poetas, Bernardo de la Vega y Luis Pardo, al parecer andaluces, que moraran por entonces en territorio del reino de Tucumán. Hablaremos de ellos nuevamente en nuestra "Historia de la literatura paraguaya".

Hasta el siglo XVII no parecen cronistas, ni poetas naturales del Plata. Rui Díaz de Guzmán floreció en la segunda mitad del siglo anterior, y acabó en 1612 su *Argentina manuscrita*, cuyos originales se perdieron. Era Rui Díaz hijo de Alonso Riquelme, sobrino de Alvar Núñez, y de Ursula Irala, hija que hubo en una de sus mujeres indígenas D. Domingo Martínez de Irala, natural de Guipuzcoa. El cronista, como era de esperarse, habla en términos pomposos de las cualidades y aptitudes de los mestizos y dice que los españoles "tuvieron de las mujeres que les dieron los naturales de esta tierra, muchos hijos e hijas que los criaron en buena doctrina y policía, tanto que S. M. ha sido servido de mandarlos honrar en oficios y cargos encomenderos en aquella provincia, los cuales con mucha fidelidad han servido a S. M. con su persona y hacienda, de que ha venido muy gran aumento, porque en el día de hoy ha llegado a tanta multiplicación y procreación que han salido de esta ciudad para las demás que se han fundado en aquella gobernación, colonias de pobladores. Correspondiendo bien a la antigua nobleza de que descenden, son comúnmente buenos soldados, de gran valor y ánimo, inclinados a la guerra y las armas, los cuales ejer-

citan todo género de ellas con mucha destreza, con especial la escopeta, a que son muy dados generalmente; y así, cuando salen a sus jornadas se sustentan con sólo lo que matan con el arcabuz, del cual son tan diestros en la puntería, que matan en el aire las aves que van volando con pelota rasa y hacen tiros tan admirables que es tenido por mal arcabucero el que no lleva de un tiro una paloma o gorrión. Son buenos hombres de a caballo de ambas sillas; y así, no hay ninguno que no sepa domar un potro y criarlo, y hacerle extremo en las demás cosas necesarias a la ginetá y a la brida, y sobre todo son muy obedientes a sus capitanes y leales servidores a S. M." De las mestizas dice: "las mujeres que en aquella tierra se crían y nacen, por la mayor parte son de grande presunción y nobles y honrados pensamientos, muy honestas y virtuosas, gallardas y dispuestas, discretas y hermosas, y de buen ingenio y habilidad: son de mucho primor de aguja y labrado, de que comúnmente son muy ejercitadas".

Rui Díaz fundó pueblos, peleó contra los bárbaros, desempeñó cargos municipales, hizo una *Probanza* de sus méritos y servicios *conforme a la nueva orden de S. M.* (1605), donde constan muchos de sus trabajos y fortunas, y entre éstas la de haber contribuido a la conversión de diez mil indios. Casó en el Paraguay, fundó y dotó en Buenos Aires la Cofradía de la Inmaculada Concepción y fué a morir a la Asunción el año de 1629.

A principios del siglo XVII vino al mundo en Córdoba del Tucumán el primer poeta nativo de la Argentina, D. Luis de Tejeda (1604—1680), nieto de uno de los conquistadores y pobladores de aquella provincia, D. Tristán de Tejeda. Fue D. Luis de los primeros discípulos de los Jesuitas que se establecieron en Córdoba, y andando el tiempo, "el secular más literato", el "oráculo"

de la Universidad Cordobesa, según el obispo Villarroel (1).

Confesión que a veces raya en cínica, de las liviandades de su "prolongada juventud" es el *Peregrino en Babilonia*, poema que, con otras poesías breves de carácter religioso, salió de la pluma de Tejeda en los últimos años de su vida, pasados en el Convento de dominicos de Córdoba, donde entró como lego en 1661 (2). La primera parte del *Peregrino* empieza:

La ciudad de Babilonia,	Mientras canto y mientras lloro,
Aquella confusa patria,	Y entre memorias pasadas
Encanto de mis sentidos,	Refiero agravios presentes,
Laberinto de mi alma;	Me escuche desde su alcázar:
Aquella que fué mi cuna	Para cantarlas me siento
Al tiempo en que el sol pisaba	Sobre la arenosa falda
La cola del Escorpión	Deste humilde y pobre río
Y él le miraba con rabia;	Que murmura a mis espaldas.

Y la segunda parte, *A las soledades de María Santísima*...

Los pasos que el errante peregrino
Dio por el libre reino babilonio,
Después de reducido al blando imperio
De Anfrisa, esposa suya y tierna amante....

Léase uno de los mejores fragmentos por Rojas trascritos:

A vos, dulce Señor y amor divino,
Puesto en este espectáculo terrible,
Alzo la vista y corazón inclino,
Porque en mi interior pena y voz sensible
Me miréis, como a Pedro soberano,

(1) Citado por Rojas. Ob. cit., tom., II, Cap. VI.

(2) Las dos partes que se conservan del *Peregrino* y las poesías sueltas de Tejeda fueron dadas a conocer por el señor Rojas, que halló el códice que las contiene en la Biblioteca Nacional argentina. Otros códices incompletos han aparecido posteriormente en la ciudad natal de Tejeda. Colítese de un pasaje de *El Peregrino* que su autor escribió en la primera juventud una comedia de que sólo ha quedado el recuerdo.

Que si lo hacéis en mí como es posible,
Lloraré el cautiverio en que el tirano
Apetito me tuvo, codicioso,
Como antes dél lloré el carnal y humano.

Según Rojas, Tejedá leyó e imitó a Góngora, cuya fama entonces culminaba, en la *Canción saphica a Sta. Teresa de Jesús, celebrando el día en que se fundó su Monasterio de esta ciudad de Córdoba*. Véase la primera estancia:

Teresa Virgen del Divino Tálamo
Donde blanca empuñáis palma pacífica,
Y estáis mirando la presente historia,
Si bien a acentos de una lira aurífica,
Más que a los rasgos de mi rudo cálamo
Se debía mejor vuestra memoria;
Cantaré hoy vuestra gloria
Pues alienta mi cántico
El ver que vos en este reino Atlántico,
Contra el tartáreo y el humano cálculo,
Sois desta casa ya el sagrado Oráculo,
Para guiar sus hijas desde el célico
Reino, con claro báculo,
Por el camino áspero Evangélico.

Por gongóricos tiene también el historiógrafo argentino los versos subrayados del siguiente soneto, donde la palabra *goza* no conserva la rima propia de esa breve poesía, e induce a pensar que ya desde entonces empezaban los americanos a confundir en la pronunciación la s con la z (1):

(1) "En la América Española, la c antes de e y de i, y la z en todos los casos representan el mismo sonido que la s". (D. José Manuel Marroquín. *Tratado de Ortología castellana*, parte primera).

Sor Juana Inés de la Cruz (siglo XVII) dice en un soneto:

Y aunque llegue la muerte *presurosa*
Y tu fragante vida se te aleja,
No sientes el morir tan bella y *moza*:
Mira que la experiencia te aconseja
Que es fortuna morirte siendo *hermosa*

A SANTA ROSA DE LIMA

Nace en provincia verde y espinosa,
Tierno cogollo, apenas engendrado,
Entre las rosas, Sol es ya del prado,
Crepúsculo de otor, mayo de rosa;

De los llantos del alba apenas goza,
Cuando es del dueño singular cuidado,
Temiendo se lo tronche el rudo arado,
O se lo aje mano artificiosa.

Mas ya que del cairel desaprisiona
La virgen hoja, previniendo engaños,
La corta y pone en su guirnalda o zona;

Así esta virgen tierna en verdes años
Cortó su autor y puso en su corona
A bien anticipados desengaños.

Desde el siglo XVI pasaron a evangelizar a los indios de las regiones platenses clérigos y frailes de diversas órdenes, dominicos y mercedarios, agustinos y bethlemitas; mas entre todos se distinguieron por el extraordinario éxito de sus empresas los jesuitas y franciscanos.

San Francisco Solano, luego que llegó al Tucumán, escribe el Padre Fr. Diego de Córdoba, "recibió a su cargo las doctrinas y pueblos de Socotanio y Magdalena y otros pueblos acudiendo a la administración y enseñanza de los indios, con la obligación de Cura y Vicario que era de ellos; y aunque las lenguas que los indios de aquellos pueblos hablan son varias y distintas y dificultosísimas de percibir y pronunciar; las supo y aprendió y entendió el Santo padre Solano con tanta elegancia y en tan breve tiempo, que jura el siervo de Dios Fr. Juan de Castilla, sacerdote antiguo testigo de vista, que todos

Y no ver el ultraje de ser vieja.

Igual defecto prosódico se advierte en otro soneto, acróstico, del doctor Maciel (siglo XVIII):

Llore ésta de la suerte su *fracaso*
Oyendo el loor de quien vino y venció
Sin movimiento alguno de su *brazo*.

los religiosos y seculares que habitan aquellas tierras han forjado que fué cosa sobrenatural y que por infusión del Espíritu Santo milagrosamente las entendía y hablaba....” (1).

Fr. Luis de Bolaños, evangelizador de los guaraníes, fundó en 1580 las doctrinas del Paraguay, tan célebres más tarde por la organización que les dieron los jesuitas; escribió un *Vocabulario y gramática* y un *Catecismo y Oraciones de la lengua guaraní* que circuló manuscrito. Fué su biógrafo el cronista Córdoba Salinas, el cual refiere lo siguiente del célebre misionero: “Estando una noche rancheando, puso su hamaca en dos ramas de diversos árboles, sentóse en ella y sacó su breviario para rezar a la luz del fuego que había. Llegó intempestivamente un gran tigre y púsose detrás del bendito padre. Los indios alborotados dieron voces: *Fr. Luis Yaguareté!* Y él los aquietó. Llegó el tigre y haciendo presa en el breviario, se retiró a la montaña. Conociendo el P. Fr. Luis que el espíritu malo le hacía aquella burla para estorbar el oficio divino, riéndose se fué solo, sin permitir que lo acompañasen, tras el tigre por la montaña adentro; y aunque era de noche y oía muy poco, le siguió, dio alcance, quitó con confusión del demonio el breviario y se vino al rancho donde le aguardaban los indios temerosos de algún fracaso. Púsose a rezar con mucha serenidad como si no hubiese sucedido nada” (2).

Entre los primeros misioneros de la Compañía de Jesús descuellan los padres D. Alonso Barzana o Bárcena y D. Antonio Ruiz de Montoya de quien hablamos más largamente en la “Historia de la literatura pa-

(1) *Crónica de los doce apóstoles del Perú*, citada por Rojas.

(2) Id.

raguaya" (1). Fue el santo padre Barzana, llamado "el apóstol del Tucumán", natural de Córdoba de España, donde nació en 1528; predicó el Evangelio en la Argentina por los años de 1580, habló once lenguas, asistió en la prisión al Inca Tupac Amarú y procuró juntamente con otros dos padres convertirle al cristianismo (2); escribió un *Arte de la lengua toba y Lexica et præcepta grammatica*; etc. (Peruvia, 1590). Murió en el Cuzco en 1598.

La Universidad de Córdoba del Tucumán, regida por los jesuitas desde la fecha en que se instituyó hasta que fueron expulsados en 1767, tuvo su origen en el Colegio-Seminario donde ya en 1610 tenían los padres estudios de teología y de artes. Este colegio se transformó más tarde, por voluntad del obispo Trejo y Sanabria, en otro donde los mismos Padres leyeron latín, artes y teología, y éste fué el que, a partir de 1622 quedó convertido en Real y Pontificia Universidad, por Bula Apostólica de Gregorio XV y Real Cédula de Felipe III. Sus constituciones datan de 1680, y aunque estaba facultada para conferir grados, a ningún doctor graduó en jurisprudencia civil, de la cual no tuvo cátedra hasta fines del siglo XVIII; por tanto los argentinos tenían que ir a cursar esta materia en la Universidad de Chuquisaca (3).

(1) Allí damos entera noticia de la famosa provincia jesuitica del Paraguay en la cual se incluía a Córdoba del Tucumán y a Buenos Aires.

(2) Cristóbal de Molino y Fr. Agustín de Coruña (V. Gallancha, *Corónica Moralizada*).

Debe recordarse también al doctor Xarque, Deán de Santa María de Albarracín, a los cronistas Pastor, Techo, Machoni, Lozano, Guevara y otros varios, de quienes volveremos a hacer mención en otra parte.

(3) Más tarde, en tiempo de los virreyes, se redactaron nuevas constituciones; pero no se verificó otro cambio que la adición de una cátedra de Sagrada Escritura (1784).

Mas no se limitó la influencia jesuítica a dirigir la educación intelectual por más de siglo y medio, sino que se extendió a estudiar también la fauna y la flora del país, a describir su superficie en mapas que “imperfectos y todo” fueron los únicos que sirvieron “de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750”, y a escribir su historia civil y religiosa. “Cualquiera que haya hecho estudio de la literatura sudamericana hasta fines del siglo pasado—dice Gutiérrez, citado por Menéndez y Pelayo—no podrá menos de confesar que ninguna colonia europea ha producido más talentos ni mayor número de hombres estudiosos que la española en el Nuevo Mundo. Sólo la Compañía de Jesús cuenta en él muchos más de doscientos entre profesores y predicadores, filósofos e historiadores, brillando entre estos últimos los chilenos Ovalle y Molina, el mejicano Clavijero, el ecuatoriano Velasco y los argentinos Iturri, Juárez, Morales, Suárez, etc., cuyas obras corren traducidas a varias lenguas cultas de la Europa. Lacunza dió prueba en su tiempo de una vasta lectura y de un hondo conocimiento de los libros sagrados, estudiándolos en las lenguas griega y hebrea. Buenaventura Suárez, autor del conocido *Lunario Perpetuo*, cuya primera edición es de Lisboa, adquirió por sí mismo en los claustros de Córdoba y en los bosques silenciosos del Paraguay conocimientos profundos de las ciencias matemáticas aplicadas a la astronomía, dejando pruebas prácticas de su capacidad en los gnomos solares con que decoró los patios del colegio en donde pasó (oscuro y desdénado de los suyos) la mayor parte de su vida, manteniendo comunicación epistolar con afamados astrónomos de su tiempo. . . . Vióse en la necesidad de construir

De 1686 data la fundación del colegio de Monserrat por el doctor D. Ignacio Duarte y Quirós. También este colegio estaba a cargo de los PP. de la Compañía de Jesús.

los instrumentos de observación con sus propias manos, empleando las maderas tersas y consistentes de los bosques vírgenes, en aquellas piezas que requerían bronce o platino para recibir las delicadas graduaciones con que se miden las distancias entre los astros y se señala su paso por el meridiano" (1).

(1) El padre Suárez nació en Sta. Fé (1679) y murió en las misiones del Uruguay (1749). Se le atribuye un *Herbario* que no se ha encontrado. Naturalistas fueron también el hermano Pedro Montenegro y el padre Asperger.

Tampoco debe olvidarse a los PP. Camaño y Ocampo también jesuitas y naturales de la Argentina. Joaquín Camaño (1737—1820), natural de la Rioja, fué geógrafo, autor de varios mapas, entre ellos uno del Gran Chaco, y misionero de los indios Chiquitos, de cuya lengua escribió una gramática. Juan Francisco Ocampo (1729—1814), también de la Rioja, enseñó moral en Córdoba.

El padre Gaspar Xuarez (1731—1804), nació en Santiago del Estero, ingresó en la Compañía en 1748, enseñó filosofía y teología en el Colegio máximo de Córdoba por compendios que él mismo había hecho; fué maestro del Deán Funes y confesor de su madre, cuyo *Elogio* publicó en Roma en 1767. (*Elogio de la señora María Josefa Bustos, americana*); escribió *Cartas edificantes* para consuelo de los jesuitas desterrados, *Historia natural de la jurisdicción de B. A.*, que se ha perdido, y *Observaciones filológicas* que publicó en Roma y, según dicen, escribió en colaboración con el abate L. Gillé. Se atribuyen también a Xuarez una edición de la *Flora del Perú y Chile*, por Ruiz y Pavón, con notas; *Elementos de gramática quichúa* y *Vida iconológica* de San Francisco Xavier, ambas inéditas.

El padre Francisco Iturri (1738—1822) nació en Sta. Fé de la Vera Cruz y entró a la Compañía a la edad de quince años. No ha podido encontrarse su *Historia Civil del Río de la Plata*, ni tampoco su obra sobre los *Males que España debe temer de la libertad con que se calumnia a sus colonias*, anunciada ya en la *Carta crítica sobre la Historia de América del señor Juan Bautista Muñoz*, publicada por Iturri en 1797. Nada hay en esta carta que haga sospechoso a Iturri de deslealtad a España, ni de rebeldía contra el legítimo soberano, y justamente ha podido colegirse de aquí el criterio que debió de presidir a la composición de sus otras obras, hoy perdidas. Pero con más precisión y claridad que pudiera hacerlo escribiendo, mostró la inflexibilidad de su carácter en su misma vida cuyas vicisitudes se confunden con las que agitaron a la Compañía de Jesús en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del siguiente. (Véase Rojas, tom. cit., pág. 347). Desterrado de su patria por el inicuo decreto de 1767 que los masónicos manejos de Aranda habían ido preparando, pudo Iturri hallarse presente a la entrada de las hordas napoleónicas en Roma el año de 1808, y com-

Si fué grande como hemos podido ver, la benéfica influencia de los jesuitas en la educación científica y literaria de los americanos de otras partes fué inmensa en los territorios que forman la parte oriental de la América del Sur, desde el Brasil hasta la Patagonia. No obstante, no han faltado americanos, aún entre aquellos que les debían estar más agradecidos, que se ensañaran contra los Padres y denigraran de su Influjo. A propósito de las *maldades* de la Compañía, pintadas por cierto poeta suramericano en las bóvedas del templo princi-

pelido por los franceses a jurar fidelidad a José Bonaparte, rey intruso de España, negóse rotundamente a hacerlo, prefiriendo al perjurio el cautiverio. Vuelto a la Metrópoli en virtud del permiso concedido en 1798, fué expulsado de nuevo; contóse entre los restauradores de la Compañía en Loyola, mas salió de su patria tercera vez, desterrado por los liberales, de allí a cinco años en 1820.

Extraño parece a Rojas que quien tanto padeció de parte de España fuese siempre fiel español y jamás se inclinase a ninguna divergencia americanista. No lo parecerá tanto, empero, si recorriendo sin prejuicios la historia política de aquellos tiempos, se atan bien todos los hilos de tan complicada maraña y no se olvida de donde había partido el golpe con que soñaron los enemigos de la religión aniquilar para siempre a los Jesuitas. Muy ingeniosa y hábil fué sin duda la obra del filosofismo revolucionario; muy sutiles y perspicaces conocedores del corazón humano los que lo promovieron; mas, por lo que a España respecta, juzgadas las cosas en el aspecto del verdadero patriotismo, de ningún modo fué provechosa aquella obra ni sus autores dignos de alabanza. Ponderan muchos el *dón profético* del conde de Aranda en lo referente a la emancipación de América; pero es verdadera lástima que no fuese tan previsivo cuando fomentaba la obra demoleadora de los filósofos y protegía su expansión por todos los dominios del Rey Católico con evidente perjuicio de la autoridad Real y menoscabo de la Monarquía. Hasta dónde pudieron ocultarse a los penetrantes ojos del célebre Ministro las miras del filosofismo que aliado con la francmasonería aspiraba “no sólo a consolidar la revolución en Francia, pero a destruir todos los gobiernos existentes entonces”, es materia cuya discusión no es de este lugar. No debemos olvidar, con todo, “un dato muy poco conocido que de ser auténtico arroja nueva luz sobre éste personaje. Hace doce años celebraron los masones españoles el centenario de la fundación del *Gran Oriente Nacional de España*, acuñando una moneda de bronce con estas inscripciones: Por el anverso: *Centenario*

pal de las misiones, decía D. Juan Valera, irrecusable autoridad en la materia, a nuestro entender: "Dejo de hablar de ellas porque bastante se ha hablado ya y se

*del Grande Oriente Nacional de España, celebrado en 1880, año, 5º del 6º Gran Maestre. Por el reverso: Grande Oriente Nacional de España, fundado en 1780 por el conde de Aranda 1er. Gran Maestre. La medalla es auténtica y existe en poder de un elevado personaje, que nos ha proporcionado exacto facsímile metálico. En cuanto a la verdad del hecho asegurado en ella, toca probarla a los masones, que así demostrarán al mismo tiempo la estulticia o hipocresía (nosotros nos atenemos a la estulticia) de Carlos III, que publicando pragmáticas contra los masones, ponía su confianza en el Gran Maestre de todos ellos, y la deslealtad del conde de Aranda, que tan inicua y engañosamente al obtuso monarca". (Luis Coloma S. J. *Retratos de Antaño*, tom. II, pág. 151, Madrid, 1914).*

Para facilitar el éxito de sus planes apresuróse el conde de Aranda a proveer los empleos que lo requerían en gentes de su confianza; de modo que cuando estalló la orden de expulsión de los padres, ya estaba Bucareli de gobernador en la Argentina dispuesto a secundar con grandísima eficacia, como lo hizo en efecto, los "filosóficos" planes del Ministro.

"La sospechosa milicia—dice Rojas, a quien nadie puede acusar de clerical ni de parcial por los jesuitas—fué apresada como una banda de malhechores en la noche y embarcada sigilosamente para el triste destierro que los diseminó por las ciudades de Italia. No distinguieron los ásperos agentes del rey, ni la función de los expulsos, entre los que iban maestros y escritores, ni la nación de cada uno de ellos, entre los que iban varios hijos de nuestras propias provincias. La sangre nativa y fuerza de cultura que la embrionaria sociedad colonial pudo perder con ellos, nada valió ante la conciencia de Carlos, en presencia del crimen que a la Compañía se imputaba.

"Los voluminosos archivos de la orden, incautados en Córdoba y en la Asunción, en Buenos Aires y las Misiones, en los más remotos pueblos y estaciones del interior, donde los jesuitas vivían, fueron traídos al fuerte, residencia porteña del gobernador Bucareli. Se esperaba hallar entre tantos libros y papeles la prueba de aquel proceso que comenzaba por la ejecución de una sentencia sin autos. Ejecutada la expulsión,—única cosa que por el momento interesaba—la diligencia procesal pasó a segundo término, hasta ser olvidada (como que estribaba en el absurdo de hacer el sumario después de ejecutada la sentencia). Dicen que Bucareli revisó durante un tiempo aquellos mamotretos, aquellos infolios, aquellos códices y legajos revueltamente acumulados en los aposentos del Fuerte. La letra difícil, el papel sucio, la polilla, el polvo, y sobre todo la magnitud de aquel escombros paleográfico debió cansar al gobernador. Abandonados los papeles, no tardaron en dispersarse y perderse. Los documentos que ilustran esta cuestión se hallan diseminados en todo el mundo. Los hay en la Biblioteca nacional, como

ha escrito en estos últimos tiempos y acaso no habrá persona alguna que no haya leído por lo menos *El judío errante*, de Eugenio Sue. En cambio, aquellas historias divinas y por tan divino estilo escritas que de S. Ignacio y de S. Francisco Xavier compusieron Rivadeneira y Lucena, están en polvo y nadie las levanta para mirarias. Sabido es que los incrédulos vergonzantes, que no se atreven a atacar directamente la religión católica, se desahogan insultando a los jesuitas: y esto por tan diferente manera, que ya los echan de algunos países como liberales y demagogos, ya de otros como serviles y absolutistas. Lo que es yo tengo para mí que estos jesuitas han de ser gente razonable y justa e ilustrada,

tradición de antiguos bibliófilos o papelistas; los hay en la Biblioteca de Río de Janeiro, principalmente por la venta de Angelis; los hay abundantes en la de Chile, por adquisición de aquel gobierno; los hay en Madrid, en París, en Londres, y en los archivos del Vaticano, de Sevilla y de la Compañía de Jesús reconstituida en España y América".

"La comunicación del decreto de expulsión—agrega en nota el mismo historiador—firmado por Carlos III el 27 de marzo de 1767, termina con esta cláusula perentoria, que fué cumplida por su ministro: "...i dará a este fin todas las ordenes necesarias con preferencia a otro cualquiera negocio, por lo que interesa a mi Real Servicio". (Sevilla, 155. Archivo de Indias, 4 y 6, según Hernández)".

Mucho más terminante es esta orden, dada en otra parte:

"Os apoderareis de todos los religiosos, i los hareis conducir presos en el término de veinticuatro horas al puerto señalado donde se embarcarán en los buques dispuestos al efecto; i al mismo tiempo de la ejecución hareis sellar el Archivo de la casa i los papeles de los individuos, sin permitir a ninguno que lleve otra cosa más que los libros de rezo, y la ropa blanca estrictamente necesaria para la travesía". (Cretineau—Joly—*Clemente XIV y los Jesuitas*).

Sobre la expulsión de los jesuitas, además de las fuentes citadas por Rojas, de cuyo examen, según éste, *no resulta con claridad* de qué parte estuvo la justicia y de cuál la hipocresía y la arbitrariedad, debe consultarse la obra de D. Manuel Danvila intitulada *Reinado de Carlos III* (1894) (Forma parte de la Historia general de España, por varios individuos de la Real Academia de la Historia). Más a la mano de todos están los excelentes *Retratos de Antaño* citados arriba, de los cuales van hechas ya tres ediciones. La bibliografía es mucho más copiosa. Debe verse también el opúsculo *Los jesuitas y el motín de Esqui-*

aunque algo ambiciosa, cuando tan perseguidos se ven por el vulgo" (1).

De esta ambición de que Valera los acusa, son excelente prueba las célebres *misiones* del Paraguay, para cuya descripción remitimos al lector a nuestra citada "Historia de la literatura paraguaya".

CAPITULO II

Introducción de la imprenta. El Virrey Vertiz; organización de los estudios; el Convictorio de San Carlos; D. Juan Bautista Maciel. Oposición entre los franciscanos y el Cabildo secular. El Deán D. Gregorio Funes. Fundación del Teatro. La Imprenta en Buenos Aires. Las expediciones científicas.

La primera imprenta que hubo en territorio argentino fué la que en 1766 establecieron los jesuitas en Córdoba del Tucumán. De ella salieron apenas tres folletos, uno, el más notable, contentivo de cinco elogios (*Laudatorias*) del fundador del colegio de Monserrat, escritos en latín por el P. José Manuel Peramas (1732—1793), natural de Cataluña (2).

La aparición de la imprenta en el Río de la Plata —dice D. Bartolomé Mitre—es un caso singular en la historia de la tipografía después del invento de Gutenberg. "No fue importada: fué una creación original. Nació o

lache en la «Historia de España por Rafael Allamira» por el P. Lesmes Frias, S. J.—(Madrid, 1911).

(1) *De la poesía del Brasil. III.*

(2) Escribió un poema sobre *La religión en el Nuevo Mundo*, dos elegías en latín sobre la expulsión (1767), biografías de los misioneros del Paraguay, publicadas en Faenza, y una curiosa disertación que trata *De administratione guaranica comparate ad Rempublicam Platonis*. (Vid. Menéndez y Pelayo. *Ob. cit.*).

renació en medio de selvas vírgenes, como una Minerva indígena, armada de todas sus piezas, con tipos de su fabricación, manejada por indios salvajes recientemente reducidos a la vida civilizada con nuevos signos fonéticos de su invención, hablando una lengua desconocida en el Viejo mundo. Un misterio envuelve su principio y su fin.... Es hoy un hecho comprobado que en las misiones jesuíticas del Alto Uruguay y del Alto Paraná se iniciaron al finalizar el siglo XVII los primeros trabajos para plantar la imprenta, y allí, en una tosca prensa construida con maderas de sus selvas vírgenes, con caracteres fundidos en ellas, y en planchas de cobre grabadas a buril por los indios neófitos, salvajes domesticados por los Padres de la Compañía de Jesús. Así lo atestiguan varios libros, profusamente ilustrados algunos de ellos, que tenemos a la vista y que han permanecido por largo tiempo como geroglíficos mudos de la tipografía americana—cuando no totalmente desconocidos—para los bibliógrafos de ambos mundos”.

Con la expulsión de los jesuitas, cuyo asiento principal estaba en Córdoba, empezó ésta a perder la “hegemonía intelectual”, que pasó a Buenos Aires cuando se creó el Virreinato en 1776.

Constituido el nuevo virreinato con las provincias de Buenos Aires, Tucumán, Paraguay, Uruguay, Santa Cruz de la Sierra, Potosí y Chuquisaca, nombróse primer virrey a D. Pedro de Zaballos. Mas no fué a éste, sino a su sucesor D. Juan José de Vertiz, a quien debió aquella ciudad la organización de los estudios (1), la fundación del teatro y el establecimiento de la imprenta.

Desterrados los jesuitas pasaron sus bienes a ser propiedad de la Corona con cuya autorización se ideó

(1) Los mercedarios, franciscanos y dominicos habían tenido hasta allí algunos estudios en sus conventos.

invertir sus rentas en la fundación de un colegio *Convictorio* que se llamó de San Carlos, y de una Universidad que no llegó a existir por entonces, a pesar de la Real Cédula que la instituyó por los años de 1779. Pero si se dotaron cátedras de latín, filosofía, teología y cánones, faltaron las de Matemáticas, Náutica y Derecho, que entraban en el plan de estudios redactado por D. Manuel de Basilabaso, a la sazón procurador de Buenos Aires.

Tampoco logró prosperar el Convictorio de S. Carlos, cuyo primer Director fué el célebre D. Juan Bautista Maciel, Provisor y Vicario de la Diócesis, gran conocedor del Derecho Canónico y apologista, en verso, de obispos y virreyes. Citase una de esas apologías suyas, con el título de *Apolo presidiendo el coro de las Musas, al són de su lira, las exhorta a que canten las proezas del Júpiter español*. Murió Maciel en el destierro, en tiempo del tercer virrey. D. Juan M. Gutierrez fué su biógrafo (1).

(1) Tomo VI de la *Revista de Buenos Aires*. 20.

Ya antes aludimos en nota a un soneto acróstico de Marciel. Es una de tantas muestras de la extravagante poesía de los siglos XVII y XVIII, que también tuvo representantes en la recién creada corte de Buenos Aires. El señor Rojas los encontró en la Biblioteca Nacional argentina y los ha dado a conocer en el tomo segundo de su obra tantas veces citada sobre la literatura rioplatense. Son mayormente octavas y sonetos acrósticos, triples y en laberinto, en honor de Carlos III y de los virreyes Cevallos y D. Pedro Melo de Portugal.

Pero donde el mal gusto raya al mismo nivel de los Conceptos espirituales de Ledesma es en estos versos de cierta *Novena del Santo de los Santos, Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado*.... dada a la estampa en la Imprenta de los Niños Expósitos en 1784:

Bizcocho cocido al fuego
De tu amor en tus entrañas,
Con dulce que al que le gusta
Nunca ofendes ni empalagas,
Y amasado pan con leche
De una Virgen Soberana,
Famoso vino que engendra,
Sólo vírgenes y castas.

Del Convictorio salió después el colegio *de la Unión del Sur*.

Por este tiempo el Deán de la iglesia de Córdoba, D. Gregorio Funes, promovió en nombre del clero secular, una grande oposición contra los franciscanos sobre la dirección de la Universidad i del colegio de Monseerrat. Era el Deán, al decir de Menéndez y Pelayo, "teólogo con ribetes jansenistas, escolástico ilustrado, orador con pretensiones de pompa ciceroniana, hombre docto, aunque campanudo y petulante". El fué el redactor del Memorial del Cabildo en 1785; más tarde, ganado el pleito por los cabildantes, primer rector de la *Universidad Mayor*, como pomposamente se llamó por Real Cédula de 1º de diciembre de 1800; fundador de los estudios de Matemáticas e iniciador de los literarios en su plan de estudios que *por comisión del ilustre Claústro* de la Universidad, presentó al mismo el año de 1813 (1).

Blanco manjar que de leche
Virgen, de harina floreada
Con carne de Ave María
Se hizo tan gustosa masa,
Y de promisión racimo,
Trigo de la Tierra Santa
Fruto de una tierra Virgen
Que te dió quedando intacta.

(1) En los primeros años del siglo XVIII se había dado a conocer cierto Neira, "el dominico viajero, el observador tolerante que, en los antecedentes de la evolución liberal de la colonia, precede en varias décadas a la obra de relativa emancipación respecto del formalismo escolástico, que emprendió en la enseñanza Maciel, y en más de media centuria a la repercusión de las ideas de la enciclopedia en las memorias de Belgrano y las oraciones de Funes". (José E. Rodó, *Juan María Gutiérrez y su época*, VII). Gutiérrez, según dice el mismo Rodó, dedicó a aquel fraile uno de sus eruditos estudios en la *Revista de Buenos Aires*, 20.

Tampoco deben olvidarse los nombres de Fray Pantaleón García (1757—1827) orador sagrado; del clérigo apóstata Agüero; del padre Achega, impugnador del opúsculo intitulado *Inconvenientes contra el celibato de los clérigos*; de D. Ignacio Núñez (1792—1846), autor de interesantes memorias (Entreteneimientos); de D. Julián de Leíva, crítico de la *Historia del Río de la Plata*, por D. Félix de Azara; y de D. Saturnino Segurola,

Además de la organización de los estudios, se debió, como queda dicho, al segundo virrey, el establecimiento del teatro (1781) con la *casa pública de comedias* que abrió en Buenos Aires contra la opinión de los teólogos (1); y el de la imprenta, con la que trasladó a aquella ciudad (1780) de la de Córdoba del Tucumán, que era la que hemos dicho introdujeron los jesuitas. La imprenta de Buenos Aires, llamada *de los Niños Expósitos*, “no sirvió en los primeros tiempos más que para producir bandos, ordenanzas, edictos, pastorales y otros docu-

Director de la Biblioteca, acucioso coleccionista de libros y documentos históricos, introductor de la vacuna en Chile y su propagador en Buenos Aires.

(1) Menéndez y Pelayo.—ob. cit.

Antes de que hubiese teatro estable en Buenos Aires hubo de cuando en cuando representaciones religiosas y profanas. De estas últimas recordaremos las que en 1747 se hicieron para celebrar la entronización de D. Fernando VI ocurrida el año anterior. Organizada por los militares del presidio diéronse *Las armas de la hermosura*, *Efectos de odio y amor*, comedias de D. Pedro Calderón, (*Afectos de odio y amor* es título de una comedia del mismo inserta en el 2º de los cuatro tomos que de ellas publicó Juan Jorge Keil, Leipsique, 1828), *La vida es sueño* y la comedia de Moreto *Primero es la honra*. Más tarde con motivo de la jura de D. Carlos III (1760), se dió entre otras *El segundo Scipión*, repetida en el segundo teatro de Vértiz, donde se representó también *La cisma de Inglaterra*, del repertorio calderoniano.

El 17 de enero de 1761 se representó en la ciudad de *S. Juan de Vera de las siete corrientes*, una *Loa* a la exaltación de Carlos III en que intervienen Eolo, Neptuno, Ceres y Flora. El estilo pretende imitar el de Calderón, como se echa de ver desde el comienzo:

(Música)	A la exaltación dichosa De Carlos nuestro monarca Que ambos mundos ilumina, Y sin ofender abraza: Oí sus Vazallos rendidos A luzes tan soberanas Combocan para su obsequio Para hacer festivos salva Las fuentes, las aves, las flores, las plantas.
Eolo	Pues unidos todos cuatro Nuestra aclamación empieze Combocando yo a las aves
Neptuno	Yo a los Ríos, y las fuentes

mentos de interés público, para surtir las escuelas de catones y cartillas, para estampar anualmente el *Almanaque* y *La Guía de Forasteros*, y para alimentar la

Floa	Yo a los claveles, y Rosas
Ceres	Yo a las plantas, y las Mieses.
Eolo	Y pues oi el mejor sol
	Baña de luz soberana
	De esplendores de oro y grana
	El Emisferio Español
	A su divino arrebol
	Haciendo salvas las Aves
	Sonoras dulces y graves
	El vuelo a su luz inclinen
Neptuno	A darles aplausos suaves.
	Y pues que su luz ardiente
	Borda de finos rulies
	Los tapizes carmesies
	Conque se dora el Oriente
	Los mares, y las <i>Corrientes</i>
	Mui sonoras y alhagüeñas
	Dando de su lealtad señas
	Hagan a Carlos tercero
	Que sea canto verdadero
	El canto de las sirenas.
Ceres	Y pues que su ardiente coche
	A las plantas, y las flores
	Restituye los colores
	Que les usurpó la noche:
	Quitando el dorado broche
	A las cortinas ardientes
	Hagan salvas reverentes
	Al tercer Carlos las plantas
	Y las frutas, pues son tantas
	Las que coronen su frente.

El texto completo de esta *Loa* ha sido adquirido por Rojas, su actual poseedor. Este género de representaciones persistió en Buenos Aires como en otras partes de América hasta después de entrado el siglo XIX, cuando se dieron obras alusivas a episodios de la insurrección americana.

Por lo que hace a la fundación del primer teatro en 1781 dice el mismo Vertiz (citado por Rojas): "he admitido después de varias consultas la representación y teatro público por el arrendamiento anual de dos mil pesos en beneficio de los mismos expósitos; pero cuidando atentamente de que se justifique de cuantos defectos puedan corromper la juventud o servir de escándalo al pueblo; que se revisen antes las comedias i se quiten de ellas toda impresión inhonesta o cualquier pasaje que pueda mirarse con este aspecto; i teniendo dadas las más estrechas providencias porque allí no haya el menor desorden, sobre que celan el se-

devoción con novenas, gozos y letrillas" (1). Probablemente de esta imprenta salió el *Septenario de los dolores de María Santísima*, composición en verso que en 1781 dió por primera vez a la estampa el obispo de Tucumán, Dr. Fr. José Antonio de San Alberto; lo que sí consta es que allí se imprimieron en 1797 sendos opúsculos de la primera y de la segunda parte de las *Poesías fúnebres* que dedicó a la memoria del virrey don Pedro Melo de Portugal, Gobernador y Capitán General de las

ñor intendente general i los oficiales militares destinados, i aun yo asistia para certificarme del cumplimiento i precauciones con que debían obrar todos dirigidos al mismo fin. I a la verdad que así acrisolado el teatro, no solo le conceptuan muchos políticos por una de las mejores escuelas para las costumbres, para el idioma y para la urbanidad general, sino que es convenientemente en esta ciudad que carece de otras diversiones públicas...." (Rev. del Río de la Plata. t. I, p. 531).

Según cuenta el historiador argentino que venimos citando, los frailes de San Francisco protestaron.

"A pesar de tan loables razones, los frailes de San Francisco protestaron. Uno de ellos predicó acerbamente contra las representaciones i bailes públicos del corral primitivo, que funcionó en la Ranchería. (Actual rincón de las calles Perú i Alsina). Poco tiempo más tarde, el teatro, simple barracón de madera i paja, desapareció en un incendio, i no faltó quien murmurara que un cohete lanzado la noche de San Juan desde la iglesia del mismo nombre, cercana al sitio del suceso, habia sido el origen del incendio. I cuando hubo de reinstalarse el tablado, el virrei otorgó nuevo permiso para que éste se levantara en otro barrio; i como eligiera el empresario la esquina actual de Reconquista i Cangallo,—frente a la Merced—entonces fueron los mercedarios quienes protestaron de semejante vecino. El convento de la Merced i el nuevo teatro viéronse frente a frente, con tal escándalo de la congregación, que ésta elevó al virrei el siguiente memorial: "El lugar es mui impropio: la ciudad abunda de acomodados, con que no se verifique que el Arca del Testamento se coloca al lado del ídolo Dagon. Vexelencia no ha de permitir que tan cerca resuenen ecos tan opuestos i disonantes que se perturven los sacrificios sagrados, que se interrumpa el silencio de una comunidad Religiosa, i que se abra margen especialmente en el día en que abunda este Pueblo de Hereges para que se burlen de Nuestra Católica Religión".

"El gobierno resolvió que era una construcción provisional, i que se tomarian precauciones para evitar los inconvenientes señalados".

(1) Id. D. José Joaquín de Araujo, ministro general de las Cajas de Buenos Aires, compuso la *Guía de forasteros* de 1803.

provincias del Río de la Plata, el Padre D. Juan Manuel Fernández de Agüero, capellán de la Armada; una glosa del *Miserere* (reimpresión), escrita por el obispo Azamor y Ramírez, otra del mismo salmo 50, por Agüero, y dos años después (1799), las *Poesías místicas teológico-morales*, por el propio capellán de Armada. Contra sus *Poesías fúnebres* se escribieron varias sátiras, entre ellas una *Diseccción anatómica o especie de análisis apolo-gético*.... De la misma imprenta salió también la versión que hizo del original francés de los *Principios de la ciencia económico-política*, don Manuel Belgrano.

En la segunda mitad del siglo, se organizaron y llevaron a feliz término sus trabajos, las expediciones científicas de los sabios españoles D. Andrés de Oyarvide, que trazó el mapa esférico del Norte del Virreinato, D. Diego de Alvear y D. José M^a Cabrer, exploradores del Paraná y el Uruguay, y de D. Félix de Azara, que escribió la relación de su *Viaje por la América Meridional* (1).

(1) Más extensas noticias de estos y otros geógrafos y exploradores de los territorios platenses hallarán los estudiosos en el cap. XVI del tomo II de la Historia argentina de Rojas.

El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima, de autor desconocido, es una pintura de la sociedad de Buenos Aires en las postrimerías del siglo XVIII. "Impresa esta obra en 1773, ha llegado a ser una de las más citadas en la literatura histórica del Plata. No puede hablarse de la Buenos Aires colonial, sin ocurrir a esa fuente de pintorescas noticias. Todo lo describe: campos, ciudades, hombres, casas, costumbres e ideas: y lo describe en una prosa agradable, no exenta de soltura en la forma y de humorismo en la intención.

"Ignórase quién sea el autor de este documento amenísimo. El viajero que se finge bajo el nombre de Concolorcorvo, supo anotar lo que veía, y abarcó la vida argentina en su conjunto. Por una alusión de él mismo en el segundo capítulo de su obra, sábese que estuvo en el Río de la Plata dos veces: la una en 1769 y la otra hacia 1770, como secretario del visitador de Correos, si es que esta circunstancia no ha sido también inventada con propósito de mantener el incógnito. ¿Quién era ese misterioso personaje, capaz de escribir, si no con maestría en el estilo, con agudeza en la observación? Que fué personaje de cultu-

CAPITULO III

(Primeros años del siglo XIX)

Sociedad Patriótico-Literaria. Primer periódico de Buenos Aires; D. Francisco Antonio Cabello; Oda al Paraná, de D. Manuel José de Labardén. Otros poemas. Reconquista de Buenos Aires (1806—1807). Poemas dedicados a celebrarla. EL TRIUNFO ARGENTINO, por don Vicente López y Planes. Literatura contemporánea de la guerra de independencia. La Poesía patriótica. EL HIMNO NACIONAL. Belgrano y Moreno; EL CORREO DEL COMERCIO. Congreso de 1810. El clero y la Revolución. Oradores del Congreso de Tucumán (1816). Concluye la época primera.

Ya en los primeros días del siglo XIX comenzaron a formarse pequeñas agrupaciones de literatos y poetas clásicos según el gusto de la época. La primera de esas asociaciones de que tenemos noticia es la *Sociedad Patriótico-Literaria*, constituida por los más reputados versificadores de entonces. Esta *Sociedad* sacó a luz el primer periódico de Buenos Aires, cuyo director fué un extremeño, D. Francisco Antonio Cabello, abogado de la Real Audiencia de Lima. *El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiógrafo* (sic) del Río de la Plata, que tal era el título del periódico, imitado del *Mercurio Peruano*, redactado en Lima por los señores Baquijano y Unanue, se publicaba cada dos semanas y estuvo saliendo casi por dos años (1801—1802). Menén-

ra e ingenio, podemos asegurarlo, por cierto aire de superioridad que se le advierte en el tono zumbón, por la indole de las noticias que recoge y por las citas con que, a veces, decora sus páginas, sin ningún asomo de pedantería. Se ve que había leído con amor a Quevedo, y probablemente ansiaba parecerse a Diego de Torres Villarroel, otro humorista de su época”.

dez y Pelayo trae como muestra del enfático estilo del Director del *Telégrafo* "El filósofo indiferente", según se firmaba, las siguientes palabras del prospecto: "Volverán los alegres días de Saturno.... Vamos al trabajo!... Salga el *Telégrafo* y en breve establézcase la *Sociedad Patriótico-Literaria y Económica*, que ha de adelantar las ciencias, las artes y aquel espíritu filosófico que analiza al hombre, le inflama y saca de su *soporación*, lo hace diligente y útil. Fúndense ya aquí nuevas escuelas, donde para siempre cesen aquellas voces bárbaras del escolasticismo.... Empiece a sentirse ya en las provincias argentinas aquella gran metamorfosis que a las de Méjico y Lima elevó a par de las más cultas, ricas e industriosas de la iluminada Europa. Empiece mi pluma, en fin, a imponer a los lectores de todos los objetos, progresos y nuevos descubrimientos de la Historia, la antigüedad, las producciones naturales, las artes, las ciencias y la literatura de este país ameno, virgen, rico y venturoso. Ayudadme a escribir, oh sabios argentinos.... Ayudadme propicios para esta obra; y para acertar a hacerla dignamente, a Mercurio imploramos nos dé su ciencia".

En el *Telégrafo* publicó Cabello, con la firma anagramática de "Narciso Fellovís Catón", *insulsas letrillas y artículos de costumbres muy necios* (1); una oda Al

(1) Menéndez y Pelayo, Ob. cit. Al *Telégrafo* siguió el *Semanario de Agricultura, industria y comercio* (1802—1807) de rigido por D. Hipólito Vieyte, y al *Semanario*, el *Córrreo del Comercio*, tercero y último periódico colonial dirigido por D. Manuel Belgrano. Por los años de 1806, debió de aparecer el periódico-oficial que, según un historiógrafo uruguayo, próxima va la invasión inglesa, publicaba sólo, fuera de las entradas y salidas del puerto, un "diálogo sobre educación entre Feliciano y Cecilia". Según el mismo escritor, recibió el virrey marqués de Sobremonte la noticia del desembarco de los enemigos la noche del 24 de junio de 1806, a tiempo que presidía los festejos con que se celebraban en el Fuerte y en la Casa de Comedias "el cumpleaños y próximo enlace de su futuro hijo político y

Paraná, del mejor poeta argentino de entonces, D. Manuel José de Labardén escrita en endecasílabos heróicos, y no desprovista de rasgos felices, a pesar de su inspiración un tanto prosáica (1); otra oda, anónima, *Al Co-*

ayudante mayor del Regimiento de Dragones, D. Juan Manuel de Marín".—(Hugo D. Barbajelata.—*Páginas sudamericanas*, Barcelona, 1909, p. 42).

(1) Labardén (1754-?) natural de Buenos Aires, fué doctor en Leyes por la Universidad de Chuquisaca y como poeta cultivó además de la lírica, la poesía satírica y la dramática. En unos tercetos satíricos alude así a los *fecundos* versificadores de Lima:

 Allí sí que fecundas las Camenas
 Alumbran partos mil cada semana,
 Por quita allá ese par de berengenas;

 Pues cualquier mulatillo palangana
 Con décimas sin-numero remite
 A su padre el Marqués una banana;

 Y como el vulgo bárbaro repite
 Sus glosas por la calle, se persuade
 Que con Quevedo y Góngora compite.

 Por acá es al revés: para que agrade
 El juguete más lindo de Talía
 Es preciso que Febo lo traslade.

La representación de su tragedia *Siripo* (1789), en cinco actos de los cuales sólo el segundo se conserva, dió a Labardén celebridad en el Plata. El asunto de la tragedia es el famoso suceso de doña Lucía de Miranda, cuyo primer *historiador* fué Ruy Díaz de Guzmán. El acto segundo consta de quince escenas que se suceden en el campamento del cacique Siripo. Rojas transcribe este fragmento de un monólogo de Lucía (esc. XIII):

 Lo entiendo a mi pesar. El se ha vengado
 ¿Y dónde iré yo sola? Mujer, débil!
 ¿Qué gruta será fúnebre reparo
 A mi triste orfandad? ¿Los fieros tigres
 Socorro me darán? Sí, serán mansos
 Cuando un amante, un padre y un esposo,
 Su fiereza les roban despiadados.
 ¿Pero de quién me quejo? ¿Su venganza
 No he provocado yo? ¿No es justo pago
 Aqueste de mi crimen? ¿Yo no he sido
 Quien con ojos risueños ha mirado....
 Infiel, a un nuevo amante que tejía
 Con alevosas y sangrientas manos
 La guirnalda nupcial, que coronase
 Mi crimen y mi boda? Es necesario
 Que la muerte le lave. Morir debo.

mercio; fábulas de Azcuénaga (1), y composiciones de D. Eugenio de Portillo (*Enio Tullio Grope*), de D. Manuel Belgrano, y de un español amigo de Labardén, Prego de

Yo de mí misma juez pronuncio el fallo.
El honor lo aconseja, amor lo manda.

Parece que Labardén había escrito en su juventud un drama calcado en un episodio de *La Araucana*; después de *Siripo*, a cuya representación precedió una *Loa* del mismo Labardén sobre los expósitos, siguieron *La muerte de Filipo* y *La pérdida de Jerusalem* de que apenas han quedado los nombres. El *Siripo* no pudo perderse en el incendio del teatro en 1792, ya que, según las crónicas, fué representado en 1813 y en 1816.

Más que por sus tercetos satíricos y por el fragmento del *Siripo*, es conocido Labardén por su *Oda al majestuoso Río Paraná* que empieza:

Augusto Paraná, sagrado río,
Primogénito ilustre del Océano,
Que en el carro de nácar refulgente,
Tirado de caimanes, recamados
De verde, y oro, vas de clima en clima
De región en región vertiendo franco
Suave frescor, y pródiga abundancia, etc.

Rojas percibe algo como un eco de las *Geórgicas* en estos versos:

Baja con Majestad reconociendo
De tus playas los bosques, y los antros.
Estiéndete anchuroso, y tus vertientes
Dando socorros a sedientos campos
Den idea cabal de tu grandeza.
No quede seno, que a tu excelsa mano,
Deudor no se confiese. Tú las sales
L'errites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites: tú introduces
El humor nutritivo, y suavizando
El árido terrón haces, que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Ceres de confesar no se desdena
Que a tu grandeza debe sus ornatos.
No el ronco caracol, la cornucopia
Sirviendo de clarín venga anunciando
Tu llegada feliz.

La oda de Labardén despertó el entusiasmo de otros ingenios coloniales que cantaron también al Paraná como incitados por estos versos, de los más suaves de Labardén:

Ven, sacro Río, para dar impulso
Al inspirado ardor: bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos.

(1) He aquí una de aquellas fábulas:

Metióse un Mono en un trigal ya seco
Del cañón de la mies a hacer flautas,

Oliver, que residía en Montevideo como Administrador de la Aduana, y de quien volveremos a hablar cuando tratemos de la literatura del Uruguay. Cumple recordarle, empero, entre los ingenios de aquella colonia que celebraron en el lenguaje de las Musas la famosa victoria de la Reconquista de Buenos Aires, en la que tanta parte cupo a los hijos de Montevideo, a pesar de la injusta preferencia de los historiadores argentinos que lamenta y tiende a subsanar el joven autor de *Páginas sudameri-*

Presumiendo tocar, por verlo hueco,
Mil maravillas.

Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
Y soplándolo ansioso, procuraba
El hacerlo sonar, pero el cañuto
Nunca sonaba.

Sin sacar de las cañas una avena
Haciendo de su afán cumplido alarde
Porfiando se mantuvo en su faena
Toda una tarde.

Pero un Tordo parlero, que en su encono
Había estado viendo con gran flema
Desde un sauce le dijo: Señor Mono,
Deje esa tema.

No desperdicie el tiempo en tal apuro
Las mieses trate usted con carantoñas
¿No advierte, que *ya está el alcacer duro*
Para zampoñas?

Nadie piense sacar provecho alguno
De aquellos, que pasaron con holganza
El tiempo conveniente, y oportuno
De su crianza.

Después de 1810, Azcuénaga se burlaba de los principios *revolucionarios*:

Respóndeme, aunque te pese
El tener que responder,
Siendo el pueblo el soberano:
¿A quién toca obedecer?

y criticaba en esta guisa la prensa argentina:

Que viéndonos ya perdidos
Faltando a Dios y a las leyes,
Digamos que son los reyes
Unos tiranos bandidos,
Cuando de estos apellidos,
Merecemos un caudal,
Esto me parece mal.

canas en su estudio conmemorativo de *El centenario de la Reconquista*.

De las cuatro composiciones que Prego de Oliver escribió relativas al éxito de aquella famosa jornada, dos por lo menos hay que mencionar aquí, la una, *A la reconquista por las tropas de mar y tierra a las órdenes del Capitán de navío D. Santiago de Liniers el día 12 de agosto de 1806*; y la otra, *Al Sr. D. Santiago de Liniers, brigadier de la Real Armada y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata por la gloriosa defensa de la capital de Buenos Aires, atacada de diez mil ingleses el 5 de julio de 1807*; si no es ya que la dedicada *A la gloriosa memoria del teniente de fragata D. Agustín Abreu, muerto de resultas de las heridas que recibió en la acción del campo de Maldonado con los ingleses, el día 7 de noviembre de 1806*, ha de contarse también, pues en este caso, no quedaría sino una del mismo autor, que por estar dedicada a la capital uruguaya debería agregarse a las piezas que, según D. Gustavo Gallinal, "tocan especialmente a Montevideo, entre las que dió a luz, en tiempos de la colonia, la prensa de Buenos Aires" (1). De la segunda de las composiciones citadas trae este fragmento el autor de la *Antología*:

Gloria inmortal al héroe que al britano
Lanzó del patrio suelo;
Bajo la augusta bóveda del cielo
No resonó, Señor, tu nombre en vano:
Tu militar desnudo
Dió al hispano salud, al anglo miedo....

Cubrid el suelo de arrayán y rosa;
Que ya, lleno de gloria
Se acerca el Capitán, y la victoria
Imprime el pie donde su planta posa.

(1) Discurso que precede a las *Fuentes documentales para la Historia Colonial*, de D. Dardo Estrada. Publicación hecha por el *Instituto Histórico y Geográfico* de Montevideo, 1918.

Marte le dió la lanza,
Virtud el cielo, la virtud templanza....

Celebraron también la Reconquista el presbítero D. Pantaleón Rivarola, profesor de Filosofía en el Colegio de San Carlos y autor de un *Romance heroico*, escrito, según dice él mismo, "en verso corrido, porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestros instrumentos, y por consiguiente, es el más a propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores en su trabajo; y la gente común por las calles y plazas"; de una segunda parte intitulada *La gloriosa defensa de la ciudad de Buenos Aires.... Brevemente delineada en verso suelto, con notas, por un fiel vasallo de S. M. y amante de la Patria, quien le dedica, con notas, al Sr. D. Santiago de Liniers y Bremont...*; y por último, de un *Breve recuerdo del formidable ataque del exercito inglés...*, que son cuatro composiciones atribuidas al mismo Rivarola, y calificadas de "muy malas" por Menéndez y Pelayo (1); D. José Joaquín de Araujo, a quien

(1) Los dos primeros romances de Rivarola (1754-1821) "suman alrededor de 2.000 versos. Más bien que verdaderas poesías, son crónicas rimadas en las cuales pretendió el ingenuo autor pintar los episodios de la trágica hazaña.... Tan escrupuloso es el relato que algunos de nuestros historiadores lo considera documento fidedigno.... pero ya en 1807 suscitó polémicas sobre omisiones y transgresiones, aunque nimias, apasionadoras entonces". (Rojas, *Los gauchescos*, pág. 322). Léanse algunos fragmentos descriptivos de aquella gloriosa acción en que hasta las mujeres de Buenos Aires "guarecidas en los parapetos de la vivienda paterna, defendieron su tierra echando aguas hirvientes y braseros sobre las calles por donde osaba entrar el invasor" (Id.).

De San Miguel para arriba
Como dos cuadras o menos
Al Oeste, cuarenta ingleses
De avaricia y furor llenos
Se apoderan de una casa,
Matando a todos sus dueños;
Pero, cuando más ufanos,
Campeaban en aquel puesto,
Doce millones llegaron
Con su intrépido sargento
El buen Francisco Girona,

Que les embiste sin miedo,
Y los bretones cobardes
Al instante se rindieron
Exclamando a grandes voces,
Prisioneros! Prisioneros!
Los millones informados,
De sus horribles excesos
A ninguno perdonaron,
Pasándolos a degüello,
Justo y debido castigo
A delito tan horrendo.

se atribuyen unas *Adiciones y correcciones a la dedicatoria que el autor del Romance heroico sobre la Reconquista de Buenos Aires hizo al M. I. Cabildo...*; el Dr. D. José Gabriel Ocampo, Cura y Vicario de las *Doctrinas de San Juan Bautista de Finogasta*, del cual es un

Del ejército anglicano
Por la calle del correo
Una columna va entrando
Que era como de ochocientos,
Con cañón y municiones
Y avance muy bien dispuesto,
Cuando de improviso rompen,
Entre los nuestros el fuego,

Con tal viveza y tal brio
Con tal braveza y denuedo
Que en un espacio muy corto,
Y limitados momentos
Destrozaron la columna,
Quedando sola la calle
Sembrada de muchos muertos.
.. .. .

No se puede ponderar
Con expresiones y acentos
Los trabajos y fatigas
Los clamores y lamentos
De tantas pobres familias
Que vagando sin sustento

Y desnudas con sus hijos
Van del enemigo huyendo
Por entre zarzas y espinas
Por entre zanjas y cercos
Perdidos todos sus bienes
Ropas, muebles y dinero.

Pablo Jiménez, esclavo
Pardo, agregado a su cuerpo,
Maravillas de valor
Y piedad al mismo tiempo,
En este día señalado
Obró con gran lucimiento.
Mató él solo dos ingleses,
Batallando cuerpo a cuerpo
Y libra a su pobre hermano
Que se hallaba en grande riesgo
A otros gravemente hiere

Y lo levanta del suelo:
En sus hombros lo conduce
A un hospital de los nuestros
Para que sea atendido
Como a herido prisionero.
Estas heroicas acciones
De su amo le merecieron
La franqueza y libertad
Que le concedió al momento,
Brillando en amo y esclavo
Honor y virtud de acuerdo.

Con estos romances—dice Rojas—entra el “negro” por primera vez en la literatura argentina:

De la piedad por el barrio
Otro bravo y fuerte negro,
Armado solo con pica,
Escaramusas va haciendo
A estilo de su país,
Tirándose por el suelo,
Con el fin de atravesar
De un inglés armado, el pecho,
Según lo que prometió
A sus otros compañeros.
En su media lengua entonces,
El negrito va diciendo:

“Tira inglés, y no me hierres,
Si me hierres eres muerto”.
Cuando ya se puso a tiro
Le pone los puntos luego
El bretón, y le descarga
El fusil, pero mi negro
Con viveza sin igual
Se dejó caer al suelo,
Y por entre el humo, corre
Hacia el inglés con denuedo
Y antes que este cargue el arma,
Con su lanza le abre el pecho.

Poema panegirico de las gloriosas proesas (sic) del E. S. D. Santiago Liniers y Bremont... relativo al mismo asunto, y constante de "treinta y nueve detestables décimas"; Fr. Cayetano Rodríguez, orador y poeta, autor de una oda o *Poema que un amante de la patria consagra al solemne sorteo celebrado en la plaza mayor de Buenos Aires por la libertad de los esclavos que pelearon en su defensa* (1807), producción ésta con harta hipérbole encomiada por D. Juan M. Gutiérrez (1); los desconocidos autores de la *Oda en elogio de la que D. Joseph Prego de Oliver dedicó a la buena memoria de su amigo D. Agustín Abreu...*, de la *Relación* alusiva a la entrega de la Lámina que costó y consagró la villa de Oruro a la memoria de las dos acciones de 12 de Agosto de 1806 y 5 de Julio de 1807; y de la *Sucinta memoria sobre la segunda invasión de Buenos Aires*, en octavas reales; el poeta gallego D. Manuel Pardo de Andrade, autor de una *Silva* intitulada, *La Reconquista de Buenos Aires por las armas de S. M. C.* que como el *Rasgo poético* de D. Manuel Belgrano, sobre el mismo asunto, se reimprimió en Buenos Aires en 1808; y D. Vicente López y Planes (1785-1856), Capitán de la Legión de Patriotas, que escribió *El Triunfo Argentino* (2), prolijo ro-

(1) En la Revista del Río de la Plata, tomo VI, estudió Gutiérrez otra de las producciones de aquel fraile, a saber, *El Sueño de Eulalia contado a Flora*.

(2) Las otras composiciones dedicadas al mismo asunto cuyos títulos extracta el autor de la *Antología*, de *La imprenta en Buenos Aires*, por D. José Toribio de Medina, no pertenecen, en rigor a la historia de aquella imprenta, y por tanto no hablamos de ellas. D. Ricardo Rojas ha compilado en un volumen las composiciones en verso a que dieron lugar en la Argentina las invasiones inglesas. (Ignoramos si ya han salido a luz; de ellas da cuenta el Sr. Rojas en el Tomo II, cap. XII de su obra citada). La primera de dichas composiciones es una alegoría dramática de autor anónimo, en que figuran dos ninfas, Montevideo y Buenos Aires, Neptuno, protector de Inglaterra, Marte defensor de la ciudad, el general Liniers, el gobernador, el cabildo, el Hacendado, el comercio, un oficial, soldados, labradores y gente de pueblo. En la parte primera, Montevideo es avisada por un ofi-

mance endecasílabo lleno de reminiscencias virgilianas, como ya notó Menéndez, y que con ser muy prosáico. "puede considerarse como el primer destello de la poesía patriótica argentina, puesto que lo que principalmente exalta es el heroísmo del pueblo de Buenos Aires".

cial, que resulta ser Liniers, de la cautividad de Buenos Aires, y reconocida por la Ninfa la superioridad del oficial, que ha propuesto un plan de reconquista, le entrega el bastón de mando y dice:

Pues, campeones valientes,
Cruja el parche, y a su estruendo
Repitiendo al arma! al arma!
Publicad, a sangre y fuego,
La guerra al vil opresor
De la Capital, diciendo:
Viva! España! España viva!
Y muera el inglés soberbio!

Hacia el fin de la segunda parte, sobreviene súbita tempestad y, entre relámpagos y truenos aparece Marte, vencedor de Neptuno, a quien trae asido: *Lo arroja con furia en el suelo, le pone el pie encima, y le apunta la lanza en el pecho...* Pero es lástima que los versos que entonces dice sean inferiores a esta escena, final del poema.

Hay entre las composiciones anónimas alusivas a los sucesos de aquellos días, ovillejos, décimas y aún sonetos satíricos contra el marqués de Sobremonte:

Señor marqués ¿qué dice vuexcelencia?
¿Cómo se halla madama D^a Juana?
El inspector y el brigadier Quintana
Lloran hoy los efectos de su ausencia.

Nuestro ilustre cabildo y real audiencia
Juzgo que han de ajustarle la pabana;
Póngase bien con Dios; gima con gana;
Examine sus culpas y conciencia.

Guarde las nueve mil que se ha llevado,
Procure que no aborte Mariquita
Puesto que vuexcelencia ya ha abortado.

Pida al pueblo perdón con voz contrita,
Tenga el calzón bien fuerte pretinado,
Y métese a santón en una hermita.

Catorce octavas reales, nada menos, fueron escritas para glosar este soneto. He aquí los *Ingredientes que se necesitan para sacar la quinta esencia del Marqués de Sobremonte*:

Un quintal de hipocresía,	Mezcladas bien, y después
Veinte y dos de fanfarrón,	En un gran caldero inglés,
Y cincuenta de ladrón,	Con gallinas y capones,
Con quince de fantasía,	Extractarás los blasones,
Dos mil de collonería	Del más indigno Marqués.

En esta otra se alude a la partida de Buenos Aires hacia

De López y Planes es el *Himno nacional argentino*, de los mejores que por entonces se escribieron en América, y dos odas que se intitulan *A la batalla de Maipó* y *Delicias de la vida del labrador*, de la cual son estas estrofas:

El Sol que ya se asoma
Con la faz matizada de oro y grana,
Dora el verdor de la vecina loma;
El aura matinal, el aura sana
Preñada de fragancia
Empapa en vida, y en placer la estancia.

.....
En pos al yugo uncidos

Córdoba en que el marqués se llevó consigo el tesoro para salvarlo de los invasores ingleses:

Ladrones dejad el vicio ,	Ya se puede retirar:
Pues Gallegos y el Virrey	Que de no, lo han de ahorcar
Han promulgado una Ley	En la Plaza sin remedio,
De q'a ellos toca este oficio.	A fin de q' con tal medio
Quien a él sea propicio	Sólo ellos puedan robar.

Léase ahora un ovillejo en loor del valeroso Liniers:

Quién causó al inglés estrago?

Santiago.

Quién nos supo defender?

Liniers.

Quién trajo lucida gente?

Valiente.

Y aunque el Británico intente

Volvernos a conquistar

Siempre lo ha de castigar

Santiago Liniers valiente.

y esta especie de soneto acróstico, escrito en honor suyo:

S abes del argentino las prisiones
A Marte pides Rayo belicoso,
N abegas con Neptuno el Lago undoso,
T remolando venganza tus Pendones.
I ntimas el destroso á los Albiones
A l abance; al combate y vencimiento
G loriosos hechos son; y en un momento
O bra de tu valor y campeones.

L egado has, ó héroe fulminante
I mperioso al Dueño del Tridente,
N ueva prision empero de Diamante
I mpusiste a mi cuello reberente;
E n él tu hazaña sonará constante,
R imada volará de gente en gente.

Los más membrudos bueyes, al arado
A conducir se apresta; los balidos
De los rebaños, que al herboso prado
Caminan juntamente,
A su alma infunden júbilo inocente.

Principiado el cultivo,
Y al ir la rota tierra atrás dejando
Ve a sus espaldas un enjambre activo
De hambrientos pajaritos revolando,
Y alzando en sus piquillos,
Mil semillas, y truncos gusanillos.

Con los ojos ahincados
Sobre la madre tierra, se sublima
A la ansiada estación que sus cuidados
En grano tornará con mano opima,
Y en tan dulce esperanza
Mira al cielo, y prorrumpe en alabanza.

.....
Por delante conduce
Los tardos bueyes, que el pesado apero
Sufren apenas: a lo lejos luce
El previsto fogón, donde el cordero
Y la vaca sabrosa
Preparando por cena está la esposa (1).

Poetas patrióticos fueron también D. Esteban Luca (1786-1824), cuyos son un *Canto lírico a la libertad de Lima*, *A la batalla de Chacabuco* y *Al triunfo de lord Cochrane en el Callao*; y D. Juan Crisóstomo Lafinur, que escribió tres elegías a la muerte de Belgrano (1).

(1) López y Planes tomó parte activa en los sucesos de la revolución separatista: fué secretario de Ocampo en 1810, diputado el año de 13, ministro de Pueyrredón en 1816 y Presidente de las Provincias Unidas en 1827.

(1) En *La Lira Argentina* están compiladas éstas y otras poesías patrióticas de aquel tiempo. Vid. Menéndez y Pelayo, *Antología*, tomo y lugar citados. Posterior a la *Lira* es una *Colectión de poesías patrióticas*, impresa probablemente en 1826. Además de los versos citados en el texto, Luca escribió odas (*A Montevideo rendido*, *Al pueblo de Buenos Aires*, *A la victoria de Maipó*), una canción y varias elegías. Véase el esti-

A raíz de la reconquista de Buenos Aires, dió Belgrano los primeros pasos en pró de la independencia, imaginando sustituir al Gobierno de la Metrópoli una Monarquía Constitucional independiente. Con tales fines mantuvo comunicaciones con la Infanta Carlota, Princesa del Brasil, en tanto que preparaba la opinión con sus escritos acerca de la reforma de la enseñanza y la libertad de la prensa. El redactó por los años de 1810 *El Correo del Comercio*, y al mismo tiempo, aliado con D. Mariano Moreno, si bien en una esfera muy diversa (1), atizó la revolución separatista que, por raro caso,

lo de su *Marcha patriótica* (1810), que salió a luz en *La Gaceta* de Moreno.

Sudamericanos

Mirad ya lucir

De la dulce patria

La aurora feliz.

La América toda

Se conmueve al fin

Y a sus caros hijos

Convoca a la lid.

La patria en cadenas

No vuelva a gemir,

En su auxilio todos

La espada ceñid.

Bellas argentinas

De gracia gentil

Os tejen coronas

De rosa y jazmín.

Con grandísimo entusiasmo recibió el gobierno de Buenos Aires el *Canto lírico a la libertad de Lima* como puede verse por este decreto: "El gobierno ha oído el *Canto lírico* que el sargento mayor D. Esteban Luca le ha presentado con una satisfacción, que sólo puede expresarla por el convencimiento en que queda, de que esta producción conduce a su autor a obtener un lugar entre aquellos seres privilegiados de cuya voz están pendientes los siglos. En su virtud decreta lo siguiente: 1º El canto lírico será impreso con toda perfección tipográfica. 2º Será presentada al autor del canto lírico una de las mejores ediciones de las poesías de Homero, de Osian, de Virgilio, del Tasso y Voltaire. 3º El ministro secretario de gobierno queda encargado de la ejecución de este decreto.—Rodríguez.—B. Rivadavia".

(1) Mariano Moreno (1778-1811), redactor de *La Gaceta*, escribió la célebre *Representación de los Hacendados*, que fué, al decir de José E. Rodó, la tarima de la tribuna revolucionaria. Los historiadores argentinos atribuyen a ese memorial grande influencia en el proceso de la revolución. Uno de ellos dice que "como dar amplitud al comercio era lo mismo que vigorizar la sociedad y apresurar la Revolución, el gobierno se encontraba en un conflicto angustioso. Buscándole salida, consultó al Cabil-do y al Consulado sobre la conveniencia de abrir las puertas a la bandera inglesa. Un agente del comercio de Cádiz y los comerciantes españoles de Buenos Aires consiguieron que ambas corporaciones rechazaran categóricamente la idea sugerida por

había de medrar encubierta por espacio de seis años bajo la bandera de la fidelidad al rey legítimo, D. Fernando de Borbón (1). Aquella bandera se enarboló el 22 de Mayo de 1810 en el seno mismo del Congreso.

Notables oradores defendieron los intereses de los

el Virrey"... "Entonces—prosigue el mismo escritor—el fogoso revolucionario escribió su renombrada *Representación de los Hacendados*... que destruyó todos los errores y subyugó el espíritu del Virrey, quien rindiéndose a su argumentación vigorosa y elocuente, permitió el comercio inglés. Las rentas públicas se cuadruplicaron en seguida y el Virreinato adquirió una fuerza extraordinaria de adelanto y riqueza". (J. M. Estrada.—*Historia de la República Argentina*). Entre otras cosas decía al Virrey el autor de la *Representación*: "Si se trata de establecer ventajas sobre nuestra ruina, basta descubrir la intención para que se arme contra ella el celo del gobierno: no confirió el soberano a V. E. la alta dignidad de Virrey de estas provincias, para velar sobre la suerte de los comerciantes de Cádiz, sino sobre la nuestra".

Al lado de Moreno debe recordarse entre los escritores políticos de la República Argentina a D. Bernardo Monteagudo (1785-1825), *demagogo andante, zaherido de mulato*, cuya influencia en la propagación de las ideas revolucionarias en toda la América del Sur ha excitado allí más de una vez el entusiasmo de los escritores republicanos. Rojas llega a calificarle de "el más hábil prosista de la independencia americana". Fué menester que lo asesinaran—dice—para que su muerte dejara de convulsionar muchedumbres y de "*seducir héroes invictos que él conquistaba con su palabra*". Y esa gloria se agranda cuando se piensa que tales muchedumbres pelearon en Maipó y en Ayacucho, comprometiendo la vida; y que *tales héroes se llamaron San Martín en Lima y Bolívar en Panamá...*" (Ob. cit. tomo III, pág. 29). Por de contado que tan grande "iniciador" no podía dejar de tener implacables detractores, de alguno de los cuales es sin duda este *Epitafio*, escrito en Lima después de su muerte:

Yace aquí para siempre, compatriotas,
El honorable inquisidor de estado,
Protector de serviles y de idiotas
Y opresor de los buenos declarado.
El pretendió tratarnos como ilotas,
Y con no iluminarnos se ha vengado;
Ideas liberales le acabaron;
Ideas liberales le enterraron.

De un sobrino de Belgrano, D. Manuel, queda un ensayo de tragedia clásica, intitulada *Molina* (1823), cuyo argumento viene a ser, en última síntesis, los amores de cierto conquistador de Quito con una de las vírgenes consagradas al Sol.

(1) La Junta de Gobierno, constituida después de la deposición del Virrey, decretó la fundación de una Biblioteca Pública.

tres partidos representados en aquella célebre Asamblea: el obispo diocesano, Dr. D. Benito Lue y Riega sostuvo con harta entereza los de la Metrópoli; el Dr. D. Juan José Castelli, delegó en el pueblo la soberanía de Fernando VII; el Fiscal de la Audiencia, Dr. Vilota, de quien ha dicho un escritor, que fué allí “el eslabón que debía unir el liberalismo sectario europeo de todos los tiempos con el liberalismo criollo, señalando a sus discípulos la pauta que debían seguir en adelante” (1), hizo vacilar con la solidez de su argumentación y la fuerza de su dialéctica; las convicciones de los *patriotas*; el Dr. D. Juan José de Paso defendió, como Castelli y D. Cornelio Saavedra la causa de éstos, y el Exmo. Don Pascual Ruiz Huidobro representó al partido conciliador, que admitía la soberanía de Don Fernando, pero juzgaba que la autoridad del Virrey debía pasar al Cabildo como representante del pueblo. Inútil es decir que prevaleció al cabo la opinión del partido *patriota*; lo que sí merece notarse es la participación que tuvo el clero en estas primeras tentativas revolucionarias. Veintisiete sacerdotes, todos doctores, asistieron al congreso de 1810, y esta circunstancia pone de manifiesto “su influencia eficacísima e ilustradora en el movimiento revolucionario argentino” (2).

Pero si no puede negarse tal influjo en los sucesos de 1810 y aún en la Asamblea del año de 13, es incontrovertible que fué muy poderoso en el Congreso de San Miguel de Tucumán, cuyos miembros, al decir de cierto

(1) Mons. Agustín Piaggio.—*Influencia del clero en la Independencia argentina*. Cit. por D. Arturo Juega Farrulla en su opúsculo *Glorias Americanas*, pág. 76.

(2) D. Arturo Juega Farrulla.—*Ob. cit.* “La mayoría de los historiadores argentinos—agrega el mismo joven historiógrafo—han cometido una gran injusticia con el Clero de la Revolución, porque han pasado por alto su obra en pró de la independencia. Sin embargo desde 1810 a 1820, el Clero argentino toma parte activa en todos los sucesos del orden político o civil y a veces en el militar....” (Pág. 74).

autor, en su mayor parte "eran clérigos que se emancipaban de su Rey, tomando todas las precauciones para no emanciparse de su Dios" (1).

Tales eran Fr. Cayetano Rodríguez, cronista del Congreso, Fr. Pedro Ignacio Castro Barros, D. Antonio Saenz, y aquel fraile dominico en cuyas entrañas bullía como un genio inquieto, según la frase de un escritor uruguayo, el espíritu de Artigas (2). Aquel fraile hirió

(1) D. Nicolás Avellaneda.—cita de D. Arturo Juega. No hay que olvidar, empero, los progresos que habían hecho las ideas liberales entre los clérigos. Así, D. Juan Ignacio de Gorriti (1767-1842) es alabado por Rojas a causa de su *capacidad liberal*, y aún llega a decir que en nuestros tiempos habrían sido más modernistas, *dentro del catolicismo*". La obra capital de Gorriti se intitula *Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos Estados americanos y Examen de los medios eficaces para reprimirlas...* (Valparaíso, 1836).

Toca a los historiadores de la iglesia rio-platense examinar la tremenda acusación que encierra este terminante fallo del señor Rojas al hablar de la importancia que alcanzó el movimiento revolucionario dentro de la iglesia argentina: "De la iglesia argentina, he dicho; pero deberíamos decir *del clero argentino*; para no confundir esa entidad con la iglesia católica, apostólica, romana, que no fué revolucionaria en ningún momento, aunque lo fueran en disidencia tácita con ella algunos sacerdotes, y desde luego los sacerdotes criollos que aquí la representaban". (Ob. cit. tomo III, pág. 98). Sobre esta materia véase a Leturia (*La acción diplomática de Bolívar ante Pío VII*).

(2) Zorrilla de S. Martín.—*La epopeya de Artigas*. "Castro Barros nació en Chuquis, aldehuela de La Rioja, el 30 de Julio de 1777. Quien desee conocer en sus menores episodios la vida de este ilustre varón, debe leer el libro que lleva su nombre, escrito por Jacinto Ríos y premiado por la Academia literaria del Plata, institución patrocinada por la Compañía de Jesús. Lo cito porque es una minuciosa biografía, de doscientas cuarenta páginas y, además, porque se trata de un panegirico, donde el autor polemiza con los historiadores argentinos que han censurado el fanatismo religioso de Castro Barros. Mitre, en su *Belgrano*, llámale fanático en religión y en política, Sarmiento, en sus *Recuerdos de Provincia*, le juzga con mayor severidad. De esas tres opiniones análogas se hace cargo el señor Ríos para registrarlas".

Es lástima que el señor Rojas al alabar el "patriotismo" del doctor Castro Barros lamente su *extravío* y el *error de su destino incompleto*, porque aquel doctor no admitía e impugnaba las perniciosas doctrinas del filosofismo. Ni parece sino que el erudito historiador pretende que haya incompatibilidad entre la *iglesia católica* y la *república*, de donde sin duda han de sacar

de muerte en el seno del Congreso a la Monarquía que había soñado San Martín, y disipó para siempre el fantasma de la restauración incáica evocado nada menos que por el general Belgrano. Aparte de los clérigos, cabe recordar también a los jurisconsultos doctores Juan José Paso, Pedro Medrano y José M. Serrano, entre los principales oradores del Congreso de Tucumán.

Con la declaración de 9 de Julio de 1816, rompió aquel Cuerpo, en nombre de las *Provincias Unidas de Sur América*, los *violentos vínculos* que las habían ligado a los Reyes españoles .

desastrosas consecuencias los jóvenes lectores de su libro. Por dicha no hay tal incompatibilidad, aunque sí sean inaceptables para todo buen católico ortodoxo ciertas doctrinas de los escritores republicanos cuya impugnación, por otra parte, está muy lejos de implicar cortos alcances ni menos *miopía política*. De otro modo, si los republicanos y demócratas pretenden imponer sin retriicciones, no sólo la simple forma de gobierno, pero también los principios filosóficos, religiosos y políticos en que se haya querido apoyarla, no tienen por qué quejarse de la "intransigencia católica", de tan flagrante modo se contradicen y van contra la libertad del pensamiento.

EPOCA SEGUNDA

Desde el año de 1816 hasta nuestros días.

CAPITULO I

Consideraciones generales acerca de la historia de la literatura de la República Argentina en el siglo XIX. Primer período: desde la declaración de independencia hasta la caída del Ministro Rivadavia. La Poesía; escuela clásica; Sociedad del Buen Gusto del Teatro. Don Juan de la Cruz Varela, poeta lírico y dramático. D. Juan Antonio Miralla; sus versiones de Fóscolo y de Gray. D. Florencio Varela. La prosa política. D. Ventura de la Vega, nacido en la Argentina. Instituciones del Ministro Rivadavia: creación de la Universidad, etc. Influencia de D. José Joaquín de Mora y de D. Pedro de Angelis en la literatura.

Tres grandes períodos pueden considerarse en la historia de las letras argentinas durante el siglo XIX. Aparte de los primeros diez y seis años de los cuales los nueve que inmediatamente precedieron a la declaración de independencia, fueron de transición entre el régimen colonial y la nueva organización republicana, se dá un período que pudiera llamarse de infancia de las letras, iniciado en el Congreso de Tucumán en 1816, y concluido juntamente con la actuación del Ministro Rivadavia, al cual debe la República Argentina por lo menos una de las sabias instituciones que fueron luego la principal fuente de su enorme desarrollo. A este período durante el cual se ponen con los cimientos de una gran nación las bases de la correspondiente cultura científica y literaria, sigue otro que no puede llamarse de decadencia sino de prueba, en el cual el genio de la libertad dejó

aquel suelo donde en la sangre de los argentinos saciaba su sed un tigre de las Pampas; pero las instituciones quedaron, como quedó el alma argentina, aunque obscurcidas aquellas, y ésta desgarrada. Cerróse aquel funesto intervalo, que sólo por antifrasis pudo llamarse de la *restauración de las Leyes*, y pasados los once años de continua agitación que se siguieron, mediado el siglo, el año de 1862, se inicia por fin el último período, durante el cual prospera la república de modo sorprendente y Buenos Aires se levanta a ser la Metrópoli de Sur América. Todas estas vicisitudes visiblemente se reflejan en la literatura argentina de la pasada centuria.

El período primero abraza, según hemos dicho, un espacio de once años, durante los cuales la poesía participa de los caracteres generales de la poesía americana contemporánea de la guerra de independencia, y se cultiva principalmente la prosa política. Las sociedades y tertulias literarias que tan de moda estuvieron en el siglo XVIII en España y en América, tuvieron por entonces en Buenos Aires una representación algo tardía en la *Sociedad del Buen Gusto del Teatro* establecida en 1817. A aquella sociedad pertenecieron D. Vicente López y Planes, D. Esteban Luca, traductor en verso del *Philippo*, de Alfieri; D. Bernardo Velez, que tradujo del francés *La jornada de Maratón*; el chileno fray Camilo Henríquez, autor de la tragedia *Camila*, de que hemos hablado en otro lugar; D. Juan Crisóstomo Lafinur que escribió *La revolución de Tupac-Amarú*; D. Santiago Wilde, imitador del inglés en su comedia *La Quincallería*; D. Miguel Cabrera Nevares, autor del *Aristodemo*, y aquel ingenio desconocido que calcó una tragedia “en el famoso libelo *Cornelia Bororquia* en que se pinta la Inquisición en la plenitud de sus sombras (según expresión de C. Henríquez)” (1).

(1) Menéndez y Pelayo.—*Ob. cit.*

Como se ve, la *Sociedad del Buen Gusto* tuvo por principal objeto la fundación del teatro nacional; pero ninguna de las obras que pudo producir, desprovista de positivo mérito, es comparable con las dos que compuso el primer representante de la escuela clásica en la República Argentina, D. Juan de la Cruz Varela, autor de las tragedias *Dido* y *Argia*, y mejor poeta lírico que dramático.

Varela había nacido en Buenos Aires en 1794, y cursado seis años en Córdoba del Tucumán, donde se graduó de Bachiller en Teología y Cánones en 1816. Fué grande amigo de Rivadavia y panegirista de su ilustre gobierno; padeció destierro en los primeros años de la tiranía de Rosas, y salió de este mundo el 24 de Enero de 1839 (1). Ya durante sus estudios había dado muestras de su predilección por la poesía con la composición de un poema "sobre un motín universitario", en quintillas, imitado del *Lutrin*, de Boileau; de algunos ensayos de poesía amatoria, como las anacreónticas *A Delia* y *A Laura*, imitación de Meléndez; de una versión de Ovidio (*Tristitia*, Lib. I, El. III); de versos latinos y de un poema intitulado *Elvira*, del cual es esta octava:

Oh días de mi gloria! Oh dulces horas
Las que, testigos de mi amor, volaban!
¿Quién os creyera nunca precursoras
De los días de horror que me esperaban?
Pero, ¿cuándo las penas roedoras
Con la quietud del corazón no acaban?
¿Cuál barquilla, que incauta se ha engolfado
En el mar del amor no ha zozobrado?

Más tarde tradujo de Horacio algunas odas, varios libros de la *Encida* de Virgilio, y producciones de las literaturas italiana y francesa, como el cuento de Lafontaine *La matrona de Efeso*. Entre sus modelos castellanos

(1) Para el estudio de sus poesías, véase a Menéndez y Pelayo, pág. CXXVIII y siguientes.

favoritos cuéntanse, además de Meléndez y de Arriaza, a quien imita en la oda *Al bello sexo argentino*, Cienfuegos, Quintana y Olmedo. Algo del tono melancólico de Cienfuegos hay, por ejemplo, en la elegía que en verso suelto escribió a la memoria de su padre (1820); y en los siguientes, citados por Gutiérrez en la biografía del poeta:

Yo ví de blonda mies la rubia espiga
Moverse al viento en el dorado campo;
Y henchido de esperanzas al colono.
Nublóse el sol, entristecióse el éter
Y el aquilón bramó; granizo a ríos
Del seno aborta la preñada nube,
Y aborta destrucción; sus diques rompe
El arroyo vecino, y muere a un tiempo
Su mies con su esperanza, y otro día
Inconsolable el infelice padre
Llorará sobre el rostro macilento
De los hijuelos cuando el pan le pidan...

De Quintana hay mucho en las odas *a la erección de la Universidad*, *al establecimiento de la Sociedad filarmónica*, *a una distribución de premios de la Sociedad de Beneficencia*, *á los trabajos hidráulicos ordenados por el Gobierno*, temas todos de *literatura administrativa*, como dijo Menéndez y Pelayo, y en la que dedicó *A la libertad de imprenta*:

De Gutenberg nació. Quintana sólo
Supo cantar su nombre;
Quintana, el hijo del querer de Apolo;
Quintana, el inventor del nuevo canto,
A quien sólo se diera
Que de su lira al pasador encanto
Digno de Gutenberg su verso fuera.

De la misma oda son los versos que siguen:

El inventó la imprenta, y de la muerte
Hizo triunfar con su invención al hombre,
Y ató todos los tiempos al presente.

.....

Así la ilustración, como la llama
 Del sol inapagable,
 Que enseñorea inmóvil la natura,
 De un día en otro sin cesar revive,
 De un siglo en otro permanente dura.

.....

Así llegó de la fecunda tierra
 Al seno engendrador su mano osada,
 Y el metal que se encierra
 En las hondas entrañas
 De las erguidas ásperas montañas,
 Arrebató con sudoroso anhelo
 A la caverna obscura
 Do plugo sepultarla a la natura.
 El campo alborozado
 Vió transformar el no pulido fierro
 En surcador arado,
 Y una mies abundosa prometía.
 Pero pronto sonó de guerra impía
 La maldecida trompa;

.....

Imitado del canto a la *Victoria de Junín*, de Olmedo, es el más celebrado de los poemas de Juan Cruz: el *Triunfo de Ituzaingó*. Su asunto es la victoria obtenida por los argentinos y uruguayos contra los brasileños que habían incorporado a su imperio la Banda Oriental con el nombre de Provincia Cisplatina; y mereció los encomios de humanistas como don J. J. de Mora y don Andrés Bello, cuyo juicio salió a luz en el *Repertorio Americano*. Ciertamente que deslucen el largo poema insostenibles prosaísmos, sinéresis y asonancias, y "aquella satisfacción infantil y pseudo-patriótica, aquella hipérbole desahogada y candorosa, como de pueblos recién nacidos, que infestaba entonces los versos y hasta la prosa oficial de los documentos americanos"; pero no es menos cierto que el *Triunfo de Ituzaingó* contiene bellezas de valor positivo, como la descripción de la furiosa embestida de las armas argentinas y la del incendio del

campo en mitad de la batalla. Véase cómo alude a la legión alemana que cooperaba al esfuerzo del ejército imperial:

¿Y están entre vosotros los valientes
Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,
Y a la ambición y al despotismo fieles,
A playas remotísimas vinieron
En demanda de gloria y de laureles?

.....

Vano esperar! ni en la enriscada altura
Defendidos se creen: así acosada
Del veloz cazador tímida cierva,
Más y más se enmaraña en la espesura,
Y aún su pavor conserva
Ya del venablo y del lebre! segura.

Entre los modelos italianos de Juan Cruz están Alfieri, del cual tradujo en prosa la *Virginia*, que no hemos visto impresa, y de quien imitó en la *Argia*, las dos tragedias *Polinice* y *Antígona*; y Manzoni en el *Adelchi*, como se ve en la oda al *Veinticinco de Mayo de 1838 en Buenos Aires*:

Ya raya la aurora del día de Mayo:
Salgamos, salgamos a esperar el rayo
Que lance primero su fúlgido sol.

Mirad: todavía no asoma la frente,
Pero ya le anuncia cercano al Oriente
De púrpura y oro brillante arrebol.

Mirad esas filas; el rayo, el acero,
Los patrios pendones, la voz del guerrero
Al salir el astro saludo le harán;

De párvulos tiernos inocente coro
Alzará a los cielos el canto sonoro,
Y todas las madres de amor llorarán.

Por los horizontes del río de Plata
El pueblo en silencio la vista dilata
Buscando en las aguas naciente fulgor;

Y el aire de vivas poblaráse luego
Cuando en el baluarte con lenguas de fuego

Anuncie el momento cañón tronador:

Cándida y celeste la patria bandera
Sobre las almenas será la primera
Que el brillo reciba del gran luminar:

Y ved en las bellas cándida y celeste
Cómo la bandera de nítida veste
En gracioso talle gracioso ondear.

Yo he sido guerrero: también ha postrado
Mi brazo enemigos: me le ha destrozado
La ardiente metralla del bronce español.

No sigo estandartes inútil ahora;
Pero tengo patria.... Ya luce la aurora,
Y seré dichoso si miro este sol.

.....

En vano se abrieron de Oriente las puertas!
Como en negra noche mudas y desiertas
Las calles y plazas y templos están!

Sólo por escarnio de un pueblo de bravos
Bandas africanas de viles esclavos
Por calles y plazas discurriendo van.

Su bárbara grita, su danza salvaje
Es en este día meditado ultraje
Del nuevo caribe que el Sur abortó.

Sin parte en tu gloria, nación Argentina,
Tu gloria, tu nombre, tu honor abomina:
En su enojo el cielo tal hijo te dió.

Feroz y medroso, desde el hondo encierro
Do temblando mora, la mano de hierro
Tiende sobre el pueblo mostrando el puñal.

Vergüenza, despecho y envidia le oprimen;
Los hombres de Mayo 'son hombres de crimen
Para este ministro del genio del mal.

Reciente como estaba la revolución antiespañola, no es extraño que para hacer más execrable a Rosas, contra quien escribía el poeta, le atribuyese el amor de España como uno de los mayores crímenes de que se había hecho reo y le presentase como vengador de la antigua Metrópoli:

Sin él, *patria, leyes, libertad*, gritaron,
Sin él, valerosos la espada empuñaron,
Rompieron cadenas y yugo sin él.
Por eso persigue con horrible saña,
A los vencedores de su amada España,
Y en el grande día la vengla cruel.

.....

Hemos nombrado apenas las dos tragedias de Juan Cruz, de las cuales en la primera, *Dido*, muéstrase no infeliz imitador de Virgilio, como se echa de ver en los dos monólogos de Dido, acertadamente copiados como muestra por el autor de la *Antología*:

I

Me miró, me incendió, y el labio suyo
Trémulo hablando del infausto fuego
Que devoró su patria, más volcanes
Prendió con sus palabras aquí adentro
Que en el silencio de traidora noche
Allá en su Troya los rencores griegos.
Amor y elevación eran sus ojos;
Elevación y amor era su acento.
Y al mirar, y al hablarme, yo bebía,
Sedienta de agradarle este veneno
En que ya está mi sangre convertida,
Y hará mi gloria y mi infortunio eterno.

.....

Testigo ha sido de mi unión el cielo:
En el fuego del rayo que cruzaba
Prendió su antorcha el plácido Himeneo;
Fué nuestro altar el álamo del bosque
Y la selva frondosa nuestro templo.

.....

.....

II

La ambición es tu Dios; te llama; vuela
Donde ella te arrebatla, mientras Dido
Morirá de dolor, sí; pero tiembla!
Tiembla, cuando en el mar el rayo, el viento,

Y los escollos que mi costa cercan,
Y amotinadas las bramantes olas
En venganza de Dido se conmuevan.
Me llamarás entonces; pero entonces
Morirás desoido. Cuando muera
Tu amante desolada, entre los brazos
De tierna hermana expirará siquiera,
Y sus reliquias posarán tranquilas
Y bañadas de llanto en tumba regia;
Pero tú morirás y tu cadáver,
Al volver de las ondas, será presa
De los marinos monstruos, e insepulto,
Ni en las mansiones de la muerte horrenda
Descansarán tus manes. Párte, ingrato;
No esperes en Italia recompensas
Hallar de tu traición: pártte; que Dido
Entonce al menos estará contenta,
Cuando allá en las regiones de las almas
De tu espantable fin llegue la nueva.

Pero con todas las excelencias que indudablemente tienen ambas obras, ninguna de las dos se encarece como poema dramático.

Contemporáneo de Cruz Varela fué D. Juan Antonio Miralla, muerto en 1825. Tradujo Miralla con notable concisión y propiedad las *Cartas de Jacobo Ortiz* (1), de Hugo Fóscolo, y la elegía de Tomás Gray *En el cementerio de una aldea*. Grandes parabienes de la crítica docta han merecido ambas versiones, sobre todo la segunda, por razón de la dificultad vencida, pues sin violentar el pensamiento ni la expresión, logró salir casi airoso en la interpretación castellana del poema original sin haber menester de la paráfrasis. En este sentido, parece que la versión de Miralla se aventaja a las mejores (2):

(1) Habana, 1822; Buenos Aires, 1835.

(2) Miralla estudió en Lima, viajó por toda América y en casi toda ella dejó señales de su paso; en la Habana estuvo dedicado al comercio, y tanto en México y en los Estados Unidos

La esquila toca al moribundo día,
La grey mugiendo hácia el redil se aleja,
A casa el labrador sus pasos guía
Y el mundo a mí ya las tinieblas deja....

D. Florencio Varela (1807-1848), hermano de D. Juan de la Cruz y víctima del tirano Rosas, no sobresalió como poeta, pero sí como escritor político. De él quedan siete composiciones en metro: *El 25 de Mayo*, *Al Estado Oriental del Uruguay*, *La Concordia*, *Al restablecimiento de la Biblioteca Pública de Montevideo*, *Al bello sexo oriental*, publicadas en folleto en 1820, y *La Anarquía*, *A la hermandad de la Caridad de Montevideo*, que están en la *América Poética*, de Gutiérrez. Véase cómo empieza su oda a *La Concordia*:

Ay, protéjé, Señor, tu hermosa hechura!
Por ti este pueblo sacudiera el yugo
De servidumbre dura;
Y, en tu inmensa bondad, al fin te plugo
Darle nueva existencia,
Y llamarle a gozar de independencia.

No abandones jamás la tierna planta
Al furor de los vientos, cuando apenas
Lozana se levanta.
Libra a tu pueblo, oh Dios, de las escenas
De discordia inhumana,
Que destruyen la tierra americana.

Si en merecida pena a sus delitos
Impuso tu justicia a otras naciones
Los males infinitos
Que traen las fraternales disensiones,
El pueblo del Oriente
Como recién nacido es inocente.

Antes que Florencio Varela descollase como prosista

como en Colombia, donde colaboró en el *Argos* con Madrid y Vargas Tejada (1821), conspiró contra el gobierno de la Madre Patria. (V. Menéndez y Pelayo, *Ob. cit.*) Diez años después de su muerte divulgó la versión de las *Cartas de Jacobo Ortiz*, D. Patricio Basabilbaso en la edición que hizo de ellas.

político, ya habían representado el género en la República Argentina el P. Castañeda y Juan Cruz su contendor (1). Tiene la sátira de estos y la de cuantos con ellos intervinieron en aquellas tareas, según dijo Rodó, "la curiosidad de ofrecer algo así como una cómica refracción de los hombres y las cosas de uno de los períodos más trascendentales y solemnes en el desenvolvimiento orgánico de estos pueblos" (los del Plata). Florencio Varela fué posterior, y mantuvo en la generación que sucedió inmediatamente a aquella los mismos ideales literarios y políticos que había mantenido su hermano en la época de Rivadavia. El ejerció principalmente su influencia literaria en aquella parte de la juventud argentina que emigró a Montevideo en los días terribles de la persecución de Rosas. "Desconoció como publicista—dice el mismo escritor uruguayo que hemos citado—otras inspiraciones que las de la razón que domina, austera e inmutable, desde su altura superior a la tormenta; y aún en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por las más nobles exaltaciones de la indignación y los más justificados extremos del odio, no se caracterizó su palabra por la invectiva y el sarcasmo que calienta la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad, por la justicia, por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo.

(1) Francisco Castañeda, fraile franciscano, «de temperamento inofensivo» aunque hombre «inculto y neurótico», contribuyó—dice D. Ricardo Rojas—«a desencadenar las más bajas pasiones en tiempo de Borrego». El dió comienzo al periodismo gauchesco con numerosos papeles como el que intituló *Desengañador gauchipolítico, federimontero, Chacuacoriental, Choli protector y Putirepublicador de todos los hombres de bien, que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana* (1820). En este papel, escrito en prosa y verso, disertaba, disparata, injuria: su verso tiene a ratos la incoherente variedad de un discurso de manicomio». (t. I, pág. 38 y siguientes). Al *Desengañador* siguieron el *Despertador teofilantropicomístico y paralipomenon*. En otra hoja, *La verdad desnuda*, «tanto la desnudó, que fué acusado por el fiscal y condenado a re-

unida a las vistas limpidas y seguras de la inteligencia" (1).

Apuntemos también siquiera el nombre del celeberrimo poeta lírico y dramático D. Buena Ventura de la Vega, venido al mundo el año mismo en que las armas españolas consumaban la famosa reconquista de Buenos Aires (1807), y predestinado por el Cielo para ser en lo sucesivo lazo de perdurable unión entre la Madre Patria, a quien perteneció por la literatura, y su antigua colonia, a quien corresponde la gloria de su nacimiento. Dióle a luz su madre *en días de tribulación*, como escribió su ilustre amigo el Sr. Conde de Cheste (1); y envióle, *con pretexto de educarle, a la patria de los tiranos godos* según es fama que dijo el propio Vega cuando, al tiempo de partir, de edad de once años, atravesó la Plaza Real en hombros de un esclavo. A aquella patria debió Vega la primera educación, que recibió sucesivamente en el colegio imperial de S. Isidro de Madrid, regido por los Jesuitas, y en el célebre de S. Mateo, cuyo rector era D. Manuel Calleja. A España debió también la posterior cultura literaria que adquirió en las cátedras de Llista y de Hermosilla; así como también la inspiración de la mayor parte de sus obras, sus triunfos en la carrera de las letras y hasta el amor de aquella Laura que, andando el tiempo, había de ser la compañera de su vida y había sido ya la musa de sus versos bellísimos:

"Cruza sin mí los espumosos mares;
Saluda, oh nave! de mi patria el muro,

clusión en su convento con prohibición de la libertad de escribir» (t. 3, pág. 91).

(1) Juan M. Gutiérrez y su época. II.

(2) *Elogio fúnebre del Exmo. Sr. D. Ventura de la Vega, de la Real Academia Española, leído en la Junta del Jueves 23 de Febrero de 1866 por el General Pezuela, Conde de Cheste.* Al frente de las *Obras escogidas de Ventura de la Vega*, t. I., Barcelona.—Montaner y Simón.—1894.

Y déjame vagar triste y obscuro
Por la orilla del lento Manzanares.

Si osa turbar la paz de tus hogares
De soberbio extranjero el soplo impuro.
Otro defienda con el hierro duro
Su libertad y mis nativos lares”.

Esto decía yo cuando las olas
Sulcó la nave en que partir debía,
Y abandonó las costas españolas.

Ella al impulso plácido del aura
Voló a la orilla de la patria mía....
Y yo a los brazos me volví de Laura.

No hemos de referir aquí todas las peripecias de la vida de Vega, que fueron muchas y variadas (2), ni siquiera haremos juicio alguno de sus obras que, sobre pertenecer, como queda dicho, a la literatura peninsular, han ocupado la atención de los más ilustres críticos que España ha producido en estos últimos tiempos. Sólo hemos querido invocar su nombre como uno de aquellos a quienes podría atribuirse, en el siglo XIX y relativamente a España y las que fueron sus colonias, un valor semejante al que atribuía Tomás Carlyle al nombre de Shakespeare entre todas las gentes que con sangre inglesa hay en el mundo. Porque, por cima del amor que los hispano-americanos deben a la nueva patria que les dió la independencia, “hay,—como dice un escritor muy conocido—otro amor, o si se quiere, otro patriotismo más comprensivo y alto: el de la raza de que todos procedemos y de cuya identidad da testimonio y debe ser indeleble sello la lengua castellana” (1). Y la lengua castellana vive y se mantiene en toda la plenitud de su vigor y lozanía merced a la obra trascendental de los escritores que la conocen y manejan como

(1) Murió el año de 1865.

(2) D. Juan Valera—*Ecce Argentinos*, p. 276.

el ilustre autor de *El hombre de mundo* y *La muerte de César*.

Tiempo es ya de dar fin a este capítulo; pero enumeremos antes las principales instituciones del Ministro don Bernardino de Rivadavia: la creación de la Universidad y de la Academia de Medicina, la organización de los estudios de Ingeniería, el establecimiento del Museo Público, la declaración de la inviolabilidad de la propiedad, la formación de escuelas en toda la República y el fomento de la inmigración (2). El llamó a Buenos Ai-

(1) Rivadavia "siendo progresista en su programa de organización social era reaccionario en su programa de organización gubernativa. Quería para el estado la organización centralista, aristocrática y ejecutiva del viejo régimen virreinal; y quería para la sociedad una reforma científica, laica, fisiocrática, de las instituciones que la constituyen. En tal sentido, la acción de Rivadavia no se liga propiamente a la de Moreno y Gorrión, que no sintieron simpatía por él, sino a la de Bucareli, Vertiz y Carlos III. Como estos últimos, patrocinó reformas económicas, agrarias, regalistas, anticlericales, laicas, lancasterianas, cuya filiación filosófica no es diversa de la expulsión de los jesuitas, el franco comercio, el consulado, la escuela de náutica, el teatro, el colegio de S. Carlos, y otras fundaciones análogas del período colonial. Como ellos, auspició la hegemonía de Buenos Aires con el unitarismo y del ejecutivo con la disolución de congresos, de la aristocracia con el proyecto de traer un monarca al Río de la Plata. En el fondo de su temperamento y de su ideal, Rivadavia era un hombre del antiguo régimen, por su educación política, como lo fué Juan Cruz Varela por su educación literaria. La coincidencia de ambos espíritus, me parece por eso muy explicable"... "Dadas las aficiones de Rivadavia por el aparato cortesano, debió halagarle mucho la adhesión de Varela. Digamos que él acertó a despertarla y a cultivarla. Desde la llegada del poeta a Buenos Aires, le aseguró un empleo bien rentado en su ministerio, durante la administración de Martín Rodríguez. Después, cuando fué presidente, complúgole ser su Mecenas. Fuera de esto que le granjeaba la defensa eficaz de una política en la prensa y en los corrillos, tal amistad le permitía constituir, en torno de Varela, un círculo literario que le renovaba, entre otras instituciones de cultura, las academias científico-literarias que algunos virreyes de Méjico y de Lima habían fomentado en el siglo XVIII. Si estos ejemplos no le hubieran halagado, tenía los de ambas ramas borbónicas en Francia y España, los de Federico el Grande y Catalina de Rusia; los de ciertos papas y emperadores romanos. Rivadavia conocía y amaba las letras clásicas, estudiadas en el aula de San Carlos, con el Pbro. D. Pedro

res a D. José Joaquín de Mora, asiduo colaborador que había sido de Blanco o White en la obra emprendida por éste en *El Mensajero de Londres*. Verdad es que no faltaban por entonces maestros hispano-americanos aún más ilustres que Mora, como Bello, por ejemplo; pero tales cosas había dicho Mora, llevado de su prurito de librepensador y halagado por los aplausos de aquel mal sacerdote, su amigo, infiel a la patria, después que había sido infiel a Dios, que supuesta la enemiga profesada por los americanos de entonces a España, debió ser, y fué en efecto acogido por los argentinos como una especie de Cadmo o de Orfeo. Para aquel nuevo *lucífero* los hispano-americanos “habían

Fernández, poco antes de la entrada de Achega, maestro de Varela. Tenía, por su propia cultura, el sentimiento de lo que llamaré “la política clásica”, a cuya sombra había nacido esa literatura que las escuelas coloniales enseñaron, y de la cual Juan Cruz Varela fué en nuestra tierra póstumo representante.

“A la sombra de Rivadavia, los hombres de ese grupo unitario continuadores de la cultura europea, formaron en Buenos Aires una sociedad literaria, de la cual eligieron socio activo a Varela, en 1822. Formaban parte de ella hombres como Agüero, López, Funes. Varela reconocía, como todos sus camaradas más jóvenes, un cierto patriciado intelectual en Don Vicente López. Fuera la seriedad de su cultura, o el ascendiente de su edad, o el prestigio que le daba la paternidad del *Himno* argentino, D. Vicente ejercía, y ejerció en adelante sin resistencias, un doble sereno pontificado en las letras y la política. A la sombra de la Sociedad literaria, reunida en cónclave solemne, y de D. Vicente López, su mentor—y del ministro Rivadavia,—su Richelieu, su Condé, su Conde de Lemos, su Mecenas,—nació la *Dido* de Juan Cruz Varela. Esa tragedia, sacada de la *Eneida*, merecía padrinos tan solemnes. Juan María Gutiérrez, amigo y biógrafo del autor, nos ha salvado un documento curioso, que da carácter “virreinal” a aquel momento de nuestra historia literaria. Es una carta del propio Juan Cruz Varela a D. Vicente López, la cual dice así: “Amigo: está de Dios que mi abandonada *Dido* lo haga a Ud. abandonar su retiro por las noches. El señor Rivadavia me ha ordenado que a las 8 de hoy vaya a leerla a su casa, y quiere, como vo, que Ud. esté presente. Al efecto me hace prevenir que lo espera a la hora indicada”. Esa misma noche, Juan Cruz Varela daba lectura a su tragedia clásica, en presencia del ministro Rivadavia y del pontífice López...” (Rojas, t. II, cap. XV).

vegetado por siglos en el pupilaje más opresivo y bajo la férula del gobierno más ciego de Europa, y empezaban a gozar una especie de edad viril, retardada hasta entonces por la opresión de sus tutores". Bello no habría tenido tanta autoridad ni mejor acogida, aunque parezca paradoja. Mas no faltaban a Mora verdaderos méritos que le hiciesen acreedor a distinciones y honoríficos empleos; sobre todo los hispano-americanos tenían con él una deuda de gratitud. Para ellos había escrito y publicado Mora multitud de obras, originales o traducidas de otras lenguas, como los *catecismos* de geografía, gramática castellana y gramática latina, *el Museo Universal* y *El correo de Londres* (revista), unas *Meditaciones poéticas*, que imitó de Blair; la *Historia de Méjico*, de Clavijero, una *Historia de los Arabes desde Mahoma hasta la Conquista de Granada*, *La Persia* (su descripción); *Cartas sobre la educación del bello sexo*, *El Talismán* y *El Ivanhoe*, de Walter Scott.

Mora llegó a Buenos Aires en Febrero de 1827. Allí redactó la *Crónica política y literaria*, y con D. Pedro de Angelis, *El Conciliador* y *La Crónica*. Con el mismo Angelis fundó después un colegio, mientras las esposas de ambos dirigían, juntas también, uno de señoritas. Pero todo concluyó con la caída del Mecenaz y la subida al poder del partido contrario, que quitó a Mora la pensión y aun llegó a molestarle (según hemos leído), ya que no a perseguirle. Entonces fué cuando le abrió sus puertas la República de Chile, adonde Mora pasó, como hemos dicho en otra parte, llamado por el presidente D. Francisco Antonio Pinto.

Angelis, antiguo preceptor de los hijos de Joaquín Murat, dirigió *El Archivo*, periódico rosista redactado en tres lenguas y formó una *Colección de Obras y documentos* que con la *Biblioteca del "Comercio del Pla-*

ta", dirigida por D. Florencio Varela en Montevideo (1845), constituye el principal monumento histórico que se erigió en aquella época en las márgenes del Plata. (1)

CAPITULO II

Segundo Período (1830-1862)

ARTICULO I

El Romanticismo. Don Esteban Echeverría; examen de su obra poética. Su consideración como fundador de una escuela poética americana independiente de la española. D. Hilario Ascasubi.

Dos años después de los sucesos de que acabamos de hablar, mediado el año de 1830, regresaba a las márgenes del Plata, un argentino cuyo nombre es célebre en la historia literaria de América. Don Esteban Echeverría, nacido en Buenos Aires en 1805, a la edad de veinte años se había ido a París, donde es fama que saludó casi todos los conocimientos humanos. "Cuando puso el pie sobre la nave que le restituiría al seno de la patria—dice José E. Rodó—el joven e ignorado escritor se consideraba a sí mismo el mensajero de una nueva vida intelectual". Y lo fué, en efecto, aunque no lo pareciera entonces. Imbuído en las ideas que privaban en la filosofía de su época, no se arredró ante una empresa que bien pudo ser superior a sus fuerzas, pero que nadie había acometido antes; y la acometió denodado, a pesar de haber hallado en la ciudad que dejó

(1) Sobre la vida y las obras de D. Pedro de Angelis, hay datos en Rojas, tomo III, capítulo XVII.

“jubilosa y altiva, el silencio y la sombra, la soledad moral, la enervación de las voluntades, el ostracismo de las inteligencias” (1). *Elvira o la novia del Plata* fué su primer poema (1832): con él se inicia allí el romanticismo, importado directamente de Francia, al mismo tiempo que el autor del *Moro Expósito* lo introducía en España. Pero no fué en la *Elvira* donde la juventud del Plata halló a su poeta, sino en *Los Consuelos*, que salieron a luz dos años más tarde, con una nota al fin en que expuso el autor todo el plan de su obra futura. Porque no era, propiamente, la novela romántica la que había de asegurarle el prestigio que hasta hoy ha conservado su nombre, sino el intento que entonces manifestó, más explícitamente que en los versos de la colección, en la nota a que hemos aludido, de ser poeta nacional, de pintar la naturaleza física y las costumbres argentinas. No queremos decir que no tuviese mucha parte en la boga que alcanzaron *El Poeta enfermo*, *Mi destierro*, *El Crepúsculo en el mar*, y alguna otra de las composiciones incluidas en la colección de *Los Consuelos*, la melancolía que dichas composiciones respiran; por el contrario, “lo que daba carácter al libro, era—dice Menéndez—la melancolía del subjetivismo romántico”. Pero si la fuerza del sentimiento hizo que hallase en *Los Consuelos* la juventud de ambos sexos, que ávidamente los leía, “la historia de su vida interior”, como escribió Gutiérrez, lo que los salva de estar hoy relegados al estudio de la crítica acuciosa es, más que el mérito positivo del sentimiento que suscitan, el ser obra de tal padre; por cuya fama había de prolongarse en las generaciones siguientes el recuerdo de aquella hija que le mereció los primeros aplausos. Véase una muestra de la poesía de *Los Consuelos*:

(1) Rodó.—Juan M. Gutiérrez y su época, III.

MI DESTINO

*Qui, je mourrai: déjà ma lyre en est en deuil,
Jeune, je méteindrai, laissant pas de memoire.*

V. Hugo.

Presa de mil dolencias
El corazón marchito,
A veces angustiado
Me concentro en mí mismo,
Y voz secreta escucho
Decirme estremecido:
"En juventud temprana
Morir es tu destino".

"Antes que el lauro sacro
Se entrelace y el mirto
En tu lozana frente,
Sufrirás el martirio
Que al que nació poeta
Reserva el hado impio;
Que en juventud temprana
Morir es tu destino".

De Prometeo el fuego
Arde en mi seno altivo;
Un buitres despedaza
Mi pecho enardecido,
Y mi existencia llena
De angustias y conflictos;
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

A cada instante veo
El tenebroso abismo
De la tumba a mi planta,
Y el pensamiento mío
Replega al contemplarlo
Sus alas abatido;
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Con el mirar profundo
De espíritu divino,
Mi genio el universo
Abarca y lo infinito;
Pero voz ominosa
Me repite al oído
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Como la flor del campo
Que el inflamado estio
Agosta en el momento
De desplegar sus visos;
Así se han marchitado
Mis juveniles brios:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

¿Qué importa que llenase
De fuego peregrino
Mi pensamiento el cielo,
Si soplo fugitivo,
Exhalación errante,
Al nacer ya me extingo,
Que en juventud temprana
Morir es mi destino?

Mi corazón desmaya
De dolor consumido,
Y mis fugaces días,
Sin ostentar su brillo,
Se eclipsan y descienden
A la mansión de olvido:
Que en juventud temprana
Morir es mi destino.

Un himno *Al dolor*, la canción de *La Diamela*, y principalmente el poema de *La Cautiva*, es lo más notable de sus famosas *Rimas* aparecidas en 1837. Los mis-

mos defectos de forma, los mismos rípios, neologismos y flojedad de versificación que se advierten en todas sus composiciones alcanzan a este último poema—dice un crítico español—“mermando en parte la gloria que le corresponde por su originalidad, como primera representación artística de la naturaleza americana en uno de sus más interesantes aspectos, como cuadro fiel y vivo de la pampa salvaje, como primer ensayo de la poesía nacional argentina, en la que hasta entonces había dominado la imitación servil e infecunda. El heroísmo de la mujer fuerte que logra dar libertad a su amante prisionero de una tribu infiel; la peregrinación de la infortunada pareja por las llanuras del desierto, las inquietudes de María en el insalubre *pajonal* y ante la presencia de la *quemazón*; el martirio a que la condena la muerte de Brian, y los demás extraños incidentes que se van sucediendo en el relato de Echeverría, juntamente con la novedad del relato en que se desenvuelven; todo parece ostentar el prestigio de una evocación fantástica que deslumbra, de una leyenda tradicional que el autor ha recogido de boca del pueblo, y a la que sólo añade el ornato de la forma externa” (1).

De nueve partes y un *Epílogo*, consta este famoso poema, y en todo él campean las novedades románticas, desde los cambios de metro dentro de un mismo canto o *parte*, hasta el desastrado fin de los dos amantes, Brian y María, heroína del poema. En el primer canto se contiene la pintura del *desierto* que a los pies de los Andes

Se extiende triste el semblante
Solitario y taciturno,
Como el mar....

(1) P. Francisco Blanco García.—*Ob. cit., República Argentina*, pág. 332.

Por primera vez en la literatura argentina el elemento topográfico adquiere toda su importancia: a la mágica vez del poeta el inmenso desierto se anima

A veces la turba errante	Y pasa; o su toldería
Sobre el potro rozagante	Sobre la grama frondosa
Cuyas crines altaneras	Asienta, esperando el día....
Flotan al viento ligeras,	Duerme... tranquilo reposa...
Lo cruza cual torbellino,	Sigue veloz su camino.

En *El festín*, véñse aparecer, entre las sombras de la noche, espíritus que

Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Viencn, van, brillan, se alejan....,

así como en la introducción del *Diablo Mundo*,

Densa niebla	Que aquí el viento
Cubre el cielo	Y allí cruzan
Y de espíritus	Vaporosos
Se puebla	Y sin cuento....
Vagariosos	

No falta en este romance algún trozo donde la versificación y el estilo corran sin tropiezo:

Feliz la maloca ha sido;	De sus indolentes amos
Rica y de estima la presa	El grito de alarma esperan.
Que arrebató a los cristianos:	Y no lejos de la turba
Caballos, potros y yeguas,	Que charla ufana y hambrienta,
Bienes que en su vida errante	Atado entre cuatro lanzas
Ella más que el oro precia;	Como víctima en reserva,
Muchedumbre de cautivas,	Noble espíritu valiente
Todas jóvenes y bellas.	Mira vacilar su estrella;
Sus caballos, en manadas,	Al paso que su infortunio,
Pacen la fragante hierba;	Sin esperanza, lamentan,
Y al lazo, algunos prendidos,	Rememorando su hogar,
A la pica, o la manea,	Los infantes y las hembras.

Ni desdeñaría este cuadro el más empecatado realista:

En torno al fuego sentados	Al rescoldo o llama tuestan;
Unos lo atizan y ceban;	Aquél come, éste destriza,
Otros la jugosa carne	Más allá alguno degüella

Con afilado cuchillo,	Como sedientos vampiros,
La yegua al lizo sujeta;	Sorben, chupan, saborean
Y a la boca de la herida,	La sangre, haciendo murmullo,
Por donde ronca y resuella,	Y de sangre se rellenan.
Y a borbollones arroja	Bajo el pescuezo, vacila,
La caliente sangre fuera,	Y se desploma la yegua,
En pie trémula y convulsa,	Con aplauso de las indias
Dos o tres indios se pegan;	Que a descuartizarla empiezan.

Lunares semejantes al que en letra bastardilla queda señalado, deslucan el poema de *La Cautiva*, como cuando dice el poeta que

A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo, etc.

Pero a pesar de éstos, y otros más graves que van contra la lengua, el autor logra agradar, con la pintura animada y viva de la naturaleza, y a veces con patéticos contrastes, como cuando, pintados los bulliciosos efectos de la embriaguez de los indios, dice:

Mientras, sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños,
Al ver llorar a sus madres.

Con las bellezas de sentimiento alternan en todo el poema de Echeverría las descriptivas que resultan de la pintura de la naturaleza física. No podemos señalarlas aquí una por una, pero no dejaremos de mentar siquiera en *El Puñal* (3ª parte), la descripción del valor que muestra la heroína en el campamento de los indios: la de éstos, atacados de improviso por los cristianos, en la cuarta parte (La alborada); la de los estragos del verano, en la quinta (El Pajonal); y la llegada del tigre, la *quemazón*, el delirio de Brian, la muerte de Maria, en las cuatro partes restantes. Las siguientes estrofas del epílogo son características de la escuela a que pertenecía el poeta:

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada,
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz,
Descollando en una altura,
Entre-agreste flor y yerba
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa extensa y tupida
De un ombú, donde se anida
La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves que cría el desierto,
Se pone en ella a cubierto
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno
Ni quién a su sombra el signo
Puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca a aquellos lugares,
Recordando sus hogares
Se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,

Al ver del ombú gigante
La verdosa cabellera,
Suelta al potro la carrera
Gritando:—allí está la cruz!—

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brian.
Pálido el indio exorcista
El fatídico árbol nombra.
Ni a hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado
Cuenta, que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos luces aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas a su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aéreo,
Quizá espíritus, misterio!
Visiones del alma son.

Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía
Forman coro en armonía
De la invisible creación.

A partir de la publicación de las *Rimas*, en las cuales llegó a su apogeo la inspiración de Echeverría, empieza el poeta a inmiscuirse en los asuntos políticos, primero con la *Asociación de Mayo*, iniciada por él, i luego con las publicaciones que hizo, ya en prosa, como el célebre *Dogma socialista*, ya en verso como el mal pergeñado poema que compuso con motivo de la insurrección de los hacendados en 1839. No parece sino que a medida que se mezclaba en la política decaían sus aptitudes poéticas, como si celosas las Musas de sus nuevas aficiones, fuesen poco a poco divorciándose de

él y le negasen sus dones. Lo cierto es que, después de la aparición de *La Cautiva*, apenas compuso, que merezcan citarse, una elegía a la muerte de Juan Cruz y un poema con el título de *Avellaneda*, que vale principalmente por la descripción del Tucumán:

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona regia, donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjero sin cesar florece,
Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus doradas pomas.
Donde el sacro laurel, ambicionado
Galardón del poeta y del soldado,
Al rayo desafía entre la nube
A par del cedro que gallardo sube,
Y el *pacará* que al viajador asombra
Cien jinetes cobija con su sombra.
Donde el zorzal y ruiñón, artistas
De ingenua inspiración sin hondas vistas,
En las serenas tardes de verano,
Cuando reina sin par melancolía
En la natura, el premio soberano
Se disputan del canto y la armonía.

.....

Su casa son verjeles

Donde habitó la paz y la abundancia
En tiempos más felices, cuando fieles
A la costumbre y fe de sus mayores,
O avenidos tal vez con su ignorancia,
Vivían sus tranquilos moradores.

.....

..... Cuando el invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida a amortiguar en sus entrañas,
Una virgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida
Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,

Flamantes y vistosas;
Duerme y no duerme, sueña;
Oye soñando el plácido murmullo
Del festín y la danza, el alborozo
Del expansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido gozo se diseña,
Como si el fresco animador volviera
A respirar de perfumada brisa.
Después la primavera,
Con su templado sol y sus rumores,
Su concierto de pájaros cantores,
A electrizar sus miembros adormidos
Llega a bañar en lumbre sus sentidos;
Y la virgen despierta
De su sueño fugaz, y le levanta
Radiante de alegría y de frescura
De gracia y de hermosura,
Y a engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y a perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores:
Hasta que el sol de la estación ardiente
Subir hace a su frente
Todo el inmenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,
Engendra en sus entrañas virginales
Cuanto apetece y necesita el hombre
Para vivir feliz: en animales,
En frutas y productos tropicales,
En colosal vegetación. En vano
El adusto verano
La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada cerviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,

La baña con sus frigidios alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda.
Entonce ella de lumbré
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito sér que la dió vida
Y su eternal espíritu alimenta.

.....
.. Cuán bella entonces es! Cuánto de calma,
De aspiración sublime infunde al alma!
Encantado jardín, valle florido
Del edén desprendido
Para adornar el argentino suelo.
Sus aires son aromas
Que parecen fluir entre azul velo
Del seno de redomas
Inmensas de azahar y de azucena,
De poleo, cedrón y hierbabuena;
Brisas que dulcemente
Los sentidos embriagan i la mente,
Y el corazón llenando de alegría
Dan alas a la inquieta fantasía.

Pudiera añadirse la oda al Río de la Plata, incluida en su poema *El Angel caído*. Echeverría, como se cuenta de Quintana, trazaba a veces en prosa el plan de sus poemas. De esto parece ser prueba cierto *boceto* de uno intitulado con insoportable galicismo *Peregrinaje de Gualpo* y “modelado—dice Rodó—en el plan del *Chile Harold*”; pero que nunca llegó a poner en verso. Murió Echeverría fuera de su patria, en Montevideo, por los años de 1851; y dejó, además de los citados, un poema, *La Guitarra*, que continuó en *El Angel caído*. “Tenía—dice Menéndez y Pelayo—dotes de observación racionalista, como lo prueban su cuadro *El Matadero*, y algún otro de sus fragmentos en prosa, pero no utilizó esta vena, que le hubiera conducido quizá a una litera-

tura más americana que la de sus versos". *Las Cartas de Echeverría* están en el tomo V de sus *Obras*.

Ni añadiremos palabra, respecto del americanismo de Echeverría, a lo que dijo el ilustre Oyuela en carta a D. Rafael Obligado (1): "Precisamente por haberse apartado Echeverría de lo español y castizo más de lo que nuestra propia naturaleza consiente no pudo ser suficientemente americano. No acertó a librarse de la imitación romántico-francesa, como se libró de la seudoclásica española; y pensando en francés, escribió en castellano de mediana ley. Afrancesado su pensamiento por influjo del deslumbrador romanticismo, ya no pudo hallar en moldes castellanos su manifestación natural y espontánea. "Aceptemos de España su hermosa lengua", dice. Pero, qué! ¿Puede aceptarse una lengua, rechazando a la vez de todo en todo el pensamiento, el medio de imaginar y de sentir y de expresar, que de consuno la engendraron, amamantaron y desarrollaron hasta el altísimo grado de perfección en que hoy se encuentra? La lengua no es un ropaje exterior, susceptible de sacarse, ponerse y cambiarse a voluntad, sino la expresión inmediata que lleva embebida esencialmente el alma del pueblo que la posee. Cervantes, Calderón, Lope, Quevedo, viven y palpitan todavía en las voces, modulaciones y giros de la lengua castellana, la cual sólo podrá ser natural instrumento de los pueblos que, si bien modificados, conservan sustancialmente índole y afinidades españolas. Si Echeverría quiso renegar de esta índole y afinidades naturales, debió ser lógico y renegar también del idioma que es su consecuencia necesaria, proponiendo que hablásemos en francés o en quichua". "Y no se alegue la quimera de formar nuevo dialecto, desprendido del castellano: la historia nos enseña

(1).—Buenos Aires, 1885.

que de los idiomas formados y fijados sólo pueden salir jergas informes”.

No en francés, ni en quichua, pero sí en el dialecto vulgar de los *gauchos* siguió Hilario Ascasubi (1807-1873), el ejemplo del poeta uruguayo D. Bartolomé Hidalgo, “precursor” de la poesía regional que se ha llamado *gauchesca* (1). Era Ascasubi ayudante de Urquiza, presidente de la Confederación después del asedio de Buenos Aires en 1853. En su primera juventud fundó la *Revista de Salta* (1824), donde dió a luz un *Canto a la victoria de Ayacucho*. Más tarde fué preso por los sicarios de Rosas y encerrado “en las mazmorras porteñas de 1832. Temeroso de que se fugara, hízole Rosas trasladar a un pontón que se llamaba *El Cacique* y recomendó a sus custodios que no le dejaran a la mano recado de escribir. Temeroso aún el gobierno mandóle traer al cuartel del Retiro y de allí logró evadirse en 1834, dejándose caer desde una altura de quince metros a la zanja que circundaba las murallas del cuartel ro-sista” (2). Viajó Ascasubi por América y Europa, estuvo como proscripto en Montevideo y allí publicó *El arriero argentino*, “su primer periódico gauchesco”

(1).—Esta poesía tuvo por precedentes las canciones que aún entonan los gauchos en sus expediciones al través de pampas y *cuchillas*. Muchas de estas canciones están versificadas en rudas espinelas. Rojas ha estudiado detenidamente la poesía gauchesca en el primer volumen de su copiosa *Historia de la literatura argentina*. “Bartolomé Hidalgo—dice—había sido el precursor nominal de la poesía gauchesca en el Plata; pero ya el género existía desde los romances que se inspiraron en las invasiones inglesas, y acaso esté en ellos el lazo que lo liga a los elementos de la poesía popular. Siempre consideré un error de nuestros viejos cronistas el considerar a Hidalgo como «creador» o «fundador» de eso que llamaré la *escuela payado-resca*. El lenguaje vulgar, el metro romancesco, la guitarra i su lírica, el relato épico y la representación de ambiente pampero, todo ello existía desde mucho tiempo atrás, cuando apareció el autor de los *Diálogos patrióticos*. (Tomo I. Introd. página 30).

(2) Rojas. *Literatura Argentina*, pg. 377.

(1830). “Entonces fué cuando empezaron a sucederse en la prensa de Montevideo aquellas hojas periódicas de gauchos unitarios que se designaban indistintamente con los nombres de Jacinto Amores, Simón Peñalba, Norberto Flores, Ramón Guevara, Oliva, Zamora, Vicente, Jacinto Cielo, Miranda, Callejas, Pancho el Zurdo, Rufo Carmona, Salvador Antero, Baldomero el Gaucho, Zenón Núñez, Jacinto Roca, el Retobao, Morales, el Chaná, Santos Contreras, Anselmo Alarcón, Rudecindo el Caraneho, Andrés Argañarás, Salvador Ceballos, Anacleto Reventosa, José Araoz el Lujanero, Barragán, Chano, y toda la interminable ralea de sus gauchos ladinos, que antes de 1851 podrían individualizarse en *Paulino Lucero*, payador unitario, enemigo de Rosas, y después de la caída del tirano, en *Aniceto el gallo*, payador porteño, enemigo de Urquiza” (1).

De las *Trovas de Paulino Lucero* que merecieron a su autor ser llamado “el Beranger del Río de la Plata”, es *La refalosa* o “amenaza de un mazorquero y degollador de los sitiadores, dirigida al gaucho Jacinto Cielo, gaitero y soldado de la Legión argentina....”

Mirá, gaucho salvajón,	<i>Unitario</i> (3) que agarramos
Que no pierdo la esperanza—	Lo estiramos;
Y no es chanza—	Y paradito no más
De hacerte probar qué cosa	Por atrás
Es tin tin y refalosa (2).	Lo amarran los compañeros,
Ahora te diré como es:	Por supuesto mazorqueros (4),
Escuchá y no te asustés:	Y ligao
Que para ustedes es canto	Con un <i>maníador</i> (5) doblao
Más triste que viernes santo.	Ya queda codo con codo,

(1) Id. pgs. sigtes.

(2).—“Onomatopeya del cuchillo y nombre del degüello”. Esta y las restantes notas de este romance son de Rojas.

(3).—Los enemigos de Rosas; nombre que indicaba una divisa ocasional más que un principio político.

(4).—Los sicarios de Rosas.

(5).—Cuero salado para atar los caballos.

Y desnudito ante todo,
 Salvajón!
 Aquí empieza su aflicción.
 Luego después a los *pieses*.
 Un *sobeo* (1) en tres dobleces
 Se le atraca,
 Y queda como una estaca
 Lindamente asiguraa,
 Y parao
 Le tenemos clamoriando;
 Y como medio chanciando
 Lo pinchamos,
 Y lo que grita, cantamos
La refalosa y tin tin
 Sin violín.
 Pero seguimos el són
 En la vaina del latón,
 Que asentamos
 El cuchillo y le tentiamos
 Con las uñas el cogote.
 Brinca el salvaje *vilote* (2)
 Que da risa!
 Cuando alguno se encamina
 Le empiezan a revolcar.
 Y a llorar
 Que es lo que más nos divierte;
 De igual suerte
 Que al presidente (3) le agrada,
 Y larga la carcajada
 De alegría
 Al oír la musiquería
 Y la broma que le damos
 Al salvaje que amarramos.
 Finalmente:
 Cuando creemos conveniente,
 Después que nos divertimos
 Grandemente, decidimos
 Que al salvaje,
 El resuello se le ataje,
 Y a derechas
 Lo agarra uno de los muchos
 Mientras otro
 Lo sujeta como a potro
 De las patas,
 Que si se mueve es a gatas;
 Entre tanto,
 Nos clama por cuanto santo
 Tiene el cielo:
 Pero no hay más por consuelo
 A su queja:
 Abajito de la oreja
 Con un puñal bien templao
 Y afilao
 Que se llama el quita penas,
 Le atravesamos las venas
 Del pescuezo:
 Y qué se le hace con eso?
 Larga sangre que es un gusto
 Y del susto
 Entra a revolver los ojos.
 Ah, hombres flojos!
 Hemos visto algunos destos
 Que se muerden y hacen gestos
 Y visajes
 Que se pelan los salvajes
 Largando tamaña lengua;
 Y entre nosotros no es mengua
 El besarlo
 Para medio contentarlo.
 Qué jarana!
 Nos reímos de buena gana
 Y muy mucho
 De ver que hasta le da chucho,
 Y entonces lo desatamos
 Y soltamos,
 Y lo sabemos parar
 Para verlo *refalar* (4)
 En su sangre,

(1).—Soca de cuero pelado i torcido.

(2).—Cobarde.

(3).—Oribe.

(4).—De aquí el nombre de *La Refalosa*.

Hasta que le da un calambre	Barba, patillas y cejas,
Y se <i>cai</i> a patalear	Y pelao
Y a temblar	Lo dejamos arrumbao,
Muy fiero, hasta que se estira	Para que engorde algún chancho
El salvaje: y lo que espira,	O carancho
Le sacamos
Una lonja que apreciamos	Con que ya ves, Salvajón;
El sobarla	Nadita te ha de pasar
Y de manea gastarla.	Después de hacerte gritar:
De ai se le cortan orejas	Viva la Federación! (1).

En *Isidora la federala* cuenta Ascasubi el suceso de una adepta de Rosas sacrificada por haber penetrado su secreto. Hablan, en la alcoba de Rosas, Manuelita, su hija, Corvalán uno de los adláteres, e Isidora, la espía.

(1).—Echeverría describe en el *Matadero* un corral del tiempo de Rosas. El Cuento, dice Rojas, «tiene por argumento el episodio imaginario o real, aunque en todo caso verosímil, de la presencia de un joven culto, en quien la chuzma del lugar reconoce por su apostura al unitario, sometiéndolo primero a la befa y después a un simulacro de degüello para deporte de esa hampa. Comienza con escenas de equitación gauchesca y tauro-maquías salvajes para el enlazamiento de la res que van a inmolar; se oyen ternos y voces que harían ruborizar al Archipreste; hambrientas negras del suburbio andan pedigüeñas tras de machos socces que les arrojan achuras embadurnadas en un lodo de sangre. Aquello es la cancha donde se carnea para la provisión de Buenos Aires en 1840, y es, al propio tiempo, el sitio de mayor popularidad de Rosas, légamo donde pululan los secuaces de la mazorca, que así aprenden la técnica del degüello federal, insensibilizados por el oficio diario y alentados por la protección del tirano. Cuando aquella muchedumbre sanguinolenta y festiva ve pasar al joven que cabalga en silla inglesa y usa la barba en U, descubren al enemigo que la mazorca les enseña a odiar. Atropéllalo Matasiete, gaucho bravucón, montado a caballo, y desarzona al otro jinete de una pechada. Vienen los demás a burlarlo; lo atan de pies y manos en presencia del juez de la cancha, que pertenece a aquella misma ralea: lo fuerzan a vivir al tirano y a la federación; lo injurian porque no trae cintillo colorado; le cortan la barba según la moda rosina; y empiezan a tocar *La Resbalosa*, que era música del degüello mientras los diestros afilan sus puñales simulando que va a empezar el castigo. Entretanto, el joven se retuerce entre sus ataduras, como un titán encadenado; forcejea, injuria, protesta, y al fin, congestionado de furor, calla la palabra en sus labios emudecida por el chorro de sangre de las arterias estalladas. Así es la escena que para esos bárbaros comenzara como un pasatiempo jovial, finaliza trágicamente....»

la cual preguntaba por unas orejas regaladas por Oribe a Manuelita:

Ya no las tengo, hermanita,
 Le respondió la *pichona*
 Pues como era cosa mona
 Se las regalé a *Tatita*.
 Ahora mesmo las verás,
 En su cuarto donde tiene
 Todo lo que lo entretiene:
 Vení, mujer, te reirás.
 Entonces se despidió
 Corvalán de Isidorita,
 Que a un tirón de Manuelita
 Para el cuarto cabrestió,
 Se colaron, Virgen santa!
 En ese cuarto que espanta
 De pensar que vive en él,
 El tirano Juan Manuel,
 Restaurador de las leyes,
 Entre jeringas y fuelles,
 Puñales, vergas, limetas,
 Armas, serruchos, gacetas,
 Balas, lazos maniadores,
 Y otra porción de primores,
 Pues lo primero que vió
 Isidora en cuanto entró,
 Fué un cartel,
 Con grandes letras sobre él,
 Y una manea colgada
 De una lonja bien granada
 Y el letrero
 Decía así: "Esta es del cuero
 Del traidor *Berón de Estrada*.
 Lonja que le fué sacada
 Por unitario salvaje,
 En el paraje,
 Del Pago Largo afamado,
 Donde fué descuartizado!"
 —Con razón:
 Por malvao y salvajón,—
 Dijo la recién venida.
 Y en seguida

Miró encima de una mesa
 Y entre un nicho una cabeza
 Cortada.
 Y con la lengua apretada,
 Mordida,
 Y la vista ennegrecida
 Y con rastro de llorosa;
 Al pie tenía una loza
 Escrita y decía así:
 "Zelarrayán!
 Los salvajes temblarán
 Cuando se acuerden de tí!"
 —Pues no?
 La arroyera dijo: y vió
 Ahí no más en seguidita.
 Colgada en una cstaquita
 Una cola o cabellera;
 Y al preguntar de quien era
 Pudo ver sobre un papel
 Esta letra: "De Maciel"
 Esta es la barba y bigote
 Que con lonja del cogote
 Le manda el restaurador
Oribe, su servidor".
 —Qué bonito!
 Dijo Isidora,— el versito!
 Y agarró
 Un puñal que reparó
 En diez o doce que había
 Que sobre el cabo tenía
 En la chapa este letrero:
 "Yo soy el verdadero
 Recuerdo en homenaje
 Del infame salvaje
 Manuel Vicente Maza,
 Si salgo de esta casa,
 Tiemble algún presidente
 Que no sea obediente
 Y altanero se oponga
 Cuando Rosas disponga!"

—Qué receta para Oribe,
 Dijo Isidora, que vive
 Sirviéndole a Juan Manuel,
 y queriendo hacer papel
 De presidente legal,
 Cuando en la Banda Oriental
 Tan solo el restaurador
 Debe ser amo y señor,
 Aunque el diablo se sacuda
 Las orejas.. Ah, mujer
 Haceme al momento ver
 Las de Borda: dónde están?
 Qué sequitas no estarán?
 Entonces la Manuelita
 La sacó de una cajita
 Y cuando se las mostró
 La gaucha las escupió
 Y pensó hacer otras cosas:
 Pero en eso dentro Rosas,
 En camisa y calsoncillos,
 Golpeándose los tobillos,
 Con la cabeza amarrada,
 Una cara endemoniada,
 Y en la cintura una verga.
 Tendió en el suelo una jerga,
 Puso al lado una botella
 Y se acostó cerca de ella
 Sin soltar una expresión...
 Y cual fué la confusión
 De Isidora y Manuelita,
 Al sentir que su tatita
 De repente dió un bramido
 Como tigre enfurecido,
 Y echando espumas se alzó
 Y estas palabras soltó:
 “En la Horqueta de Rosario!
 Flores... salvaje unitario!
 Nunez, salvaje traidor...!”—

Entonces le dió un temblor,
 Y rechinando los dientes
 Y con gestos diferentes:
 Asesinos!—les gritó
 A Isidora; i la mandó
 Degollar con sus soldados
 Que acudieron asustados.
 Cayó entonces desmayada
 La arroyera, y arrastrada
 Fué por dos indios; y al rato
 Degollada como un *pato*.
 Cuando la iban a matar,
 Manuela se echó a llorar,
 A los pies de Juan Manuel,
 Suplicándole; pero él
 Dijo: “Muera la ovejona!”
 Pues si no, sale y pregona
 Que ya tengo convulsiones
 De ver que los salvajones
 Se lo *limpian* a Alderete,
 Y después que la sujete
 El demonio, al pardejón
 Que viene, y en un cañón
 De *taco* me hace meter,
 Y ahí no más lo hace prender;
 Cosa que en cuanto reviente
 A los infiernos me avente—
 Donde con vergas y fueyes
 Vaya a restaurar las leyes!...”
 Luego pidió una botella
 De bebida y se arrimó
 A Isidora, la miró
 Y de ahí se sentó sobre ella.
 Fria estaba y desangrada!
 Pero Rosas, con todo eso
 Se agachó, la pegó un beso,
 Y largó una carcajada (1).

(1) Hasta dónde llegó a desfigurar la personalidad de Rosas la imaginación de los poetas que le odiaban es cosa que no podemos examinar aquí. Parece cierto que “era sensible al homenaje y practicaba a su modo la pasión de la gloria. A pesar

Después de *Paulino Lucero* y de *Aniceto el Gallo*, sigue *Santos Vega o los mellizos de La Flor*, poema descriptivo del desierto y de la vida pampeana comenzado en Montevideo en 1850 y publicado veinte años más tarde. Santos Vega, nombre de un gaucho que existió realmente, se ha convertido por obra de la imaginación, en verdadero mito popular. "Gala de las pulperías, entre las riberas del Plata y del Salado", gran seductor de mujeres, terror de los hombres, "peregrinó de pago en pago y de estancia en galpón" y venció en el canto a todos los otros payadores. "Un día fué vencido sin embargo. Dicen que el diablo fué quien lo venció. Hubo quienes vieron una luz rojiza bajo el ombú de la payada, y chispas en las cuerdas de la guitarra que tañía en el lance su misterioso contendor. Vega no pudo sobrevivir a la vergüenza de su vencimiento. Rompió entonces su guitarra, y desapareció para siempre".

Alguien ha expresado el temor de que acaso llegue a perderse en las regiones platenses la lengua castellana, en parte por la influencia de las inmigraciones extranjeras que han llegado a constituir a Buenos Aires en ciudad cosmopolita, y en parte por el amor con que se conserva allí como una especie de tradición, vinculada a la literatura gauchesca, la esperanza de la total independencia del pensamiento argentino. Para nosotros está muy lejos todavía la época en que los argentinos y uruguayos salgan hablando italiano, o francés, o algún idioma formado por la mezcla y descomposición de éstos; y por lo que hace al dialecto regional de los gauchos, nos parece completamente infundado el temor de

de nuestros escasos medios iconográficos en aquella época, su galería de retratos asombra por su variedad y abundancia. Todos conocen la tradición de que su imagen llegó a ponerse en los altares del culto religioso y de que su retrato fué paseado en carros de triunfo que tiraban y cortejaban damas de abolengo". (Rojas—Nota de la pg. 248—Tomo III).

su posible preponderancia, no sólo por causa del cosmopolitismo de que hemos hablado, sino porque el desmedido afán del americanismo que se inició, como hemos visto, desde los tiempos de Echeverría, no ha venido a producir en última síntesis (a lo menos en los tiempos que corren), más que un *diletantismo* al revés, empeñado en dar un falso tinte de nacionalidad a lo que de muy lejos trasciende a sugestión de extrangia.

Y pues empezamos a dar a conocer las obras más notables de la literatura gauchesca, demos ya breve noticia de la poesía popular argentina, donde sin duda han de buscarse los “precedentes” de esa original literatura.

ARTICULO II

La poesía popular

Merced a la persistencia de antiguos idiomas americanos (el quichua y el guaraní principalmente), hay en la poesía popular rioplatense cierto elemento que parece indígena. Ni siquiera sabemos si los antiguos indios tuvieron allí escritura, de manera que, en el estado actual de la investigación histórica, no puede admitirse que su influjo, dado que alguno exista, se haya transmitido sino por tradición oral. Algunas coplas verificadas en las lenguas indígenas apunta el señor Rojas en el tomo I de su *Literatura argentina*. He aquí, por ejemplo, un canto recogido por el padre Falkner a fines del siglo XVIII:

*El mebin ni Neculantey
Tilqui mapu meüm
Auca magüida meüm
Ayquinchey ni pello menchey.*

Fui a dejar mi Neculante
A las tierras de Tilqui
Oh homicidas faldas del cerro
Que en sombras o moscas los conviertes.

Algunos de estos cantares quichuas se han tomado recientemente de boca de los payadores. Las versiones que aquí damos son del señor Rojas.

Llorando y cantando estoy,	Por la noche solo y triste,
Qué otra cosa puedo hacer:	Mi corazón se desangra,
Si he dado mi corazón,	Y con mi llanto amanece
Cómo tendré gusto en él?	Mi camisita empapada.

De tanto andar por las noches	Yo no sé por qué sería
Tánto llegué a enflaquecer,	Que me quisieron matar;
Que era ya perro de pobre	Adrede no he de morirme
Y aguja para tejer.	Solo por hacerles mal.

Ven y te diré mi vida	Dios quiera que pueda ir,
Que eres corazón de piedra:	Bien aunque muriendo sea,
Cual si no tuvieras «hijo»,	Pa cajonear en las arpas,
Me has deseado ayer que muera..	Y divertir a las hembras.

Los que siguen son guaraníes:

Quisiera ser palomita	Pues te diré solamente
Que en tu mano se posara	Que hace mucho que te quiero,
Y acariciara tu rostro	Y si me quieres, solitos
Suavemente con sus alas.	Con nuestro amor gozaremos.

Traje del campo al volver	Tu canto es como un ruido
Una flor muy primorosa;	De dos porongos:
La guardé desde ese entonces	Ruido de guacamayos,
Y ya no miré por otra.	Quebrando cocos.

Consérvase un canto religioso que todavía recitan en la lengua de los mapuches los indios de cierta tribu en la Argentina. Léase la pintoresca descripción que para darla a conocer hace el historiador citado: "Pues pocas emociones son tan inconfundibles como las que ofrecen al hombre civilizado las prácticas auténticas de una religión primitiva. Su contenido mitológico y su aparato sacerdotal, confinan con el terror del misterio en la sencilla sublimidad de la naturaleza. La cantilena monocorde, la danza hierática, el versículo imprecatorio, dan a la tribu en medio de los campos, una sugestión legendaria y profunda. Esto es lo que nos reserva

el texto litúrgico del *Nguillatun*, cuya ceremonia solemne me fué dado ver, en la reducción de Quila-Quina, a la orilla del Lago Lacar, practicada aún por la tribu de mi hospitalario amigo el cacique Curuhuinka.

“Un buen día el cacique llama a su gente, por medio de mensajes o pregones, y de varias leguas a la redonda, hasta donde se extiende el imperio del jefe indígena, viene la gente convocada al real de su señor, generalmente un valle pintoresco, donde ha de celebrarse la ceremonia tradicional. Clavan sus lanzas de colihue en el suelo, y ante cada una se arrodilla un hombre. Frente a la fila de lanzas, destacan dos jinetes jóvenes, ése en un caballo blanco, que simboliza el día, y aquél en un caballo negro, que simboliza la noche. Cada uno de los jóvenes jinetes enhiesta un confalón o pequeña oriflama. Detrás de los hombres arrodillados, pónese en pie una hilera de vírgenes, todas entradas en la nubilidad ese año, y vestidas con grandes mantos negros, decorados, como sus cabelleras, por prendedores y collares de plata. A la vera del grupo ritual, forman las indias viejas, con la machi que reza o canta la salmodia, y el indio que toca la trutruca, larga y bronca trompeta, que a la voz del cacique, da en sus ronquidos las señales que rigen la ceremonia. Esta se desarrolla por una ronda de las vírgenes, al són del kultrun y la pifilca, o sea del tambor y el pifano locales; por una carrera circular de los jinetes, en torno de las lanzas, como si aquello fuese un símbolo de la rotación solar; y finalmente, por el sacrificio de una vaca sagrada, cuya carne se asa y se reparte a la tribu, rociada con chicha, mientras el sacrificador de la res ofrece al sol el corazón palpitante que arrancára a la víctima aún viva, del pecho abierto y sangrante. En cierto momento de la ceremonia que tiene algo de védico y de homérico, los indios de la región cantan, con són monótono,

la salmodia litúrgica, conservada en la lengua de los antiguos mapuches. Doy a continuación ese canto, con una traducción española que interpreta su sentido más íntimo:

Estamos arrodillados, padre, hoy día. Te rogamos ahora que nos perdones, que nuestros hijos no mueran, que sirvan.

Te rogamos que llueva, para que produzcan las siembras, para que tengamos animales. "Que llueva", diga usted, hombre grande, cabeza de oro, y usted mujer grande, rogamos a las dos grandes y antiguas personas

Ayúdenos en todas las cosas. Defiéndannos de que no nos hagan ningún mal.

Estamos mirando para arriba; dos veces nos arrodillaremos. "Que no se enfermen los hijos", diga usted, cuchillo de oro.

En medio del cielo está usted. Todas las cosas hizo usted. Por usted estamos todos parados.

"Como se vé trátase de una plegaria de indudable origen americano. La palabra *Kuchillu* (cuchillo) parece indicar alguna influencia o contaminación cristiana, todavía más evidente en otros textos o variantes del género. Pero ésto no indica sino el grado de modernidad de la tribu que practica el rito. En cuanto al rito en sí, no puede discutirse su carácter prehispánico, pues bastaría observar que se trata de un culto solar, con el sacrificio de un animal que no fué la vaca en sus orígenes; y sin duda hacíaase aquella comunión de la carne y la sangre del animal sagrado, ofrendándole el corazón al sol, para ahuyentar los males y propiciar los bienes. Lo que en tal ceremonia o mito hay de cristiano, es sólo el rasgo común a todas las religiones; pero obsérvese que el dios a quien se dirigen no es uno ni trino, sino doble, el creador macho-hembra, que aparece en las más arcaicas teogonías".

En pueblo tan poeta, donde se hacen coplas hasta en guaraní y en quichua, no podía dejar de florecer nuestra poesía, a cuyo cultivo parece que convida el ge-

rio municipal de nuestra lengua. Léanse algunas de estas coplas, tan parecidas a los cantares de España:

Las solteras valen oro,
Las viuditas valen plata,
Las casadas valen cobre
Y las viejas hoja e' lata.

En el centro de la mar
Suspiraba una sirena
Y entre suspiros decía:
Quien tiene amor tiene penas

La vida es como un arroyo
Que va a perderse en el mar:
Hoy cruza campo de flores,
Mañana seco arenal.

La piedra con ser la piedra,
Al golpe del eslabón,
Llora lágrimas de sangre:
Qué será mi corazón!

Ayer persignar la ví;
Mis ojos fueron testigos....
Quisiera poner mis labios
Donde ella dice "enemigos".

No tan sólo es asesino
El que nos clava un puñal:
Olvidar el hombre que ama
También es asesinar.

Mis dichas y mis desdichas
Son cual las olas del mar:
Mis desdichas las que vienen
Mis dichas las que se van.

Todas las buenas mozas
Son perseguidas,
Como arbolitos tiernos
De las hormigas.

Ventanas a la calle
Nunca son buenas
Para madres que tengan
Hijas solteras.

Mi pensamiento al humo
Se le parece,
Porque a poco que sube
Se desvanece.

Con el cigarro de hoja
Comparo al mundo
Que en él todo se vuelve
Ceniza y humo.

Del favor de las damas
Nunca blasones,
Porque serás indigno
De sus favores.

Las "veinte coplas" y las seguidillas que siguen, forman—dice Rojas—una somera antología de lo que es la lírica popular argentina.

Unos ojos estoy viendo,
Por esos ojos me muero,
Me dicen que tienen dueño,
Así con dueño los quiero.

Ya viene la triste noche,
Para mí que ando penando;
Duerman los que sueño tienen
Yo los velaré llorando.

Cuando me acuerdo de tí,
Todo se me va en llorar;
De verte en ajenos brazos,
No me puedo consolar.

No te apures, vida mía,
En una larga tardanza:
Mientras que la vida dure
Tendrá lugar la esperanza.

Cuando quiero, quiero mucho; A los forasteros quiero,
Cuando olvido, olvido luego; Y a los del pago aborrezco.

Cuando me quieren dejar,
Antes que me dejen, dejo. Aborrecido en el pago...

Muerta te quisiera ver
Con cuatro velas prendidas, Yo no les hallo razón:
El quererlas y estimarlas,

Por no verte en otros brazos
Eternamente perdida. Ha sido mi obligación.

Cuantas vueltas dará el agua
Para dentrar en el mar, Si presente te he querido
Ausente te quiero más:
Por eso te dí palabra

Tántas vueltas daré yo
Para dejarte de amar. De no olvidarte jamás.

Caminos se atravesaron
Por separarme de tí; Quisiera pasar el río
Sin que me sienta la arena,

Separarme no han podido,
Quitar-me la vida sí. Al diablo ponerle grillos
Y a tu amor una cadena.

Las estrellitas del cielo,
Cóntalas de dos en dos, No pienses, vidita mía,
Que mi amor es lisonjero:

Y si muchas te parecen,
Mucho más te quiero yo. A todas hablo y me río;
Pero a vos sola te quiero.

Como un cocuy solitario
Me retiraré a vivir, Sali, lucero brillante,
Pa l'alba te quiero ver,

Llorando la desventura
Que tu amor me hace sentir. Aunque se crucen las nubes,
Sali si sabis querer.

Acordáte que anduvimos
Por valles y serranías, Bajo de un cebil coposo,
Llorando me lamentaba,

Y que andando muerta' e sed,
De mis lágrimas bebías. Como el cebil era tierno,
De verme llorar lloraba.

Esta guitarra que toco
Tiene boca y sabe hablar, Entre las varias frutas
Comi una guinda:

Sólo los ojos le faltan
Para ayudarme a llorar. La más coloradita
Es la más linda.

Unos dos me andan queriendo
Y no sé cómo hi de hacer: Vámonos, vida mía,
Donde lloraste,

Uno me ofrece dinero;
Otro que me ha' e querer bien. A recoger las perlas
Que derramaste.

Yo no sé qué maña tengo,
Por esa maña padezco: Cuando mande tu madre
Cerrar la puerta,

Hacé sonar la llave,
Déjala abierta.

Te quiero y sé que nunca
 Seré tu dueño:
 Y ésas sí son finezas
 Dignas de premio.
 El consuelo que tengo
 Cuando estoy triste,
 Es mirar el camino
 Po ande te fuiste.
 Si me quieres te quiero,
 Si me amas te amo,
 Si me olvidas te olvido:
 Y a todo me hago.
 Ciento cincuenta pesos
 Me han ofrecido
 Para dejar de amarte:
 Yo no he querido.
 Vamos, vidita mía,
 Vámonos donde....
 Donde la luna nace
 Y el sol se pone.
 Vidita de mi vida,
 Por ti pusiera
 A mi vida en peligro
 Si se ofreciera.
 Cuántas y cuántas veces
 Mi pensamiento
 Salió en busca de alivios
 Y halló tormentos.
 Quisiera ser aritos
 De tus orejas

Para de cuando en cuando
 Darte mis quejas.
 Para una rubia zarca,
 Un día e'pena;
 Y toditos los días
 Pa una morena.
 Dices que no me quieres:
 Ya me has querido.
 Ya no tiene remedio
 Lo sucedido.
 De terciopelo negro
 Tengo cortinas
 Para enlutar mi lecho
 Si tú me olvidas.
 Como la mariposa
 Tengo mi suerte:
 Aquello que más quiero
 Me da la muerte.
 Yo no sé qué le dije
 Que élla lloraba:
 Costumbre de mujeres
 Llorar por nada.
 Del infierno adelante
 Vive mi suegra;
 De miedo de quedarme
 No voy a verla.
 Ese lunar que tienes
 Junto a la boca,
 No se lo des a nadie
 Que a mí me toca.

Algunas de estas coplas con modificaciones y variantes, son también populares en otros países de habla española. Compárese la copla argentina que empieza:

Bajo de un cebil coposo

Con ésta que apunta el venezolano Calcaño entre los cantares de su tierra:

Me monté en un verde pino
 Por ver si la divisaba
 Y el pino como era tierno
 De verme llorar lloraba.

El señor Rojas oyó en los bosques del Salado esta seguidilla:

Ojos negros y pardos
 Son los comunes;
 Los que me cautivaron
 Fueron azules;

Y así la halló después en uno de los cancioneros españoles:

Ojos negros y pardos
 Son los comunes;
Los que a mí me hechizaron
 Fueron azules.

Hay también más artísticas combinaciones, como ovillos y espinelas:

Mirando ese cielo *hermoso*
Sollozo;
 Por esa estrella que adoro
 Lloro;
 Y en solitario retiro
 Suspiro;
 Por eso cuando te miro
 Yo no sé lo que he de hacer,
 Y en continuo padecer
 Sollozo, lloro y suspiro.

Estas tres espinelas forman un *triste erótico*:

DESPEDIDA

La suerte que tan tirana
 Cupo a la existencia mía,
 Me tuvo a tu lado un día
 Para ausentarme mañana.
 Por eso mi alma se afana,
 Pero así tiene que ser,
 No me puedo detener;
 Mas ya que de ti me alejo,

Este recuerdo te dejo,
 Por si no te vuelvo a ver.

Y cuando con mi existencia
 Pueda mi amor acabarse,—
 Siempre la flor al secarse
 Deja en la planta su esencia—
 Y así con firme vehemencia

De quererte hasta la muerte,
Dejaré en mi pecho inerte
La esencia de tu cariño
Y con la calma de un niño
Moriré creyendo el verte.

Dejaré el tiempo pasar,
Buscaré en la ausencia calma,

Que las heridas del alma
Las suele el tiempo curar;
Si me llegas a olvidar,
Volveré ingrata a quererte,
Hasta que por fin la muerte
Ponga término a mis penas,
Ya que tan cruel me condenas
A vivir contra mi suerte.

La *vidala* o *vidalita* es típica de la poesía lírica de los gauchos. Su forma clásica, dice Rojas, es la cuarteta hexasilaba, con el refrán que le da su nombre intercalado entre el primero y segundo versos y entre el tercero y cuarto:

Ya en mi pobre rancho

Vidalita

No existe la calma,
Desde que está ausente,

Vidalita

El dueño de mi alma.

Esta letra se canta al són de una música *sencilla y quejumbrosa* que "parece traducir la melancolía de las razas autóctonas y la desolación de los horizontes pampeanos".

Hay también *vidalas* cuyos versos son octosílabos:

El día que no te veo

Vidalita

Para mí no sale el sol,
Ni brillo tiene la luna

Vidalita

Ni vida mi corazón.

A veces combinaciones más artísticas recuerdan nuestras letrillas:

Después de decir que sí,
Dices que no has de poder:

Toma este ramo

Dame un clavel.

Por los montes y espesuras,
Yo caminando andaré:

Toma este ramo

Dame un clavel.

De pena me estoy muriendo,
Los motivos no los sé:

Toma este ramo

Dame un clavel.

Al lado e' la sepultura,	<i>Toma este ramo</i>
Donde a mi madre enterré:	<i>Dame un clavel.</i>
<i>Toma este ramo</i>	"Adiós" te digo llorando,
<i>Dame un clavel.</i>	Ya no te volveré a ver:
Toda la noche despierto	<i>Toma este ramo</i>
Tan grande pena lloré:	<i>Dame un clavel.</i>

Suelen hallarse coplas alusivas a sucesos de la historia local y contemporánea del anónimo coplista:

Palomita blanca
Vidalita
 Que cruzas el valle
 Ve a decir a todos
Vidalita
 Que ha muerto Lavalle....

Otras coplas hay más antiguas, del tiempo de la independencia, como ésta que alude al sitio de Montevideo en 1813:

Vigodet con sus gallegos
 Murieron de consunción,
 Y este responso le cantan:
 El escorbuto y la sarna
 Causaron la destrucción,
 Y detrás iban llorando
 Los libres de la Nación
Quirieleisón, Quirieleisón.
 Mil godos en procesión,
Quirieleisón, Quirieleisón.

De entonces datan los famosos "cielitos patrióticos" entre los cuales han alcanzado boga, sin contar los del uruguayo Hidalgo, los *cielitos* anónimos que *con acompañamiento de guitarra cantaban los soldados del ejército patriota frente a los muelles de Montevideo*, el de la independencia, el de Maipú y otros de que también habla y da ejemplos el erudito historiador de la literatura argentina.

Menciona también el mismo señor Rojas entre los más importantes elementos de la poesía popular de que hablamos los bailes de su país, y a este propósito re-

cuerda las danzas *litúrgicas, militares, agrícolas y medicinales* de los aborígenes, las fúnebres que según el padre Techo ejecutaban los indios calchaquíes; las *de cuenta* en que ejercitaron a los indios los padres de la Compañía; las *rondas infantiles*, usadas aún en las provincias, y los *bailes eróticos* de los gauchos. Todavía subsiste en Santiago y en los pueblos de Salta y de Bolivia el baile fúnebre del *angelito*. Hé aquí también el romance dialogado de *las hijas del rei*, que aprenden y recitan los niños:

Hilo de oro, hilo de n'ata	A contárselo a la reina
Que jugando al ajedrez,	Y al hijo del rey también.
Una mujer me decía	—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
Qué lindas hijas tenés.	No seas tan descortés,
—Que las tenga o no las tenga,	De las tres hijas que tengo
Yo las sabré mantener,	La mejor te llevarés.
Con el pan que Dios me ha dado,	—Esta tomo por esposa,
Ellas comen, yo también.	Por esposa y bella <i>flor (sic)</i> ,
—Pues me voy muy enojado	Porque es su madre una rosa
A los palacios del rey,	Y su padre es un clavel.

De los bailes profanos de los gauchos nombra el señor Rojas y describe, entre otros, *el pericón, la huella, el prado, el cielito, la firmeza, el llanto, la zamba y el gato*, todos eróticos y hasta sensuales, pero que no descienden jamás “a la procacidades, del *tango*, *creación bochornosa de mestizos europeos* en el Buenos Aires cosmopolita de nuestros días”.

El *pericón*, por ejemplo, tiene una letra, que ahora se recita sin música, pero que acompañada de ésta, era antes cantada por el coro y se componía de seguidillas:

De los cien imposibles	Y preciso vencerlo
Que el amor tiene,	Con la esperanza.
Yo ya llevo vencidos	Uno me falta
Noventa y nueve,	Y preciso vencerlo
Uno me falta,	Con la esperanza....

Otras veces los payadores cantan:

Chiquitita y bonita
 Te vas criando
 Para los gavilanes
 Que andan rondando....

Incompleta quedaria esta noticia acerca de la poesia popular en el Río de la Plata si algo no dijésemos de los romances anónimos. Pocos son, sin duda, pero de mucho valor, los que apunta el señor Rojas en su libro citado, de los cuales éste, encontrado por él en el Archivo capitular de Jujui, es el único de indudable origen colonial:

Un martes era por cierto
 Cuando aquel hermoso sol
 De Catalina Sambrano
 Mujer de un gobernador,
 Saliendo un día a pasearse
 Con damas de gran primor
 Se enamoró de un mancebo
 Por su sonora voz.
 Escribele mil billetes
 Y prendas de gran valor,
 Y el mancebo se curaba
 De tener con ella amor,
 Por ser mujer de quien era
 Y prenda de tal señor.
 Más como el amor es niño,
 Todo fuego y todo ardor,
 Buscaron por donde hablarse
 Que amor busca la ocasión.
 Gozaronse muchos años,
 Sin recelo ni temor,

Y él gobernador, celoso,
 De todo fué sabedor.
 Saliendo un día a pasearse
 En ábitos de varón,
 Fuele siguiendo los pasos,
 Con el mancebo encontró,
 Dióle nueve puñaladas,
 Y a sus pies le arrodilló.
 Ba en busca de su mujer
 Y allá dentro la alcanzó,
 Y arrancando el espadín
 Ambas piernas le cortó.
 —Ay Dn. Frc^a de mi alma (*)
 Por lo mucho que te quise
 Y nos quisimos los dos,
 En este trance te pido,
 Que (me) otorgues confesión,
 Y el gobernador, piadoso,
 Manda traer confesor.

Léase el romance del conde Claros y la infanta:

Don Claros con la infanta	A cada paso de danza
Está bailando en palacio;	Va diciendo el Conde Claros:
El viste terno de seda,	A la huellita, huella
Ella falda de brocado.	Dame la mano

(*) Falta un verso.

Como se dan la mano
 Los escribanos,
 A la huellita, huella
 Dame las manos,
 Como se dan la mano
 Los cortesanos.
 A la huellita, huella

Dame un abrazo....
 La infanta al oír esto
 Furiosa se aparta a un lado.
 A la huellita, huella,
 (Canta don Claros)
 No hay mujer que no caiga
 Tarde o temprano.

D. Ciro Bayo recogió “bajando de Corumbá a Buenos Aires”, en el río Paraguay este otro que recuerda la antigua leyenda guaranítica de *Pay Zume* o *Pay Tomé*, que quieren decir fué el mismo Apóstol Santo Tomás:

Santo Tomé iba un día
 Orillas del Paraguay,
 Aprendiendo el guaraní
 Para poder predicar.
 Los jaguares y las pumas
 No le acían ningún mal,
 Ni los jejenes y avispa,
 Ni la serpiente coral.
 Las chontas y motacúes
 Palmito y sombra le dan;
 Y el mangangá le convida
 A catar de su panal.
 Santo Tomé los bendice
 Y bendice al Paraguay;
 Ya los indios guaraníes
 Lo proclaman capitán.

Santo Tomé les responde:
 —“Os tengo que abandonar
 Porque Cristo me ha mandado
 Otras tierras visitar.
 En recuerdo de mi estada,
 Una mercé os he de dar
 Que es la yerba paraguaya
 Que por mí bendita está”.
 Santo Tomé entró en el río,
 Y en peana de cristal,
 Las aguas se lo llevaron
 A las llanuras del mar.
 Los indios de su partida,
 No se pueden consolar,
 Y a Dios siempre están pidiendo
 Que vuelva Santo Tomás.

De los romances históricos cabe citar aquel con que *Canta un guapo en estilo campestre los triunfos del Excmo. Sr. D. Pedro de Cevallos* (1777). Rojas le tiene por “primigenio de la musa gauchesca” y hace datar de él el “estilo campestre”, anterior, por tanto, a Hidalgo en casi medio siglo:

Aquí me pongo a cantar
 Abajo de aquestas talas,
 Del mayor guaina del mundo
 Los triunfos y las gazañas,
 Del señor de Cabezón
 Que por fuerza es camarada

De los guapos Cabezones
 Que nada tienen de mandrias.
 Hé de puja, el caballero,
 Y bien vaya toda su alma
 Que a los Portugueses jaques
 A surrado la badana.

Como a obejas lo ha arriado	Aun se deja atrás la gama....
Y repartido en las pampas	Ya de Santa Catalina
Donde con guanpas y lazos	Las batatas y baranjas
Sean de nuestra lechigada.	No le darán en el pico
De balde eran mis germanos	Aunque más griten chicharras.
Sus cacareos y bravatas,	Su colonia raz con raz,
Si al columbear a Cevallos	Disque queda con la plaza,
No lo hubo así el come Bacas.	Y en ella y cuando la otra
O más aina: come gente,	Harán de azulejos casa?
Vuestro Don Pina Bandeira	Perdone señor Cevallos
Salteador de la otra Banda,	Mi rana silvestre y guaza,
Que allá por sus andurriales	Que las germanas de Apolo
Y siempre de disparada,	No habitan en las campañas.
Huyendo como abestrúz	

Antecedente indudable del género gauchesco es también *El amor de la estanciera*, informe sainete del siglo XVIII cuya acción “se desarrolla en un rancho del desierto argentino con la pampa por fondo. Hay en el antepatio de la choza cabezas de vaca y de caballo a guisa de asientos, lazos, aperos, menesteres de vida rural”. Intervienen Juancho y Figueiras, los cuales se disputan el amor de cierta Chepa, criolla, hija de Cancho. Véase la pintura del fanfarrón portugués que en esta guisa da cuenta de sí al padre de la muchacha:

Deu sea con vozé	Que du Rex dum Joam Quinto
Sior Cansio Garramuño:	Foy camareiro primeiro.
Eu so Marcos Figueira,	Tive algunas fanfurriñas
Huome qui nau refunfuño.	Con un guapo castillan,
Eu quiziera que vozé	E fice con sua folla
Me tumase por su erno	Fuir a muitos muy mal.
Qui a fe qui le servirey	Veni tudo su Abalorio
En verano y en iberno.	De noso Rex don Basteam.
Vozé quiere ser mi sogro
Casarei con sua filla	Ha de tornar a vivir
E li darei muitas cosas,	Con sua folla en la man
E una pulera amarilla.
So parente muy cercano	E de seu cavalo branco
Del gran Marqués da Rubeyra	Tein sus estribos de ferro.

ARTICULO III

Versos del general Mitre. D. Juan María Gutiérrez. D. José Mármol. Otros poetas.

Ya hemos dicho que a Echeverría se debió la primera idea de aquella *Asociación de Mayo* "que contuvo en sí la simiente de la patria futura", según ha dicho Rodó. Contemporánea de ésta fué otra sociedad de carácter aparentemente muy diverso, *El salón literario*, fundado por Marcos Sastre, donde la juventud argentina mantuvo vivo el fuego sagrado de la libertad que Rosas hizo vasalla de su poder tiránico. Ambas duraron mientras la secreta inquisición de la "Mazorca" no se apoderó de sus planes y dispersó a sus socios. A partir de 1837, la juventud inteligente emigra al Uruguay y a Chile, en cuyos centros literarios figuran Mitre, Gutiérrez, Rivera Indarte, Mármol, Alberdi, Tejedor, Cantilo, Frías, Cané, Domínguez, López y Sarmiento.

Del general Bartolomé Mitre (1821-1906) son unos prosaicos versos dedicados *Al Condor chileno*, recitados por su autor en el palacio de la Moneda en Santiago (1848) y criticados por Bello en su ingenioso diálogo de *El condor y el poeta*. Comienzan:

Tú que en las nubes tienes aéreo nido,
 Tiende tu vuelo, Condor atrevido,
 Que sustentas de Chile el paladión;
 Sigue del sol la luminosa huella,
 Roba cual Prometeo otra centella
 Para incendiar con ella la nación.

.....

Bello reconoció en esta poesía dos de los defectos que afeaban por entonces la poesía hispano-americana: la exageración y la inexactitud (1). Otras poesías de

(1) V. *Obras Poéticas* de Bello, anotadas por D. Aristides Rojas. Edición del Centenario, p. 331.

Mitre se intitulan *El inválido*, *Noche de diciembre*, *Armonía de la Pampa*. En 1854 publicó la primera edición de sus *Rimas*. Mitre puso en castellano las odas de Horacio, la *Divina Comedia*, el *Ruy Blas* de Víctor Hugo y poesías breves de éste y de Byron, Gray y Longfellow. De las novelas y dramas que hizo en su primera juventud no ha quedado sino el recuerdo. Hoy es conocido más que por sus versos por sus trabajos históricos, por el *Catálogo razonado de las lenguas americanas*, que formó con sus trabajos sobre la materia el Museo de Mitre, y por sus discursos, entre los que sobresale la Oración del Jubileo (1901).

Del matrimonio de un caballero español con una señora argentina, vino al mundo D. Juan María Gutiérrez en Buenos Aires, en Mayo de 1809. Estudió matemáticas bajo la dirección de tan notables maestros como Fernández, Mossotis y Senillosa, cuyos retratos escribió después en sus *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior*; dióse a conocer como escritor en *El Amigo del País*; y en *El Museo Americano* y *El Recopilador*, que salieron a luz por los años de 35 y 36, publicó algunas traducciones y otros ensayos. En 1837 compuso ya la introducción al *Cancionero argentino*, de D. José Antonio Wilde; discurrió en el *Salón literario* sobre la *Fisonomía del saber español*; fué encarcelado por Rosas, y después de tres meses de prisión, huyó a Montevideo en 1839. Ya desde Buenos Aires había colaborado en *El Iniciador*, de Montevideo, de cuyos trabajos hablaremos más adelante (1). En sus

(1) Los principales estudios que para *El Iniciador* escribió Gutiérrez se reducen a la introducción que puso a su versión del décimo-cuarto capítulo de los *Deberes del Hombre*, por Silvio Pellico, una crítica de Meléndez Valdéz y algunos artículos de costumbres (*El encendedor de faroles*, *El hombre-hormiga*).

columnas inició Gutiérrez, inspirado en algunas composiciones de Echeverría, cierto género de poesía lírica que vino a ser “una artística depuración del canto plebeyo representado por las rudas estrofas de Ascasubi, a fin de no hacerlo ingrato y desapacible a los oídos urbanos, sin quitarle por eso el aire ni el sabor de la tierra” (1). A este género pertenece la famosa *Endecha del gaucho*, y si no a la poesía genuinamente popular, sí a la que con mayor propiedad ha podido llamarse americana desde que poblaron los españoles el Nuevo Mundo, las que el mismo autor intituló *La flor del aire*, *Irupeya*, *Los amores del Payador*, *Los Espinillos*, *Los dos jinetes*, como también la que más tarde compuso (1845), inspirada probablemente en aquel pasaje de *Caramurú*, citado en el epígrafe:

“Pende de lenho a lenho a rede extensa:
Allí descanso toma o corpo laço;
Allí se esconde a marital licença...”

(Canto II, estrofa LXI).

Léase la poesía de Gutiérrez:

AMOR DEL DESIERTO

Entre troncos de palmeras,	—En la laguna,
Como nido de torcazas,	La leve espuma
De dos hijos del desierto	De la onda azul,
Suspendida está la hamaca;	No es tan liviana,
Y a compás de los vaivenes,	No es tan gallarda
Y a los soplos de las auras,	Como eres tú.
Como tórtolas que arrullan	
Sus amores dulces cantan;	—El agua hirviente

(1) Rodó.—*El Mirador de Próspero*, p. 473. Colaboró con Gutiérrez en esta empresa D. Florencio Balcarce, que, al decir del mismo escritor uruguayo, “dejó de su malograda juventud versos vivaces y risueños, muy de otro estilo que aquella lánguida melopea de *La Partida*”. Es uno de los aficionados que figuran en la *América Poética*.

De los torrentes
Del Paraná,
No pasma tanto
Como en el llano
Tu marcha audaz.

—Como la concha
Rosada y roja
Que hay en la mar,
Así es tu boca
Cuando rebosa
De risa y paz.

—Como las pomas
Llenas de aroma,
Llenas de miel,
Tal es tu labio
Si en dulce halago
Toca mi tez.

—Como la hierba

De la pradera
Y el arrayán,
Así son blandos
Los tiernos lazos
De mi beldad.

—Cual muelle alfombra
Bajo las sombras
De árbol en flor,
Así es a mi alma
La sombra grata
De mi señor.

Como tórtolas que arrullan
Sus amores así cantan,
Y a la par de las canciones
Ondulando va la hamaca;
Y al cansancio del deleite,
Y a las sombras que se avanzan,
Adurmiendo van los ojos
Sin temores ni esperanzas.

Algo, aunque mucho menos perceptible, hay de *americano* en los serventesios que principian

Rey de los llanos de la patria mía....

El año de 1840 empezó a publicarse el *Talismán*, periódico redactado por Gutiérrez y Rivera Indarte, en el que colaboraron casi todos los escritores contemporáneos notables del Uruguay y la Argentina. Ellos redactaron en versos fulminantes un periódico anti-rosista, *El Tirteo*, del cual sólo catorce números llegaron a salir a luz. En el certamen promovido por el gobierno de Montevideo para celebrar el aniversario de la Revolución de Mayo (1841), Gutiérrez obtuvo el premio, al cual había optado con un canto en que, al decir de Menéndez y Pelayo, "se aparta mucho de la vulgaridad corriente de las odas patrióticas, procede con cierta majestad solemne y vierte nobles pensamientos en el rau-

dal de una versificación cristalina". Pero mucho más valen, en el concepto de sus mejores críticos y también en el nuestro, sus poesías de menos aparato, como *Amor del desierto* que hemos copiado arriba y que, si vamos a decir verdad, es de las mejores que posee en su género el parnaso americano.

Huyó Gutiérrez a Montevideo a la nueva de la aproximación del ejército de Rosas, que iba a vengar la tenaz oposición de la capital uruguaya. Embarcóse allí Gutiérrez con rumbo a Europa (1), visitó a Francia, Italia y Suiza, de regreso a América se detuvo en Río Janeiro y Porto Alegre, y como su patria gimiese esclava todavía, trasladóse a Chile, donde ya le hemos visto preceder a los otros emigrados argentinos. Pero no debemos dar cuenta en este capítulo de sus afanes de literato y de investigador y crítico literario, que es lo que constituye su principal mérito. Para conocerle como poeta baste, pues, lo que aquí dejamos dicho (2).

Imitador de Byron en *El rey Baltasar*, fué D. José Rivera Indarte (1814-1845), colaborador, como hemos visto, de Gutiérrez, en Montevideo, y redactor allí de *El Nacional*, al cual está casi totalmente vinculada su fama de escritor, que muy poco debe a sus versos medianos (3).

No puede decirse otro tanto de D. José Mármol, el

(1) En el golfo de Gascuña y con fecha de Noviembre de 1843, aparece firmada una poesía suya, *Recuerdo*, que termina así:

Madre y hermanas que lloráis mi ausencia,
Yo pisaré vuestro desierto umbral:
Es el tirano odioso de mi patria
Espuma leve que se traga el mar.

(2) Las *Poesías* de Gutiérrez se publicaron en 1869, casa de Carlos Casavalle—(Buenos Aires), clasificadas en *cívicas* (histórico patrióticas), *nacionales* (de sabor criollo) y varias.

(3) Suyos son también un poema, que se inspira en lances y episodios de la guerra de independencia, y se intitula *Don*

más notable aunque no el menos incorrecto de los poetas que a la Argentina dió el romanticismo. Aunque en menor escala, pueden reconocerse en los versos de Mármol algunas de las buenas cualidades que reconoció en la poesía de Zorrilla el señor Lista: pensamientos atrevidos, sentimientos tiernos, versificación fácil y armoniosa. Por el contrario, pudiera repetirse el juicio de aquel humanista en lo relativo a defectos de lenguaje y estilo, sin rebajar ni un tilde; y decir con él que “cuando en alas de la idea quiere volar nuestra fantasía hasta el Empíreo, una expresión incorrecta, una voz impropia, un sonido duro, o bien un galicismo o un neologismo insufrible nos advierte que estamos pegados al fango de la tierra, como ahora se dice” (1).

Hay que separar en los versos de Mármol los de carácter político, que son más bien que sátiras invectivas contra la tiranía de Rosas, de los que no lo son y se inspiran en el sentimiento de la naturaleza. Entre los primeros, se señalan aquellos que escribió *El 25 de Mayo* de 1843, a los cuales pertenecen estos temerosos alejandrinos:

«Qué fiera en sus entrañas alimentó tu vida
Nutriéndote las venas su ponzoñosa hiel?
Qué atmósfera aspiraste? ¿qué fuente maldecida
Para bautismo tuyo te preparó Luzbel?

¿Qué ser velado tienes que te resguarda el paso,
Para poder buscarlo con el puñal en pos?
¿Cuál es de las estrellas la que te alumbra acaso,
Para pedir sobre ella la maldición de Dios?

En qué hora sientes miedo dentro tu férreo pecho,
Para llamar visiones que su pavor te den?
¿En qué hora te adormeces tranquilo sobre el lecho,
Para llamar los muertos a sacudir tu sien?

Cristóbal, y otras poesías como *El preso cristiano*, *Adiós a mi patria* y *El Rosario*.

(1) *Ensayos literarios y críticos*, T. 2, p. 85.

Prestadme, tempestades, vuestro rugir violento,
 Cuando revienta el trueno bramando el Aquilón;
 Cascadas y torrentes, prestadme vuestro acento
 Para arrojarle eterna, terrible maldición.

Como si le asaltase repentino remordimiento, discurre esta donosa manera de acallar sus gritos:

El bueno de los buenos desde su trono santo
 La renegada frente maldijo de Luzbel:
 La humanidad, de entonces, cuando la vejan tanto,
 También tiene derecho de maldecir como él.

Y prosigue con la misma saña que primero:

Sí, Rosas, te maldigo. Jamás dentro mis venas
 La hiel de la venganza mis horas agitó:
 Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas;
 Pero como argentino las de mi patria.... Nó!....

En 1850, también el 25 *de Mayo*, extremará más aún la invectiva y afirmará al comienzo de la composición que

Después de Satanás, nadie en el mundo
 Cual tú, (1) hizo menos bien ni tanto daño.

Y movido de su odio implacable, proseguirá diciendo:

Abortado de un crimen has querido
 Que se hermanen tus obras con tu origen
 Y, jamás del delito arrepentido,
 Sólo las horas de quietud te afligen.

¿Qué mente hubiste en tu sangriento insomnio
 Que a tanto crimen te impeliese tanto?
 Aparta! aparta, aborto del demonio,
 Que haces el mal para gozar del llanto!

La raza humana se horroriza al verte,
 Hiena del Indo....

(1) Habla con Rosas.

.....

 Tu reino es el imperio de la muerte....

Nerón da fuego a Roma, y la contempla
 Y hay no sé qué de heróico en tal delito;
 Mas tú, con alma que el demonio templa,
 Cuanto haces lleva tu miseria escrito.

Ningún Atrida al peligrar vacila,
 Y tú, más que ellos para el mal temblaste;
 Y más sangriento que el sangriento Atila
 Jamás la sangre de la lid miraste.

En todas esas águilas que asieron
 La humanidad, y en fiebre carnícera,
 Con sus guerras metálicas la hirieron,
 Cupo alguna virtud: valor siquiera.

Pero tu corazón sólo rebosa
 De miserias y crímenes y vicios....

Te nombrarán las madres a sus hijos
 Cuando asustarlos en la cuna quieran....

En prosa no era menos vehemente, como se verá por este párrafo de su folleto intitulado *Asesinato del señor D. Florencio Varela, redactor del Comercio del Plata en Montevideo* (1849):

“El (Oribe) está claro y trasparente como el verdadero asesino de Florencio Varela. La mano mercenaria de que se valió, no fué sino el instrumento de que se sirvió en su infernal designio; y si esa mano ha podido escaparse al verdugo, que no se escape Oribe a la execración de la historia. Atado a su delito, nosotros lo arrojamos al anatema de los hombres y á la vergüenza en sus mismos hijos. Que ellos no puedan acercársele sin ver que su frente está manchada con la sangre de un crimen, para el que no hay perdón en la justicia del cielo ni de la tierra! Sí, Oribe, cuando yo alzo mi voz para confundirte, mi voz es poderosa porque me hago el eco de una generación entera a quien has herido con el puñal que traspasó a Varela, y ante la santidad del sentimiento de todo un pueblo, póstrate, bárbaro! para recibir sobre tu frente la marca eterna de tu de-

lito. A la civilización has arrebatado una cabeza distinguida; a la humanidad un corazón generoso; y a la patria de los argentinos una de sus esperanzas más bellas. Esa es tu obra, pero ella es demasiado criminal para que no te persiga la justicia de Dios, como te persigue el anatema de los hombres”.

Al segundo género, más apacible y grato, por cierto, pertenecen los *fragmentos de un poema manuscrito*: “*El Peregrino*”. Al hablar en los *Trópicos*, de la luz con que el sol los baña, dice:

Semeja los destellos espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra....

Las estrellas,

Parecen las ideas del infinito sér
Que vagan en el éter en glóbulos de lumbre....

Tanto en éste, como en el intitulado *Las Nubes*, se percibe algo de las pomposas descripciones de Zorrilla:

Gloria a vosotros, vaporosos velos
Que flotáis en la frente de los cielos
Como alientos perdidos
Del que arrojó los astros encendidos,
O cual leves encajes
Que velan de su rostro la hermosura (1),
Enseñando al través de los celajes
De sus azules ojos la dulzura,
El alabastro de su frente hermosa,
Su labio de corales,
Y en bellas espirales
Su cabellera de oro luminosa.

.....

(1) El Maestro León en las liras a la Ascensión del Señor dice:

¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de su rostro la hermosura....
Pero bien se ve que es casual la coincidencia.

Os he visto cubrir los horizontes
Del cielo tropical, y erráis, oh nubes,
De oro y rubies movedizos montes.
Si tiene el Hacedor trono y querubes,
Ni el trono es más espléndido de galas,
Ni las pequeñas alas
De los querubes bellos
Más bordadas de fúlgidos destellos.
Allí mi fantasía
Ahogaba los recuerdos con deseos,
Y en dulce devaneos
Menos os daba mi alma que os pedía.
Allí el amor de mi adorada hermosa
Era un perfume, emanación de vida:
Allí era la mujer purpúrea rosa
De la guirnalda del Señor caída.
Mas, ay! también del aterido polo
Cubris los cielos como pardo manto;
Y yo desde un bajel perdido y solo
Donde nadie os cantó, nubes, os canto.

.....
En las noches serenas
Cuando flotáis en torno de la luna
Cual ondas de humo de encendida pasta,
Que sostenidas en el aire apenas
Soplo sutil a deshacerlas basta,
El corazón dolido,
¿Qué madre no ha llorado con vosotras
El dulce fruto de su amor perdido;
O amorosa y prolija,
No imaginó entre flores,
El porvenir de su inocente hija?....

De otra poesía (A....) son estos fragmentos:

Corriendo en pos de mi destino incierto
He surcado los mares,
He pisado la sien de las montañas;
He cruzado el desierto
A la luz de los pardos luminaires;
Solitario he dormido
Entre las sombras de la selva hojosa,
O entre flexibles y sahumadas cañas,

Y he despertado al lánguido quejido
 Que da de amor la tórtola medrosa:
 Mi religión, mi libro, mi belleza
 Fué siempre la gentil naturaleza;
 Pero hallo en tí más alta poesía
 Que en cuanto he visto bajo el claro día.

En una noche lánguida y hermosa,
 Sobre una mar tranquila
 Como el cristal de plácida laguna,
 He visto levantarse silenciosa
 En columnas de luz la blanca luna:
 Panorama magnífico que en vano
 Pintar querría con mi acento humano.
 Pero, ay! sobre tu frente de alabastro
 Hay mayor majestad, mayor dulzura
 Que en la frente del astro
 Que rasga el velo de la noche oscura.

.....
 En medio del desierto, de repente
 La brida a mi caballo he recogido,
 Para mirar en el lejano Oriente
 Un trono de topacios suspendido
 En pedestal de nácar y rubies;
 Y sobre gradas de purpúreas rosas
 Llegar al trono la naciente aurora,
 Desatando las cintas carmesies
 A sus cabellos de oro, y las hermosas
 Perlas que entre sus hebras atesora;
 Derramar luego de sus tiernos ojos
 Los tranquilos destellos del topacio,
 Y el reflejo fugaz de los sonrojos
 Que la vista del sol causa a su frente;
 Llenar después de esencias el espacio
 Dando su labio el matinal ambiente;
 Y grabar por doquier el sacro sello
 Que pone Dios en lo sublime y bello:....

Algo también de Espronceda hay en la introducción
 de la misma poesía:

Rosa fragante del Edén caída;
 Angel proscrito que perdió sus alas;

Paloma que ha dejado misteriosa
Las selvas que habitó en el Paraíso....
¿Quién eres, di, beldad fascinadora,
Hálito de purísimas esencias
Que embriaga el corazón y lo enamora....

Y una reminiscencia, acaso involuntaria pero harto
patente de Argensola el mayor, en el final de *Sueños*:

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante;
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

En una prosaica *Ráfaga* expresó Mármol su doctrina
acerca del arte y su opinión sobre la supuesta misión de
los poetas, idénticas, por cierto, a las de muchos otros:

Que vengan ora a prefijarte leyes
Esos pigmeos que su voz levantan,
Dogmas dictando con hinchada voz.
Que dél discuten sin saber que el arte
No es otra cosa que la misma vida,
Que de vigor e inspiración henchida
Rompe sus diques y se eleva a Dios.

Diles que vengan y profanos dicten
Formas al arte, la misión al vate;
Que hablen de leyes y tenaz combate
De un arte viejo, y el que joven creen.
Que den preceptos y formulen dogmas,
Que abran programas de sonoros temas,
Bellas escuelas, y a la vez sistemas
Que a los poetas su destino den.

Que vengan hoy a prefijarle sendas
A lo que sientes palpar violento,
Y después vayan a decir al viento:
Torced el vuelo y caminad ahí.
Diles que pongan sobre tí su mano
Y digan luego si cual tú latieron;
Si alguna vez inspiración sintieron,
Para ser jueces de la que hay en tí.

Exhala, exhala a tu capricho libre,
Corazón mío, tu dolor o risa,

Tus temporales o ligera brisa,
 Ronco alarido o melodiosa voz.
 Es tu misión la inspiración que sientas;
 Tu arte es tu vida; tu sistema, tu alma,
 Altiva o mansa, con ardor o calma,
 Y tus preceptos los que ponga Dios.

Y como para dar el golpe de gracia a los que profesan ideas estéticas diversas, cierra con el argumento Aquiles de la secta poética a que pertenecía su defensa de los que en verso o prosa se producen y han de producirse “sin reglas del arte”:

¿Quién hoy se atreve a señalarme rumbo
 Cuando tú mismo tu destino ignoras?
 A tí, misterio, que ignorado lloras,
 Arcano inmenso que formára Dios!....

Cultivó también el género dramático como lo prueban *El Cruzado* y *El Poeta*, endebles ensayos que el autor dió a las tablas en Montevideo. De su conocida novela *Amalia*, hablaremos en el lugar correspondiente.

Mármol había nacido en Buenos Aires en 1818; fué Director de la Biblioteca Nacional, y murió ciego en 1881. D. José Domingo Cortés hizo una colección de sus *obras poéticas y dramáticas* (París, 1882, ed. Bouret), “formada—dice Menéndez y Pelayo, de quien tomamos esta noticia—con el mayor descuido y falta de inteligencia, y afeada con gran número de erratas tipográficas”. No contiene los fragmentos de *El Peregrino* que están en la *América Poética*, de Gutiérrez (1).

(1) *Ob. cit.*—Tomo IV, nota de las págs.: CLXXXV y siguientes.

Entre los versificadores argentinos de tercero o cuarto orden cuéntanse Juan Godoy, a cuya obra aludiremos al tratar del uruguayo Hidalgo, el médico Claudio Cuenca, Manuel Iturrieta, Florencio Balcarce (1818-1839), autor de *El Lechero* y *La partida*, que fueron muy populares en su tiempo; Marco Manuel Avellaneda (1813-1841), célebre más que por sus versos por su actuación militar y política que terminó trágicamente en

Varios dramas del romanticismo extranjero se representaron con aplauso por este tiempo en el teatro de San Felipe de Montevideo: *Don Alvaro*, *Macías*, *Catalina Howard*, *Los Amantes de Teruel* y *La Torre de Nesle* (1).

CAPITULO III

La Prosa. La Filosofía y el Derecho. Publicaciones de obras extranjeras. De Política; El Nacional, El Iniciador, de Montevideo. Artículos de costumbres, la crítica y la historia literaria. Revista del Río de la Plata. Revista de Buenos Aires. La historia: Galería de celebridades argentinas; Biblioteca Americana; Historia de Belgrano. Descripciones y narraciones.

Suelen las influencias literarias empezar a manifestarse en traducciones e imitaciones de las obras de la literatura influyente; mas no se crea que tales manifestaciones han de buscarse únicamente entre las

Metán, donde fué degollado a los veintiocho años de su edad; Luis L. Domínguez, nacido en 1819 y muerto poco há, autor de una *Historia argentina* y de la popular poesía *El ombú*; José María Cantilo (1816-1872), Miguel Cané (1812-1863), padre del conocido prosista de su mismo nombre; Pedro Echagüe, autor de un drama intitulado *Rosas*, Juan R. Muñoz Cabrera, víctima del tirano argentino, Luis Méndez, Juan Thompson, cónsul de su patria en Madrid, en cuyos círculos literarios fué conocido, así como en Barcelona donde murió; Miguel Irigoyen, Marcelino Ugarte, Cipriano Talavera y Melchor Pacheco y Obes, que aparece en la colección de Gutiérrez.

(1) Dicese que en la emigración que de las riberas del Plata pasó por aquellos tiempos a Chile, llegó allí un actor argentino, antiguo soldado compañero de Lavalle, por nombre Juan C. Casacuberta, al cual se confiaron *papeles* muy interesantes en la representación de los dramas románticos. Casacuberta murió en las tablas de un teatro de Santiago.

obras que pertenecen a la bella literatura, nombre bajo el cual se comprenden no sólo las que realizan lo bello ideal por medio de la palabra, pero también las de historia y elocuencia; pues si al concepto general del vocablo se atiende a la literatura pertenecen todas las manifestaciones de nuestro espíritu por medio del lenguaje; ni dejan nunca de participar de los cambios y modificaciones de uno todos los demás órdenes y esferas del conocimiento humano. En este sentido, todavía pueden señalarse entre los precedentes indirectos de la influencia de la literatura francesa en la castellana de la República Argentina, la versión que en 1834 publicó D. José Tomás Guido de la *Historia de la Filosofía* de Cousin, y la exposición de Lermnier, hecha por D. Juan B. Alberdi.

Así, pues, al paso que el autor de los *Consuelos* revolucionaba la poesía con la importación de los ideales y procedimientos del romanticismo, empezaba a manifestarse en la prosa la tendencia a la divulgación del pensamiento europeo que al través del mar Atlántico ha logrado abrirse cauce anchísimo por donde el espíritu argentino se mantiene en comunicación constante con las naciones más adelantadas de Europa, de cuya vida intelectual participa.

Mas, por la época a que debemos contraernos, la propaganda no hacía más que comenzar, y para suplir la falta de los libros europeos, se daban a la luz pública en los periódicos las producciones de Manzoni, Lamartine, Víctor Hugo, Larra y Espronceda. Lamennais tuvo muchos imitadores, y de las críticas de Larra se hizo una edición en Montevideo el año de 1838.

La política, como era necesidad de la época, se cultivó con especial ahinco por los escritores de la nueva generación. D. Carlos Tejedor (1817-1903), publicó en *El Iniciador* de Montevideo dos artículos intitulados *Li-*

najes de hombres y *La guerra, el patíbulo y el puñal* (1839); redactó en Chile *El copiapino* y *El Mercurio*, y sus artículos merecieron la atención pública por el vigor de la frase, la severidad del raciocinio, el estilo breve y cortado y la viveza del pensamiento (1); escribió *Sobre la Iglesia y el Estado* y otras obras que le acreditan ya de publicista, como las que tratan de derecho penal, ya de político, como la *Defensa de Buenos Aires* (1880).

D. José Rivera Indarte se hizo célebre como redactor de *El Nacional* (1836). Escribió *El voto de América* (1834), erudito folleto en que defendió, el primero, "la conveniencia de restablecer las relaciones mercantiles con España y abrir los puertos a su bandera" (2).

Más notable acaso que *El Nacional* fué *El Iniciador*, también de Montevideo, en el cual colaboraron casi todos los escritores jóvenes de aquel tiempo, y en cuyas columnas salieron a luz no pocas de sus obras principales. Puede formarse idea general de lo que aquel periódico representaba por el siguiente trozo del prospecto, que redactó en 1838 un joven uruguayo (3): "Dos cadenas nos ligaban a España: una material, visible, ominosa, otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que, como aquellos gases incompresibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud y desmiente nuestra emancipación absoluta. Aquella, pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro de nuestras lanzas; ésta es preciso que desaparezca

(1) D. Pedro P. Figueroa, *Diccionario bibliográfico de extranjeros en Chile*, citado por don R. Rojas.—*Ob. cit.*

(2) *Antología*, etc.

(3) D. Andrés Lamas.

también si nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad; aquella fué la misión gloriosa de nuestros padres, ésta es la nuestra". Esta *misión* era nada menos que la de "conquistar la independencia inteligente (*sic*) de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial; porque las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria,—proseguía el autor del prospecto—deben llevar como nuestra bandera, los colores nacionales y ser ella el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad" (1).

No obstante esos alardes de emancipación intelectual, la imitación de los ingenios españoles no dejó de producir buenos frutos aún entre los mismos redactores del *Iniciador*. Así, la imitación de Larra grangeó muchos aplausos al señor Alberdi, que con el pseudónimo de *Figarillo*, primero en *La Moda* y después en el *Iniciador*, publicó artículos como *Caracteres*, *Figarillo en Montevideo*, *La cartera de F.*, *Sociabilidad*, *Doña Rita Material* y *El Sonámbulo*, de los cuales ha dicho Rodó que son "de las mejores y más duraderas páginas que por aquel tiempo inspiró en España y en América, la imitación de las de *Figaro*".

Pero Alberdi no fué sólo un imitador de Larra. Además de su comentario de Lerminier, de que antes dimos cuenta, Alberdi ensayó el primero entre los argentinos, según dice el escritor que acabamos de citar, ese género de crítica literaria que atribuye a la literatura fines de acción y propaganda sociales. De ella son ejemplos los estudios que intituló *La generación presente a la faz de la generación pasada*, *De la poesía íntima*, *Del arte socialista* (2), *La emancipación de la lengua*, *Qué nos hace la España?* Alberdi merece parabién de la

(1) Citado por Rodó.—*Ob. cit.*, pág. 454.

(2) No conocemos sino de fama este artículo de Alberdi;

historia por haber introducido con dos de sus obras el sentimiento de la naturaleza en la literatura de su patria. Por ello se avaloran la *Memoria descriptiva sobre Tucumán y sus Impresiones de una visita al Paraná* (1). Señálase también su *Crónica dramática de la revolución de Mayo*, que apareció en los primeros números de la *Revista del Plata* (1839), como el primer ensayo de filosofía de la historia hecho en la Argentina

mas se nos ocurre que acaso empleó aquí el vocablo *socialista* por *social*, como hizo D. Esteban Echeverría en su famoso *Dogma*.

(1) Alberdi acompañó a Gutiérrez en el viaje a Europa de que ya hemos hablado al tratar de este poeta (1843). Cuentan que mientras viajaban componían un poema que habría de llamarse *Edén*, nombre del barco en que iban. Alberdi lo escribía en prosa y Gutiérrez le daba forma métrica. Más que literato ni artista de la palabra, Alberdi fué publicista, como lo muestra lo más abundante y serio de sus producciones. Ya en la vejez escribió una especie de sátira anovelada, *Peregrinación de Luz del Día o Viajes y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*, en que intervienen personajes alegóricos como *Luz del Día*, personificación de la verdad, personajes imaginarios como *Tartufo*, Gil Blas, D. Quijote y Sancho y personas reales como el Cid y Don Pelayo. Tartufo y Gil Blas están transformados en políticos; D. Quijote coloniza la Patagonia y establece en ella una república de carneros; Luz del Día da una conferencia sobre el "sufragio universal de la ignorancia" y la libertad de las repúblicas hispanoamericanas. La obra en conjunto da la impresión de una acerba sátira de aquellos mismos ideales que persiguió el autor en su juventud. Demás está decir que ni en éste ni en los otros trabajos de Alberdi hay pulcritud ni esmero en el estilo y lenguaje, plagado de galicismos. No conocía a los escritores de nuestra lengua a la cual extendió su odio contra España; apenas, según propia confesión, conocía a Martínez de la Rosa, Capmany y Donoso; sus lecturas fueron casi exclusivamente de "pensadores extranjeros", como Locke, Bacon, Montesquieu y Pothier, a quienes no halló igual entre nuestros españoles. Sobre todo a los franceses tenía muy a la mano y los citaba a menudo. Más tarde comprendió su error y se arrepintió de él, pero según el mismo Alberdi "ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua en que no obstante escribo" (*Obras póstumas*, T. XV). Para mostrar hasta dónde llegó su ignorancia de nuestros escritores, cita Rojas estas frases, engendro verdaderamente monstruoso, atribuidas a D. Quijote por Alberdi: "El sí de los pueblos modernos es el *fiat* del génesis político: ellos hacen la ley como Dios hizo la luz, con un vocablo".

con cierta forma artística. Más tarde, estando en Chile, escribió las *Bases para la organización política de la Confederación Argentina*, con que inscribió su nombre entre los de los juristas de Hispano-América. Murió el señor Alberdi a los setenta y cuatro años de su edad en 1884.

Fué D. Miguel Cané colaborador asiduo de *El Iniciador* de Montevideo; y dejó en sus páginas muestras de que poseía no comunes prendas de escritor. Atestiguanlo no ya sus diálogos festivos (*Mis visitas*), sus cuentos y novelas del género romántico (*Ester*, especie de autobiografía, *Laura*, *La muerte del poeta*, *La noche de bodas*, *Cora*, *En el tren*, *El traviato*, *La Semanera*, *Fantasia*, *La familia Sconner*) y los artículos políticos (*El Pueblo*, *La aristocracia en Sur América*, etc.), sino la crítica de Manzoni y de Larra y el examen de las tendencias de la literatura en aquella época. Fué más tarde (1888) Ministro de la República Argentina en España, y escribió un libro de impresiones intitulado *En Viaje*.

D. Félix Frias publicó en *El Iniciador* páginas didáctico-morales. Hablando acerca de la *Poesía nacional*, decía: "Queremos ciudadanos. Queremos la ciudadanía en poesía, en arte, en política, en literatura" (1). Más tarde se hizo célebre como defensor del catolicismo en el periódico *El Orden*.

Tiempo es ya de volver los ojos hacia la figura del más conspicuo literato argentino de todo el período que vamos historiando. Antes reconocimos, al tratar de la poesía, el valer de D. Juan M. Gutiérrez. La sola lista de sus eruditos y curiosos trabajos da una idea de la acuciosidad de sus investigaciones, de la extensión de sus conocimientos y de su incansable aplicación a

(1) Citado por Rodó: *Ob. cit.*, 474.

tan fatigosas tareas, si no de su buen gusto y de la profundidad de su crítica que sólo con la lectura de los mismos pueden ser debidamente apreciados. Hé aquí algunos títulos (1): *América poética* (Valparaíso 1846); *El Lector Americano* (Antología); *Nuestro primer historiador Ulderico Schmidel*, su obra, su persona y su biografía; *Estudio sobre la "Argentina y conquista del Río de la Plata" y sobre su autor D. Martín del Barco Centenera*; *El Sueño de Eulalia contado a Flora y noticia sobre su autor*; *El coronel D. Juan Ramón Rojas, soldado y poeta*; *D. Esteban de Luca. Noticia sobre su vida y escritos*; *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino D. Juan Cruz Varela*; *La Literatura de Mayo*; todos los cuales salieron en la famosa *Revista del Río de la Plata*, fundada por Gutiérrez en 1871, juntamente con D. Andrés Lamas y D. Vicente Fidel López; *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas suramericanos anteriores al siglo XIX* (1 vol., 1865); entre los cuales citaremos los que dedicó a D. Juan Ruiz de Alarcón, Pedro de Oña, Sor Juana Inés de la Cruz y D. Pablo de Olavide; *El Padre Domingo Neira, del convento de predicadores de Buenos Aires*; *Celebridades Argentinas en el siglo XVIII*. Los artículos sobre el Virrey Vertiz y D. Juan B. Maciel, aparecen en la *Revista de Buenos Aires*, que dirigían D. Miguel Navarro Viola y D. Vicente G. Quesada, así como también la *Biografía de la Imprenta de los Niños Expósitos*, un juicio de Echeverría, publicado al frente de las *Obras* de éste; y otro de D. Juan Manuel Labardén, en el *Correo del Domingo* (forma parte de la colección de *Celebridades argentinas*). Para la *Biblioteca Americana*, que empezó a salir en 1858, escribió Gutiérrez un

(1) Omitimos, naturalmente, los que ya citamos al hablar de sus versos.

tomo de *Pensamientos, máximas y sentencias de escritores argentinos*, de varios de los cuales publicó después (1860) unos *Apuntes biográficos*. Con su estudio acerca del Ministro Rivadavia, dado a la estampa entre éstos, contribuye Gutiérrez a la formación de una extensa *Galería de celebridades argentinas*, que apareció en 1857 y en la cual colaboraron los mejores escritores argentinos de entonces. No levantaremos la pluma sin recordar también su *Bosquejo Biográfico del general D. José de San Martín* (1868), en cuyo honor dió a la estampa una *Corona poética* (1862), con motivo de la erección de su estatua; y el *Capitán de Patricios*, con que se ensayó en la novela. En 1861, dice un escritor español, continuó, como Rector de la Universidad de Buenos Aires, cuya reforma se propuso y consiguió, el magisterio que hasta entonces había ejercido con sus eruditas disertaciones. "Por desgracia—añade el mismo autor—las preocupaciones antirreligiosas de Gutiérrez, su odio sistemático a todo cuanto simboliza el nombre de España, y el optimismo sin límites con que juzgaba en cambio las cosas de América, le hicieron incurrir en numerosos errores, tanto más graves y funestos cuanto era mayor la autoridad de quien los defendía" (1). Gutiérrez murió en 1879, dejando a los escritores argentinos interesante materia en que ocuparse con su vida y con sus obras (2).

Olvidemos nosotros sus yerros, olvidemos sobre to-

(1) *La literatura hispano-americana*, pág. 384, T. 3º de *La Literatura Española en el siglo XIX*.

(2) D. Antonio Zinny publicó en Buenos Aires una disertación intitulada *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos*, (1878); y el chileno Vicuña Mackenna, otra *Juan María Gutiérrez, su vida y sus escritos, conforme a documentos enteramente inéditos*. Hay también una semblanza de Gutiérrez en las *Memorias de un viejo*—1889) de Víctor Gálvez. (Cit. de Menéndez y Pelayo. —Antología, etc.) Escribieron también biografías de Gutiérrez, Alberdi y Torres Caicedo, y D. Carlos María Urien últimamente.

do su "empedernido volterianismo" y el odio a la patria de sus mayores, que le llevó a señalarse entre los literatos de América por el desdén con que rehusó pertenecer como socio correspondiente, a la Real Academia Española, y conservemos sólo la ilustre y tierna memoria del erudito y del poeta (1).

Mas no pasemos en silencio, ya que hemos apuntado aquí los nombres de algunos historiadores y novelistas, a otros argentinos que cultivaron con fruto uno y otro género. Es imposible dejar de recordar, por ejemplo, los nombres de D. Bartolomé Mitre y D. Vicente Fidel López, entre los de los historiadores, ni los de Florencio Balearce, Manuel Luciano Acosta, José Mármol, el mismo López y Sarmiento entre los de los novelistas. Mitre (1821-1906), escribió, sobre uno de los retratos que aparecieron en la *Galería de Celebridades argentinas*, la conocida *Historia de Belgrano*, que produjo un movimiento literario, y al decir de Rodó, abre un nue-

(1) Además de Rector de la Universidad de Buenos Aires, fué Gutiérrez Jefe del departamento de Escuelas (1875); Miembro de las Facultades de Matemáticas y de Filosofía y Humanidades; Ministro de los gobiernos de López y Planes y de Urquiza, Diplomático, Diputado al Congreso Constituyente de Sta. Fé, y Miembro de la Convención de 1870.

Entre los escritores argentinos contemporáneos de la organización de la república debe mentarse a D. Fernando Zuviria (1793-1861), autor de *Prensa periódica*, de *El principio religioso* y de otros trabajos; al economista D. Mariano Fraguero (1795-1872), que lo fué de *Cuestiones argentinas* y *Organización del crédito*; al historiógrafo D. José Luis Bustamante, que empezó a darse a conocer como periodista en 1831 (*El cometa argentino*, *El defensor de los derechos del hombre*, *El Fénix*); al ilustre Presidente D. Nicolás Avellaneda (1837-1885), hijo del infortunado gobernador de Tucumán, D. Marco, autor de un *Estudio* sobre las *Leyes de tierras públicas*, de memorias, cartas y discursos; y a D. Dalmacio Vélez Sársfields (1800-1875), que lo fué del *Código Civil argentino*, sancionado por el Congreso, de un libro sobre *Relaciones de la Iglesia con el Estado*, de *Traducciones de la Eneida* y alegatos e informes jurídicos. Vélez fué el primero que levantó el censo de la República; tendió la red de Telégrafos, por lo que fué llamado *Viator*, y colaboró en la redacción del código mercantil.

vo período en la bibliografía histórica de los pueblos platenses. Si por la fidelidad de la narración, empero, merece aplauso la *Historia* de Mitre, no lo merece tanto por lo desmañado de su estilo y lo incorrecto de su lenguaje. Escribió también el Sr. Mitre una *Historia de la República Argentina* y otra de *San Martín*. D. Vicente Fidel López, compañero de Sarmiento en las tareas periodísticas que emprendieron en Chile, nos es ya conocido por su *Curso de Bellas Letras* “que rompió en América—dice Menéndez y Pelayo—con la rutina pseudo-clásica”. Suyas son también la *Introducción a la historia de la República Argentina*, *La revolución argentina*, una *Historia de la República Argentina* (Buenos Aires, 1883) “obra escrita con mucho talento, aunque con innumerables galicismos y no sé si con bastante precisión histórica”, según el parecer del mismo erudito académico (1), un *Compendio* de la materia, la *Coor-*

(1) En Chile publicó: *Manual de la historia de Chile* (1845), *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad* (1845) y *Curso de Bellas Letras* (id.)—Escribió también, además de las obras enumeradas en el texto, *La loca de la guardia* (novela), *La gran semana de 1810* (crónica), *Tratado de derecho romano*, *Compilación de documentos sobre las invasiones inglesas* (en colaboración con D. Valentín Alsina) *Acuerdos del extinguido Cabildo de B. A.*, *Les races aryennes du Pérou* (en colaboración con Gastón Masperó), *Autobiografía*, etc.

Historiógrafos contemporáneos de la insurrección contra España fueron el general D. Jerónimo Espejo (1801-1889), compañero de San Martín y autor de *Reflexiones sobre el asesinato de Monteagudo* (1861), *Un episodio de la batalla de Maypú* (1863), *La campaña del general Alvarado a Intermedios* (id.), *La sublevación de la guarnición del Callao en 1824* (1865), *La primera campaña del general Arenales a la Sierra* (1866), *La expedición de San Martín a libertar el Perú* (1867), *Datos histórico-biográficos del general Pringles* (1871), *Entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil* (1873) y *El paso de los Andes* (1876); D. Tomás Guido (1788-1866), el cual, hijo de padres españoles y educado en la escuela colonial, fué actor en la guerra de la reconquista de Buenos Aires contra los ingleses; pero imbuido en las ideas del filosofismo francés, entró en la conspiración antiespañola; acompañó a Moreno, a S. Martín y

dinación metódica y anotación del texto de historia argentina que se sigue en los colegios nacionales y un Debate histórico en que refuta las Comprobaciones históricas de Mitre.

Entre los novelistas, Manuel Luciano Acosta figura con un ensayo de novela histórica cuyo asunto es la desavenencia de Ihuasear y Atahualpa y cuyo título es *Guerra Civil entre los Incas*; y D. José Mármol, con una novela de costumbres "*la Amalia* (1852), en la que se descubre una faz nueva de su idealismo romántico así por lo increíble de las escenas como por la intemperancia lírica del estilo, acompañada de todo género de licencias contra el Diccionario y la Gramática" (1). "Es—agrega Menéndez y Pelayo—una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor parte de los personajes que intervienen en el sangriento drama que allí se desenvuelve, fueron personas reales, y aún son de rigurosa exactitud mucho de los actos y palabras que se les atribuyen. Cuanto allí pasa es de tal manera sorprendente y maravilloso, que, a no tratarse de tiempos tan cercanos, y en que la invención era imposible, parecería abor-

a Belgrano y escribió una *Reseña histórica* de los sucesos del 25 de Mayo de 1810, *Memoria* sobre la campaña de los Andes, *Discursos* parlamentarios y cartas a S. Martín, impresos por el Museo Mitre; el General D. José María Paz (1791-1854), llamado el *Manco Paz*, cuyas *Memorias* "dan minuciosa cuenta de su vida y de la historia militar del país durante la guerra de la independencia y las luchas civiles de la organización" (Rosas—Ob. cit. t. III, C. XXII); el general D. Gregorio de Lamadrid (1795-1857), compañero primero de Belgrano y luego de Facundo Lavalle, Rosas y Urquiza, y autor también de *Memorias* publicadas en su centenario (1895); el general D. Tomás Iriarte, autor de *Ataque, defensa y juicio sumario de las memorias del general Paz* (1855). *Proyecto de operaciones bélicas para derrocar a Rosas*, *Biografía del General José Miguel Carreras* (1853), *Glorias argentinas y recuerdos históricos* (1858) y por último, el coronel D. Lorenzo Lugones, que escribió *Recuerdos históricos sobre la campaña del ejército auxiliador del Perú en la guerra de independencia en esclarecimiento de las Memorias póstumas del brigadier general D. José María Paz* (1855).

(1) P. F. Blanco García.—Ob. cit. pág. 383, T. 3º.

to de una imaginación extraviada y delirante por el terror de la persecución y del martirio. Apenas se concibe que tal estado social haya podido en parte alguna del mundo subsistir por más de catorce años....”

D. Vicente Fidel López parece haber sido el que implantó la novela histórica en la República Argentina. Y cierto que apenas puede atribuirse otro mérito a *La Novia del hereje*, tosca pintura de la sociedad limeña de las postrimerías del siglo XVI, deslucida por los mismos defectos de lenguaje y estilo que afean la *Historia* que escribió de su patria, como arriba se dice. *La Novia del hereje* apareció en Chile como folletín de periódico.

Fáltanos hablar aún, antes de concluir este capítulo, de las obras principales que escribió D. Domingo F. Sarmiento (1811-1888), el mismo que trató a D. Andrés Bello—según dice un escritor (1),—“con modales de Atila”. *Juan Facundo Quiroga o Civilización y Barbarie, Recuerdos de Provincia y la Campaña del ejército grande*, han sido calificados de los libros más originales de la literatura americana. Sea o no atinado este juicio, es lo cierto que la pintoresca y vigorosa expresión del autor de *Facundo*, parece que cuadra con la pintura de la salvaje naturaleza del Nuevo Mundo. Pueden citarse entre los mejores fragmentos de esta obra, *El Rastreador, El gaucho malo, El Cantor, La pulpería, El Baqueano* y los que trasladamos en seguida:

I

EL TIGRE DE LOS LLANOS

“Media entre las ciudades de S. Luis y S. Juan un dilatado desierto, que por su falta completa de agua recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es por lo general

(1) D. Lucio Vicente López, citado por Rodó.

tristé y desamparado, y el viajero que viene del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua. En esta *travesía* tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue:

“Las cuchilladas tan frecuentes entre nuestros *gauchos* habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la travesía a pie, con su montura al hombro, a fin de escapar a las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres. No eran por entonces sólo el hambre y la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacia un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo las garras sangrientas de aquella: entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne, y se le llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de los hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez se escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

“Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar el tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del cerdo, pero agrio, prolongado, estridente, y que sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte. Algunos minutos después, el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr en fin; porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía. Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa.

Pasa delante del punto en que ésta se había separado del camino, y pierde el rastro: el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa su presa haciendo con su peso balancearse el algarrobillo, cual frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas. Desde entonces ya no bramó el tigre: acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus enormes manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente: dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre: y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca.

“Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho, y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación. En efecto sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre *empacado* y ciego de furor, fué obra de un segundo. La fiera estirada a dos lazos, no pudo escapar de las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima.

“Entonces supe lo que era tener miedo”, decía el general *D. Juan Facundo Quiroga*, contando a un grupo de oficiales este suceso.

II

“...Facundo había ganado una de esas enramadas sombrías, acaso para meditar lo que debía hacer con la pobre ciudad que había caído como ardilla bajo la garra del león. La pobre ciudad en tanto, estaba preocupada con la realización

de un proyecto lleno de inocente coquetería. Una diputación de niñas rebosando juventud, candor y beldad, se dirige hacia el lugar donde Facundo yace reclinado en su poncho. La más resuelta o entusiasta camina adelante, vacila, se detiene, empuja la que la siguen: páranse todas sobrecogidas de miedo; vuelven las púdicas caras, se alientan unas a otras, y deteniéndose, avanzando tímidamente y empujándose entre sí, llegan al fin a su presencia. Facundo las recibe con bondad: las hace sentar en torno suyo, las deja recobrarse, e inquiere al fin el objeto de aquella agradable visita. Vienen a implorar por la vida de los oficiales del ejército que van a ser fusilados. Los sollozos se escapan de entre la escogida y tímida comitiva, la sonrisa de la esperanza brilla en algunos semblantes, y todas las seducciones delicadas de la mujer son puestas en requisición para lograr el piadoso fin que se han propuesto. Facundo está vivamente interesado, y por entre la espesura de su barba negra alcanza a discernirse en las facciones la complacencia y el contento. Pero necesita interrogarlas una a una, conocer sus familias, la casa donde viven, mil pormenores que parecen entretenerle y agradarle, y que ocupan una hora de tiempo, mantienen la expectación y la esperanza. Al fin les dice con la mayor bondad: "¿No oyen ustedes esas descargas? Ya no hay tiempo! Los han fusilado!"

"Un grito de horror sale de entre aquel coro de ángeles, que se escapa como una bandada de palomas perseguidas por el halcón. Los habían fusilado en efecto!"

En los *Recuerdos de Provincia* la pintura de la naturaleza aparece un tanto suavizada con cierto tinte de sentimentalismo que tiene mucho de sabor romántico (1).

(1) D. Ricardo Rojas, grande admirador de Sarmiento y panegirista suyo imponderable, dice que son los *Recuerdos de Provincia*, "el cuadro de la familia y la sociedad coloniales, de donde nació la revolución; *Facundo*, el cuadro del desierto y de la guerra civil, que engendraron el federalismo y la tiranía; *Argirópolis*, el cuadro del país constituido, sobre la base de los intereses comerciales, de los ferrocarriles, de la inmigración, de la enseñanza, que matarían el desorden; *Conflictos y Armonías*, el cuadro de la patria amenazada por insuficiencia democrática, y el examen de conciencia hecho por una joven república que se incorpora al proceso de la civilización universal. Todos los demás escritos no són sino fragmentos o de-

CAPITULO IV

Tercer Período

La Poesía. Examen de la obra poética de D. Olegario Victor Andrade; El Arpa Perdida; Prometeo. Atlántida, etc. D. Carlos Encina. La poesía nacional. D. Estanislao del Campo; el Fausto. D. José Hernández; Martín Fierro.

“Dos generaciones, puede decirse, han surcado el mar de la revolución argentina, y como si ambas hubie-

tritus de estos cuatro grandes terrenos: el primario, el secundario, el terciario y el cuaternario, de nuestra formación espiritual”.

Con ser tan grande el entusiasmo, que raya en lo inverosímil, por Sarmiento y su obra, el señor Rojas conoce que no puede amoldarse a su criterio la crítica extranjera. Con dificultad, en efecto, podremos ver todos en Sarmiento un héroe a la manera del Cid Rodrigo Díaz, superior a todos los héroes de Homero, pues que “tiene del bello Aquiles la bética prestancia y la palabra violenta; tiene del joven Héctor, la austeridad varonil y la ternura piadosa; tiene del viejo Priamo, la intrepidez perdurable y el honor inflexible; tiene del robusto Ajax las anchas espaldas y el brazo sañudo; tiene del prudente Néstor el consejo oportuno y la charla incoercible; tiene del duro Agamenón, la voluntad arbitraria y el brutal orgullo; tiene del fiero Menelao, el grito belibundo y el odio vengativo...”

Entre este elogio y la sátira de los que negaron a Sarmiento aún las dotes más comunes de escritor, hay un término medio.... Porque tampoco, exagerando los defectos, hemos de decir con Villergas:

Este escritor, de pega y de barullo,
Que traduce, delira o no hace nada,
Subir quiere del genio a la morada
De sus propias lisonjas al arrullo;

Fáltale genio; pero tiene orgullo;
La paz le ofende, y la virtud le enfada,
Es ciego *admirador de Torquemada*
Y enemigo mortal de Pero Grullo.

Tal en resumen es mi pensamiento
Acerca de ese autor, que lleva el nombre,
O apellido, o apodo de Sarmiento;

Nada hay en él que admire ni que asombre,
Carece de instrucción y de talento,
En todo lo demás: es un gran hombre!

sen querido fijar hondamente su destino en la memoria de los tiempos, cada una de ellas ha tenido su coro de poetas, que ha historiado su época y sus hombres con la pluma de la verdad y el sentimiento, abriantada por la imaginación.

“Enérgica, espléndida, orgullosa como los tiempos militares, como las glorias patrias que cantaba, la Musa de la Independencia es la historia rimada de su tiempo.

“Triste, pensadora, melancólica como la suerte de la patria al són de cuyas cadenas se inspiraba, la Musa de la libertad, proscrita y desgraciada como ella, ha puesto también sobre las sienes de la patria la corona de su época salpicada de lágrimas y sangre...” Esto escribió al frente de sus versos el último representante de la poesía argentina en el período que acabamos de historiar. La obra de la fundación de la República, y la reconquista de la libertad sojuzgada por Rosas, han tenido en efecto sus bardos, y a aquellos dos períodos de la historia argentina sucede ahora otro que se inicia bajo más favorables auspicios. Todavía, sin embargo, conmoverán las revueltas aquella sociedad, como si a semejanza del suelo sacudido por violento terremoto no debiera volver a su habitual equilibrio, sino después de repetidas oscilaciones. Las bases, empero, de positivo adelanto se establecen, de modo ya definitivo, y recuperada la paz, *la tranquilidad en el orden*, que dijo un filósofo célebre, renace por todas partes la vida. El árbol cuyas hojas resecaron los vientos abrasados del desierto sintió bajo su tostada corteza circular savia nueva, y pronto a impulsos de la onda bienhechora reventaron los retoños pletóricos de vida. Hoy el árbol está cubierto de verdes hojas y su robusto tronco desafía las tormentas.

La historia ha legado a la poesía los nuevos ideales de aquel pueblo, y éste en medio de su estupendo pro-

greso material, conserva la memoria de sus últimos cantores. Entre ellos D. Olegario Victor Andrade (1838-1882), es el que primero a nuestra consideración se presenta. Las indiscutibles bellezas de su poesía no bastan a hacerle perdonar sus defectos, también indiscutibles; pero toda la enormidad de éstos no basta tampoco a deslucir por completo su poesía. Y decimos *por completo*, porque no poco la deslucen. Los defectos sustanciales de que adolece nacen principalmente de los errores filosóficos y religiosos del poeta, discípulo decidido de Voltaire, enemigo declarado y gratuito de la Iglesia, adorador de la *Razón*, diosa de la Enciclopedia, aunque el símbolo bajo el cual la representa es más noble por lo menos que el que imaginó la corrupción de los *filósofos*. Si en algún caso perjudicó el librepensador al poeta fué en el caso de Andrade, quien de seguro dormita como elogie la ciencia o el progreso. Apartando todos estos tropiezos y los menos graves de lenguaje y estilo que también suelen afearla, la poesía de Andrade es sin disputa vigorosa y espontánea, rica en brillantes imágenes que revelan una imaginación muy poderosa, y no escasa de nobles y atrevidos pensamientos.

No indigna de notarse es la diversa impresión que dejan en el ánimo los versos de Mármol, representante de una generación de luchadores, y los de Andrade que lo fué de la que le siguió inmediatamente, ávida de progreso y más dada a espirituales tareas, como poseedora del bienestar negado a aquella. En la poesía del primero vive la impetuosa pasión con que los argentinos lucharon por la reconquista de su libertad; Andrade, por el contrario canta *Las Ideas, El Porvenir, La Libertad y la América*, y en alguna parte exclama (*A mi patria*):

No suenen mis cantos cual ay! de venganza,
Respiren tan sólo de paz y esperanza
Los dulces aromas, el grato placer.

Ya basta de sangre, de duelo y de llanto,
Y alzar no quisiera jamás ese manto.
Que cubre a mi vista los hechos de ayer.

Contiene el tomo de las *Poesías Completas* (1) de Olegario Andrade treinta y cuatro composiciones, entre las cuales hay dos versiones de Victor Hugo (*Religión, Stella*), y dos de Longfellow (*El Orto, Cansancio*). Quedan treinta poesías originales, y de éstas *El Arpa Perdida, Prometeo, Atlántida, (canto al porvenir de la raza latina en América), A Painsadú, El nido de condores, San Martín, La noche de Mendoza, A Victor Hugo*, nos parecen las principales: en ellas están de manifiesto las buenas y malas cualidades que hemos señalado arriba. Y dando principio por las bellezas que contienen, es imposible dejar de reconocerlas en el poema que dedicó a la memoria de Luca,

De las ondas antiguo conocido,

(1) Beston & C^o Casa Editorial Hispano-Americana, New York, 1895.

Hay otra colección hecha por cuenta del Gobierno argentino en Buenos Aires 1887, con prólogo de D. Benjamín Basualdo.

Acerca de la poesía de Andrade, véase: Menéndez y Peláyo, *Antología* & Tomo IV, Introd., págs. CLXXXVII y siguientes; Blanco García, *Lit. Esp. en el Sig. XIX*, pág. 385 y siguientes del Tomo 3^o; Juan Valera, *Cartas Americanas*, (Primera serie) *Poesía argentina*, II, III, IV, V y VI. Este último estudio es el más largo y completo.

No han llegado a nuestras manos las críticas de los doctores argentinos Wilde y D. Nicolás Avellaneda que Varela menciona en la III de dichas *cartas*. En vez del poeta Guido y Spano, escribió D. Benjamín Basualdo el prólogo a las obras de Andrade, coleccionadas e impresas en 1887 a expensas del Gobierno argentino. (Un tomo en 4^o).

En su vida de periodista, dice D. Felipe Martínez, "Andrade recogió muchas amarguras y sinsabores, y hasta la escasez se introdujo más de una vez en su hogar. Estas situaciones angustiosas de la afanosa vida del poeta han sido pintadas por su hija Agustina en la estrofa siguiente:

¡Ah, todo lo perdiste, padre mío,
En horas de inclemente tempestad!
La miseria pisó nuestros umbrales
Y regamos con lágrimas el pan!"

A quien habla la brisa vagabunda
Y sonríe en los cielos una estrella;

cuando de pie sobre la popa *el bardo peregrino*

Les dice adiós con efusión extraña
A las ondas que pasan
En raudo torbellino,
A la negra montaña
Que alarga la cabeza de granito
Como guardián uraño del destino
Que vela en el umbral del infinito,

y pinta

....al mar, la furia encadenada
Que revuelve en la sombra la pupila
Olfateando la tierra descuidada

o despliega

La enseña de los déspotas odiada
Que parece, flameando en las alturas,
Blanca nube que cuelga de los cielos
Con un jirón del firmamento atada;

cuando describe el huracán:

¿Quién baja de la altura
Espoleando las nubes, que parecen
Negros potros que cruzan la llanura?
¿Quién hace aullar las olas
Como hambrientos lebreles,
Y azota con su látigo de fuego
Las rocas y los frágiles bajeles?

y cuando, por último, contada ya la tremenda desgracia, nos dice que

Desde entonces, el viajero
Oye en la noche plácida y serena
O entre el rumor de la tormenta brava
Como el eco de dulce cantilena
Que de lejos lo llama;
Es el arpa perdida,
El arpa del poeta peregrino

Casi olvidada de la patria ingrata,
Que duerme entre los juncos de la orilla
Del turbulento y caudaloso Plata.

Bella es también la introducción de *Prometeo*:

Sobre negros corceles de granito
A cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de grana
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en hora de soberbia loca
A escalar el Olimpo los Titanes;

la pintura de Jove que, como los vió acercarse,

.....vibró en su mano
El rayo de las cóleras sangrientas,
Rugió en su voz el trueno del estrago
Y encadenó a su carro las tormentas;

la del Cáucaso, *caballo de batalla de algún titán caído*,
alargando el cuello como si fuera a beber en el *cauce*
turbulento del piélago; la de *las nubes vagabundas* que
cuelgan en los picos del monte *sus desgarradas tocas*;
la del gigante, amarrado por los ciclopes y cuyo pecho

.....jadea
Como cráter hirviente;
Y cada vez que se retuerce inquieto,
El sol vela su frente
Y la vieja montaña bambolea.

Más adelante *Prometeo*, en quien el poeta personifica el pensamiento humano, exclama con amargura:

No hay astro que no se haya estremecido
Al sentir mis lamentos....

Si vamos a decir verdad, no son muchos más los trozos de legítima poesía contenidos en este celebrado poema. La muerte del pensamiento antiguo y la aparición del pensamiento nuevo en la cumbre del Calvario sería ciertamente un rasgo bellísimo si la negación

enciclopedista no saliese por decirlo así al encuentro de la poesía, y le atajase el vuelo. Para el poeta, Jesús no es más que "Prometeo cristiano"....

Hermanos son en el dolor, y hermanos
En la fe y en la gloria
Cuanto despejan la futura ruta
Con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueran en el Gólgota, ya apuren
De Sócrates severo
La rebosante copa de cicuta,
Ya, nuevo Prometeo,
Al torvo fanatismo desafíe
Sobre Roma, montaña de la historia,
El viejo Galileo.

Cierto que no carece de belleza la descripción del advenimiento del espíritu científico: la pradera

Dormida en brazos de la nieve fría,
la espalda que encorva el mar *como esclavo sumiso*, y
el himno que entona,

El himno con que arrulla
El sueño de los negros promontorios,
Centinelas inmóviles del mundo....

son pinceladas luminosas, pero que ni tienen que ver con la intención religiosa dominante en el poema, ni sirven sino para hacer que resalte la oscuridad en lo restante del cuadro:

Las tenebrosas puertas del pasado
Rechinan a su empuje omnipotente
Y se alzan en tropel a su presencia
Del fondo de el caos precipitado,
Las formas y las razas extinguidas
En cuya adusta frente
El ojo de la ciencia deletrea
El verdadero Génesis del mundo
Que la leyenda bíblica falsea.

Valentísima es en la *Atlántida* la personificación del Océano:

Soberbio mar engendrador de mundos!
Inquieto mar Atlante!
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncás lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes
O gemidos de sombras lastimeras,
Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas!
Soberbio mar! de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron
Coronada de liquen y espadañas
Al ronco son de tempestad bravia
Náufragas del abismo las montañas
Mientras del cielo en la extensión desierta,
Que eternas sombras por doquier velaban
Lanzaba el primer sol un rayo de oro,
Inmensa flor de luz recién abierta
Sobre la cual en armonioso coro
Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día,
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Girones de la túnica de armiño
En tus playas bravías,
Huérfano de la historia un mundo niño!

Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías
Nieblas sobre su frente desplegabas
Para que el aire errante, el viento inquieto,
Y el astro vagabundo
No fuesen a contarle tu secreto
A la codicia insana de otro mundo!

Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar al horizonte oscuro
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía

Mensajera de Dios en el oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos
Para mojar la frente!
Y qué grito salvaje
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde traía,
Bramando el oleaje,
De algún bajel deshecho los pedazos!

Y por primera vez en la literatura argentina posterior a la revolución de independencia se escuchan los loores de la Madre Patria:

Llenó el mundo su nombre.—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el Britano,
Creyeron que se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,
Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas cuando un día
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada
Vió surgir de lejanos horizontes
La visión de la América encantada!

T'os mundos sujetó bajo su imperio!
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, espléndidas creaciones!
Como Ajax inmortal retó a la tierra
Y ansiosa de combates
Fué a renovar en Africa prodigios
Y hazañas de Escipiones.

No se detuvo aquí, y aunque tan falto de la indispensable y conveniente preparación, dejóse llevar de su gusto por el género didascálico, le engañaron sus preocupaciones liberales, y prosiguió en prosaico y vulgar estilo periodístico y sectario:

Pero también se derrumbó impotente
No del potro del Vándalo a las plantas
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
La sombra enervadora del Papado.

Pudiera preguntarse en qué época de la historia de España acaeció esa manera de decadencia, si no constase que entre el genio de Andrade y su cultura mediaba, como dice un escritor argentino, “una inmensa diferencia; su saber era corto, elementales sus estudios y vagas y confusas las nociones que de la Naturaleza y de la Historia tenía” (1).

Según el poeta, Francia recoge luego el *cetno de la historia*,

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada....

“Andrade no había tenido ningún género de estudios de humanidades y no leyó más que en libros franceses....

“...hizo sus estudios secundarios en el colegio nacional del Uruguay que abandonó en 1857 para dedicarse al periodismo” (1).

“El periodismo había viciado su gusto. Un poeta como éste, dotado de grandes condiciones plásticas, nacido para la visión interna de las cosas concretas, introduce a cada momento en su estilo, con extraña discordancia, el vocabulario abstracto de la lengua parlamentaria y de los folletos de propaganda; y rima, sin darse

(1) Felipe Martínez. *Literatura hispano-americana*, Parte 1ª, Cap. V, págs. 35 y sigtes. Maucci Hnos. e Hijos, editores.—B. A., sin fecha.

(1) Id., pg. 38.

cuenta de ello, las más enfáticas y prosaicas vulgaridades, mezclando sus altisonantes palabras y sus atrevidas imágenes, con que pretende escalar el cielo, con un vocabulario amanerado y marchito propio de los manifestos electorales y las arengas de club" (1).

Hé ahí la clave de tan pobre filosofía de la historia. Una vez forjado en la revolución francesa, *como en fragua ciclópea, el eterno cetro de la razón humana*, para lo cual sirvieron de combustible

Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios
Y de un vetusto trono las astillas,

no queda ya más que asistir al advenimiento del *genio de Voltaire*, a quien suscita Dios, como a otro Ezequiel, para anunciar al pueblo sus tremendos designios.

Acerca del latinismo de los hispano-americanos ya discurrió largamente Valera, a propósito de la misma oda de Andrade, en la IV de sus amenas y eruditas *Cartas americanas* (2).

Cuanto allí se dice a este respecto es de tal manera nuestra opinión, que habríamos por fuerza de copiarlo íntegro, si la demasiada extensión que tiene ya este capítulo nos permitiera terciar más extensamente en tan debatido asunto. Tal es, empero, su importancia que no queremos prescindir de citar un párrafo donde, como en cifra, está nuestro parecer expresado:

"Al llamarse latinos los americanos de origen español se diría que lo hacen por desdén y desvío del sér que tienen y de la sangre que corre por sus venas. Ellos se distinguen, entre sí y de nosotros, llamándose

(1) Id., pág. 35.

(2) Primera serie. Madrid. En casa de Fuentes y Capdeville, 1889.

argentinos, mexicanos, colombianos, peruanos, chilenos, etc. Pero si buscan luego algo de común que enlace pueblos tan diversos e independientes, me parece que el tronco de las distintas ramas no está en el Lacio, sino en esta tierra española. Los Estados y las naciones que han surgido en América de nuestras antiguas colonias son tan españolas, como fueron griegas las colonias independientes que los griegos fundaron en África, en Asia, en Italia, en Sicilia, en España y en las Galias. No se avergonzaron estos griegos independientes de seguir llamándose griegos, y no imaginaron llamarse pelagos o arios para borrar o esfumar su helenismo en calificación más vasta y comprensiva”.

No obstante el optimismo con que asegura el poeta que “no mueren aunque caigan” los pueblos que descienden del Lacio, a quienes llama “Anteos de la historia”, todavía parece que América

Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas;
Era lo que soñaba!
Ambito y luz en apartadas zonas! (1).

Y sólo en América, en aquella “Atlántida encantada que Platón presintió”, realizará la *raza latina*

.....lo que no pudo
Del mundo antiguo *en los escombros yertos*

(1) Más adelante en la enumeración de las naciones americanas, dice Andrade:

Salve, zona feliz, región querida
Del almo sol que tus encantos cela,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!

D. Fermín Toro había dicho en su canto a la *Zona Tórrida*:

Salve, férvida zona,
Inmenso hogar de animación y vida.

La más bella visión de sus visiones!
Al himno colosal de los desiertos
La eterna comunión de las naciones!

En su oda *A Paisandú*, llena de desigualdades, canta el poeta la caída de "la ciudad mártir". *El Nido de Condores*, es un sombrío peñasco que se extiende como un brazo hacia el vacío

Para imponer silencio a sus rumores....
y en el cual hay algo

Que se mueve y palpita cual si fuera
El corazón enfermo del abismo....

y cuando

Aquella negra masa se estremece
Con inquietud extraña:
Es que sueña con algo que lo agita
El viejo morador de la montaña!

Tales presagios anunciaron el paso de las huestes republicanas en Enero de 1817; la batalla de Chacabuco luego, después la sorpresa de Cancha Rayada (1818) y, en el momento en que canta el poeta, la llegada de los restos

De aquel gran vencedor de vencedores
A cuyo solo nombre se postraban
Tiranos y opresores.

Andrade ensalzó también el nombre de *San Martín* en otro de sus poemas, donde el águila de América va en busca de un astro nuevo,

A preguntar por él al Oceano,
¿Qué se dirán a solas
El águila de América arrogante
Mojando el ala en las hurañas olas,
Y el hosco mar de Atlante,
De la alta noche en la quietud sagrada
Y al rumor de la playa estremecida,
Escuchando en la atmósfera callada
Rodar el mundo y palpar la vida?

Acaso el Oceano
Le repitió al oído los cantares
De aquel errante cisne lusitano
Que estremeció con su dolor los mares;

o le dijo con profético ademán el último paradero del
águila del Sena; como quiera que sea, *el ave americana*
vuela a Europa, y ve flotar el pabellón de la conquista

Sobre la débil, indefensa España,

y si no vence ella sola a las armas de Napoleón en el
campo de Bailén, por lo menos deja la marca de su
garra sangrienta en la imperial bandera. Después si-
gue volando entristecida, y hallando "pueblos fieles"
donde quiera que los buscaba libres,

Hasta que al fin un día
Vió levantarse en el confin lejano
Del patrio río en que dejó su nido
De libertad el astro soberano....

Entonces suena en las alturas la voz de la gloria
"que llama al águila

Y al huracán despierta en el abismo",
y una vez oída por el *taciturno y severo gigante de la*
Historia, así como por su altiva hueste,

Largó el condor atónito su presa,
Y la ruda montaña conmovida
Doblegó la cabeza
Para ser pedestal de su bandera!

Lástima grande que no sólo los defectos que antes
hemos señalado, sino también impertinentes y repeti-
das asonancias, e impropiedades que sólo con los pocos
estudios del poeta pueden excusarse, afeen a menudo
así ésta como las demás composiciones que son objeto
de este examen. Ni quién iba a denigrar de antiguas
instituciones, que hoy se echan de menos como prime-
ra semilla de civilización en no pocos pueblos del Nue-

vo Mundo, ni a juntar su recuerdo con otros ciertamente ingratos?

Un siglo nada más, y el grito fiero
Ya no se oye del indio perseguido
Por *la implacable fé* del misionero
Y la avaricia cruel de sus señores.

Pero seríamos interminables si fuésemos a señalar uno por uno los defectos de fondo y de forma, como ni tampoco las bellezas en que también abunda la poesía del bardo argentino.

Recordemos, empero, todavía la pintura de la tremenda catástrofe que arruinó a la bella ciudad, "ninfa del valle andino", en *La noche de Mendoza*; y la creación de Eva, en *La Mujer*, donde el Creador aparece

.....inclinado hacia la tierra
Oyendo las plegarias de los orbes....

En el canto que dedica A *Víctor Hugo*, manifestó el poeta con mucho de entusiasmo y no poco de ingenuidad candorosa la admiración que sentía por el autor de la *Leyenda de los Siglos*, a quien pone por cima de Isaías, de Esquilo, de Juvenal y de Dante:

Todo lo tienes tú, la voz de trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
Encarnó para ejemplo de los siglos,
La idea del derecho en Prometeo,
La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Dante latino,
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna de los cantos
Del viejo Gibelino.

Ya notó *entre paréntesis* D. Juan Valera "que Víctor Hugo, que recibió la composición, no la leyó, o si la leyó, no entendió ni chispa, y contestó dando las gracias, con tres frases huecas y frías, en vil prosa".

Muy inferior a Andrade en inspiración poética y en el arte de representar artísticamente las concepciones científicas, pero no menos dado que él al difícil género didascálico, fué D. Carlos Encina (muerto en 1882), “matemático y pensador evolucionista”, asiduo lector de Hegel y de Spencer, “pero que apenas había recibido de la naturaleza ninguna condición poética” (1). El *Canto al Arte* es el mejor de los que dejó concluidos (*Canto lírico a Colón, La lucha por la idea*) (2). En él afirma el autor que

Dios es del Arte la sublime idea;
Que su revelación el Arte sea!

Desde el siglo antepasado se cultiva entre los moradores de las pampas argentinas un género de poesía que sin dejar de tener toda la originalidad que nace de los usos y costumbres retratados en ella, tiene mucho parecido con la poesía popular de algunos pueblos españoles. Los llanos del norte de la América Meridional tienen también sus cantores *indígenas*, improvisadores de coplas semejantes a los *cantares* de España.

Pero la poesía popular de los *llaneros*, no ha inspirado todavía (que sepamos nosotros) a ningún poeta culto, que imitando sin afectación el dialecto vulgar, levante artístico monumento a la humilde musa de los Llanos. Las pampas del sur en cambio, no sólo han tenido *payadores*. Verdaderos artistas han cultivado el género, y no ocultamente, como tal cual poeta erudito de la edad media, sino dando sus nombres, ni más ni menos que como lo hacía no ha mucho, en la Península, verbigracia, el Sr. Gabriel y Galán. Acerca del em-

(1) Menéndez y Pelayo.—*Ob. cit.*

(2) Dejó sin terminar *El Poema del Infinito, La Mujer ideal, La Evolución del Espíritu*. Las poesías de Encina están en un tomo que se publicó en Buenos Aires en 1883.

pleo en la lírica de los vocablos bárbaros del pueblo, ya hemos dado nuestra opinión en otra parte; pero si es impropio y de muy mal gusto en odas y canciones, no lo parece tanto en las comedias ni en las obras que de algún modo participan del carácter de tales. Esta circunstancia salva hasta cierto punto a Estanislao del Campo, que escribió con el título de *Fausto* un poema cuyo asunto es la relación hecha por un gaucho, del argumento de la ópera de Gounod que había visto representar en Buenos Aires. Habla el poeta:

El sol ya se iba poniendo,
La claridad se ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.

Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.

Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.

El toque de la oración
Triste los aires rompía,

Y entre sombras se movía
El crespo sauce llorón.

Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse la luna
Se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas tropezaban
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.

Ya del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De techo en techo chillando...

Habla el gaucho:

--¿Sabe qué es linda la mar?
--La viera de mañana
Cuando a gatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Ve usté venir a esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada,
Los colores de la aurora.

A veces con viento en la anca
Y con la vela al solsito,
Se vé cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve patente
Venir boyando un islote,
Y es que tray un camelote
Cabrestiendo la corriente.

Y con un campo quebrao
Bien se puede comparar,
Cuando el lomo empieza a hin-
(char

El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa a gatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen

Las arenitas labradas.

Sierras de agua viene alzando
Embravecida la mar.

Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al displayao
Gaviotas, garzas y patos.

Parece que el Dios del cielo
Se mostrase retobao,
Al mirar tanto pecao
Como se vé en este suelo.

Y en las toscas es divino
Mirar las olas quebrarse
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino.

Y es cosa de bendecir
Cuando el Señor la serena,
Sobre ancha cama de arena
Obligándola a dormir (1).

Y no sé qué da el mirar
Cuando borrosa y bramando,

Véase la rara pintura que hace del diablo:

.....uñas de gato,
Flacón, un sable largote,
Gorro con plumas, capote,
Y una barba de chivato.

Medias hasta la verija
Con cada ojo como un charco
Y cada ceja era un arco
Para correr la sortija.

(1) *Fausto, o impresiones del gaucha Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera* (1866).

Estanislao del Campo, hijo de un prócer de la independencia, había nacido en 1834; fué diputado y secretario de Gobierno de Buenos Aires. El pequeño volumen de sus poesías (1870) contiene *Acentos de mi guitarra* (décimas políticas del género gauchesco), *composiciones festivas y varias*. Lo mejor de todo lo que escribió Estanislao del Campo es el *Fausto*. De sus poesías festivas cita el señor Rojas (*Ob. cit.*) este fragmento de una de sus letrillas:

Que el señor Don N. N.
Actual empleado del Puerto,
Ande en coche descubierto
Cuando solamente tiene
Un sueldito que le viene
Como una guinda a un cañón,
Y asegura el muy bribón,
Que es honrao hasta el exceso
A otro can con ese hueso!, etc.

Algo del influjo de Mármol halla Rojas en estos alejandrinos del tiempo de Rosas:

Conmuévense en su base las ásperas montañas
Que el fuego ya revienta que esconde en sus entrañas
La tierra esclavizada del Mundo de Colón.
Sus lenguas encrespadas sacuden los volcanes,
Y fieros se desatan los rudos huracanes,
Los mares atronando con su tremenda voz.

D. Estanislao del Campo murió en Buenos Aires en 1880.

Anastasio *el Pollo* filosofa así sobre la desgracia de Margarita:

Si ella tuviese un hermano,	A quién la cara volver?
Y en su rancho miserable	Ande llevar la pisada?
Hubiera colgao un sable,	Soltar al aire la queja
Juera otra cosa, paisano.	Será su sólo consuelo,
Pero sola y despreciada	Y empapar con llanto el pelo
En el mundo qué ha de hacer?	Del hijo que usted le deja.

Todavía superior al *Fausto* es *Martín Fierro* (1872), con que José Hernández, redactor que había sido de *El Río de la Plata*, avasalló el género, y se grangeó tanta popularidad, que en menos de una década se agotaron sesenta mil ejemplares de varias ediciones (1). “En *Martín Fierro*—dice D. Miguel de Unamuno (2)—se compenetran y como se funden íntimamente el elemento épico y el lírico; *Martín Fierro* es de todo lo hispano-americano que conozco lo más hondamente español:.... Cuando el *payador* pampero, a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, o en la noche serena a la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas de *Martín Fierro*, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos inextinguibles de la madre España, ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres:.... *Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fué a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino

(1) “....puedo sin exageración decir que pasan de cien mil los ejemplares hasta ahora impresos del *Martín Fierro*, sin contar las ediciones en diarios y revistas, éxito no alcanzado ni por la *María* de Jorge Isaac, ni por el *Facundo* de Sarmiento, ni por el *Ariel* de Rodó, ni por libro alguno en América”. (Rojas—tomo I. pág. 471. etc. *Ob. cit.*).

(2) Citado por Menéndez y Pelayo.

del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo; es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno desglosado de nuestra literatura". *Martín Fierro* es, añade Blanco, "derivación genuina, aunque algo remota, de ciertos romances españoles". Léase verbigracia la descripción del combate singular de Martín Fierro con el hijo de un cacique:

Una vez entre otros muchos,	De perseguir nunca dejan,
Tanto salir al botón	Y nos traiban apretaos
Nos pegaron un malón	Si quiriámos de apuraos
Los indios, y una lanciada	Salirnos por las orejas.
Que la gente acobardada	Y pa mejor de la fiesta
Quedó dende esa ocasión.	En esa aflicción tan suma,
Habían estado escondidos	Vino un indio echando espuma,
Aguaiando atrás de un cerro...	Y con la lanza en la mano
Lo viera a su amigo Fierro	Gritando: Acabau cristiano,
Aflojar como a un blandito!	Metan el lanza hasta el pluma!
Salieron como maíz frito	Si me atribulo o me encojo
En cuanto sonó un cencerro.	Siguro que no me escapo:
Al punto nos dispusimos	La formamos al instante
Aunque ellos eran bastantes,	Nuestra gente que era poca
Qué pucha... y ya nos sacó	Y golpiándose en la boca
Como yeguada matrera.	Hicieron fila adelante.
Qué fletes traiban los bárbaros!	Se vinieron en tropel
Como una luz de ligeros	Haciendo temblar la tierra
Hicieron el enrevero	No soy manco pa la guerra
Y en aquella mescolanza	Pero tuve mi jabón,
Este quiero, este no quiero,	Pues iba en un redomón
Nos escogían con la lanza.	Que había boliao en la sierra.
Al que le dan un chuchazo	Qué vocerio! qué barullo!
Dificultoso es que sane	Qué apurar esa carrera!
En fin para no echar panes,	La indiada todita entera
Salimos por esas lomas	Dando alaridos cargó
Lo mismo que las palomas	Siempre he sido medio guapo
Al juir de los gavilanes.	Pero en aquella ocasión
Es de admirar la destreza	Me hacía buya el corazón
Con que la lanza manejan!	Como la garganta al sapo.

Dios le perdone al salvaje
 Las ganas que me tenía...
 Desaté las tres Marías
 Y lo engatusé a cabriolas...
 Pucha... Si no traigo bolas
 Me achura el indio ese día.
 Era el hijo de un cacique
 Según yo lo averigüé.
 La verdad del caso jué
 Que me tuvo apuradazo,
 Hasta que al fin de un bolazo
 Del caballo lo baje .

Ay no más me tiré al suelo
 Y lo pisé en las paletas.
 Empezó a hacer morisquetas
 Y a mezquinar la garganta
 Pero yo hice la obra santa
 De hacerlo estirar la geta.
 Allí quedó de mojón
 Y en su caballo salté.
 De la indiada disparé,
 Pues si me alcanza me mata,
 Y al fin me les escapé
 Con el hilo de una pata.

En *La vuelta de Martín Fierro*, segunda parte del poema, recuerda a Cruz, su compañero ya muerto:

Se le pasmó la virgüela,
 Y el pobre estaba en un grito—
 Me recomendó un hijito
 Que en su pago había dejado,
 “Ha quedado abandonado,
 “Me dijo, aquel pobrecito”.
 “Si vuelve, busquemelo,
 “Me repetía a media voz—
 “En el mundo éramos dos
 “Pues él ya no tiene madre:
 “Que sepa el fin de su padre,
 “Y encomiende mi alma a Dios”.

 Aquel bravo compañero
 En mis brazos expiró;
 Hombre que tanto sirvió

Varón que fué tan prudente,
 Por humano y por valiente
 En el desierto murió.
 Y yo con mis propias manos,
 Yo mesmo lo sepulté—
 A Dios por su alma rogué
 De dolor el pecho lleno,
 Y humedeció aquel terreno
 El llanto que derramé.
 Cumplí con mi obligación
 No hay falta de que me acuse,
 Ni deber de que me excuse
 Aunque de dolor sucumba.
 Allá señala su tumba
 Una cruz que yo le puse.

En una de sus frecuentes visitas a la tumba de Cruz, cierto día oye Martín Fierro desgarradores lamentos y se encamina al rancho de donde salen:

Era una infeliz mujer
 Que estaba de sangre llena
 Y como una Magdalena
 Lloraba con toda gana;—
 Conoci que era cristiana
 Y esto me dió mayor pena.

Cauteloso me acerqué
 A un indio que estaba al lao;
 Porque el pampa es desconfiao
 Siempre de todo cristiano,
 Y vi que tenía en la mano
 El rebenque ensangrentao.

“Tratábase de una cautiva, entregada en servidumbre por un indio a su china. Esta odiaba a la blanca, tal vez por celos; hasta que un día, habiendo fallecido una hermana de la dueña del toldo, acusaron a la cristiana “de haber hechao brujería”. La cristiana era viuda, pues había muerto su esposo en el mismo malón de su cautiverio, y tenía con ella su único hijo, de tierna edad. Convencido el indio de que la cautiva había “hecho el daño” en su casa, y no consiguiendo esa confesión por torturas, vengóse de ella degollando a su hijito, y atando las manos de la madre con los redaños de la criatura inmolada (“Me amarró luego las manos—Con las tripitas de mi hijo”).

La indignación de Martín Fierro no reconoce límites: saca al punto su cuchillo y el indio arremete contra él, armado con sus “bolas”.

Al fin de tanto lidiar
Con el cuchillo lo alcé—
En peso lo levanté
Aquel hijo del desierto—
Ensartado lo llevé,
Y allá recién lo largué
Cuando ya lo sentí muerto.—

Me persigné dando gracias
De haber salvado la vida:
Aquella pobre aflijida
De rodillas en el suelo
Alzó sus ojos al cielo
Sollozando dolorida.

Me hiqué después a su lado
A dar gracias a mi Santo—
En su dolor y quebranto
Ella, a la Madre de Dios,
Le pide en su triste llanto
Que nos ampare a los dos.

Se alzó con pausa de leona
Cuando acabó de implorar,
Y sin dejar de llorar
Envolvió en unos trapitos
Los pedazos de su hijito
Que yo le ayudé a juntar.

Léanse también algunos de los consejos de Martín Fierro:

Hay hombres que de su ciencia	Si no han de enseñarnos nada;
Tienen la cabeza llena;	El hombre de una mirada
Hay sabios de todas menas,	Todo ha de verlo al momento;
Mas, digo sin ser muy ducho:	El primer conocimiento
Es mejor que aprender mucho,	Es conocer cuando enfada.
El aprender cosas buenas.	Aprovecha la ocasión
No aprovechan los trabajos	El hombre que es diligente;

Y téngalo bien presente	Siempre los ha de perder
Si al compararla no yerro:	Una mujer ofendida.
La ocasión es como el fierro,	Procuren, si son cantores,
Se ha de machacar caliente.	El cantar con sentimiento:
Si entriegan su corazón	No templen el estrumento
A alguna mujer querida	Por sólo el gusto de hablar,
No le hagan una partida	Y acostúmbrense a cantar
Que le ofienda a la mujer;	En cosas de fundamento.

En cuanto a la forma de este famoso poema, pensamos con el señor Mitre (1) que su autor "ha abusado un poco del naturalismo y que ha exagerado el colorido local en los versos sin medida de que ha sembrado intencionalmente sus páginas, así como en ciertos barbarismos que no eran indispensables para poner el libro al alcance de todo el mundo, levantando la inteligencia vulgar al nivel del lenguaje en que se expresan las ideas y los sentimientos comunes al hombre".

CAPITULO V

Continúa la misma materia.—D. Carlos Guido y Spano.—Pedro B. Palacios. (Alma fuerte).—D. Rafael Obligado y D. Calixto Oyuela.—La Justa literaria.—D. Martín Coronado, D. Domingo Martinto, D. Martín García Meróu, y otros. •

Conocidísimo en todo el Nuevo Mundo por sus tiernos e inspirados cantos en que predomina generalmente como en los de Lamartine el tono melancólico, fué el autor de *Hojas de viento*, D. Carlos Guido y Spano, hijo del ya conocido escritor y publicista D. Tomás Guido, e individuo correspondiente de la R. A. E., muerto a la avanzada edad de 91 años, en julio de 1918. Véase una muestra de su poesía:

(1) Citado por Rojas. *Lit. arg.* T. 1º pág. 562.

AT HOME

Bella es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también, fiel compañera!
Y levantad a Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reúne y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
Luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren a las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia,
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbra
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber. En ella
El despotismo estúpido se estrella:
De la patria los hierros destruyó.

Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de amor, de paz, que es la armonía,
Podáis decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado;
No fué un prócer, fué más, hombre de bien.

De Guido y Spano escribió el distinguido literato argentino D. Joaquín V. González, académico correspondiente de la Española: "Hay en su persona una doble virtud que le llama al supremo galardón: una vida consagrada a las musas de la patria y una honrada y pura ancianidad, semejante a las encinas por lo vigorosa y florida. Guido es la personificación de la poesía para todos los corazones de la generación que hoy sostiene el peso de la vida nacional. Hemos aprendido a leer en sus estrofas, hemos cantado en la infancia, en la juventud, en las ciudades y los campos, entre los llanos y las montañas, las dulces y melancólicas lamentaciones de la joven paraguaya, quedada después de la guerra como las tristes muchachas de Sión junto a la fuente, llorosa y casi exhausta, recordándonos esas flores espontáneas que suelen brotar de los cementerios o de los campos de batalla" (1).

Reproducida en periódicos de Sur-América hemos visto su composición intitulada:

(1) El bello canto a que alude el Sr. González puede verse en nuestra *Historia de la Literatura paraguaya*.

AMIRA

¿Conocéis a la dulce y tierna Amira?
Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
Hay en su voz la suavidad del ruego.

El flamenco nadando en la laguna
Entre el verde juncal, no es más gallardo;
Expira un vago resplandor de luna,
Tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
De su candor al virginal destello;
Se sueña con las rosas, con la aurora,
Con las hebras también de su cabello.

Parece que un espíritu celeste
Siguiéndola invisible la perfuma,
Y que su blanca y ondulante veste
Por el aire agitado hiciese espuma.

Ayer la ví pasar en lontananza
E imaginó mi alma entristecida,
Era el ángel de la última esperanza
Que buscaba el sepulcro de mi vida.

Un año antes que Guido y Spano, más o menos, bajó al sepulcro otro viejo poeta argentino, conocido en América por *Almafuerte*, pseudónimo con que firmaba sus obras literarias D. Pedro B. Palacios. Dicen que tenía notables prendas de tribuno, pero que jamás se dedicó sino a maestro de escuela. Sin bienes de fortuna llegó, pues, a la ancianidad y, sabedor de su penuria, el Congreso Argentino le regaló la suma de cien mil pesos. Escribió *Almafuerte* una paráfrasis del *Cantar de los Cantares* y el poema *La sombra de la Patria*. He aquí una muestra por donde puede juzgarse de las cualidades y defectos de su poesía:

OLIMPICOS

Vislumbrar una luz a lo lejos,
Cuya luz en el yo se retrata,
Cual se observa, a la vez una estrella

Rodando en el éter, rielando en las aguas:
Es tener vocación y conciencia;
Guerrear con divisa y con armas:
Armas propias, divisa de fuego
Que el árduo pasaje del héroe señalan.

Avanzar con la carne en el polvo,
Carne vil que del polvo no se alza,
Mientras forja la mente indomable
La escena y el cuadro, la estrofa y la estatua:
Es haber aflojado las cuerdas
Que a la torpe materia nos atan:
Ostentar con el clásico Alcides,
La leche de Juno vibrando en la casta.

Recibir el dolor o sufrirlo
Con no sé qué mental arrogancia,
Cual pudieran sentir—si sintiesen,—
Los nobles metales la acción de la fragua:
Es tenerse por hombre y gozarse
En su propia virtud y sustancia;
Merced la corona de espinas
Que es nimbo y diadema, que es yelmo y es tiara.

Aceptar el placer y vivirlo
Con un dejo de hastío y nostalgia,
Cual pudiera entregarse a los faunos,
Forzada de Jove, la púdica Diana:
Es probar un espíritu fuerte
Refractario a las artes de Onfalia:
Sacudir todavía, en los hombros,
Del ángel caído las místicas alas.

Sospechar una mano en la sombra
Que combina fantásticos dramas,
Que describe una red de caminos
Por donde las fuerzas del orbe se lanzan:
Es tener la intuición de la ciencia,
De una ciencia profunda y exacta,
Que a esta suma de causas y efectos
Supone un efecto; supone una causa.

Esperar esta vida futura,
Vida plena, sin nubes ni pausas,
Donde todo es amable, y adonde
No cabe, siquiera, la cólera santa:
Es sentir la pasión de lo hermoso

Al supremo nivel exaltada:
Suprimir la estrategia sublime
De aquel que en el seno del tiempo trabaja.

Percibir en la propia conciencia
La noción de lo bueno que canta,
Como el eco de un mundo invisible
Que es centro, y es fuerza, y es vida, y es gracia:
Es tener un blasón sobre el pecho:
Es llevar las insignias humanas;
Es reinar sobre el lodo y las bestias
Y ser hijo de Dios y ser alma!

De D. Ricardo Gutiérrez, antiguo médico del Hospital de Niños, son *La fibra salvaje*, *Lázaro* (poemas), *Los huérfanos*, *Los expósitos*, *La hermana de la Caridad*, *La oración*, *El poeta y el soldado*, *El misionero*, etc. El *Lázaro* es, según Martínez, más americano que *La Cautiva*, de Echeverría, no por las descripciones sino por el héroe. Léase como muestra del estilo de Gutiérrez,

EL CUERPO Y EL ALMA

Sobre los llanos de la tierra mía,
Sobre los montes de la tierra extraña,
Sobre el abismo de la mar inquieta,
Sobre el fúnebre campo de batalla,
Como una sombra,
Como un fantasma,
Ah! siempre lejos de tu hogar querido
La sombra de la vida me arrebató!
Parece que la fuerza del destino
El cuerpo mío de tu cuerpo aparta,
La senda tuya de mi senda borra,
La vida mía de tu vida arranca,
Y lejos hunde,
Y lejos alza,
El rumbo sin oriente de mi huella,
El paso sin reposo de mi planta!

Sobre la tierra de la patria suya,
Sobre la roca de la tierra extraña,
Sobre las ondas del desierto amargo,

Sobre el campo sin Dios de la matanza,
Como los cielos
Y la alborada,
Siento en el alma la existencia mía
Ligada a la existencia de tu alma!
Parece que la fuerza del destino
El cuerpo mío de tu cuerpo arranca!
Parece que el Señor ató en la vida
Tu alma con mi alma!
Y el cuerpo errante sobre el mundo inmenso
Sigue la maldición que le arrebató!
Y el alma dolorosa y abatida
A tu desierto espíritu se amarra!

Después de éstos hay que nombrar entre los poetas argentinos más caros a las Musas, a D. Calixto Oyuela y D. Rafael Obligado, miembros correspondientes de la Real Academia Española, y “paladines—dice el padre Blanco—de una *Justa literaria*, en que el primero defendió la intransigencia clásica y el segundo, los ideales del americanismo aplicados a la poesía argentina, a pesar de lo cual Oyuela es un panegirista ferviente de Obligado, y éste, sin reparar en escrúpulos de patriotismo, sigue las huellas de los grandes maestros castellanos, así antiguos como modernos”.

“En los cantos de Oyuela—prosigue el mismo crítico—se ve al idólatra de la antigüedad greco-latina y de aquellos autores que mejor la han comprendido desde la era del Renacimiento hasta nuestros días, desde Fray Luis de León hasta Andrés Chenier y Leopardi; pero al celebrar la gloria del primero en versos que son una profesión de fe artística, y traducir y admirar sin reservas las obras del último, a despecho del pesimismo y de la impiedad que en ellas palpitan, bien da a conocer el distinguido literato argentino que no hace gran caudal del fondo poético, ateniéndose únicamente a la hermosura y transparencia de la forma; y aún, quizá por esta misma causa, lo que ante todo se echa de me-

nos en sus *Cantos* es el calor de la emoción, la originalidad y alteza del pensamiento". He aquí un fragmento de su versión de Leopardi intitulada *Remembranzas*:

Oh Nerina! ¿Y de tí no oigo a estos sitios
Ya por ventura hablar? Caiste acaso
De mi memoria tú? ¿Dónde te has ido,
Que sólo, encanto mío, tu recuerdo
Encuentro aquí? No más, no más te mira
Esta tierra natal: esa ventana
Donde solías conversarme, y donde
Triste el fulgor de las estrellas luce,
Yace desierta. ¿Dónde estás que no oigo
Más tu voz resonar, como en un día,
Cuando al llegar cada lejano acento
Del labio tuyo has a mi oído, el rostro
Me demudaba? Ya no más. Tus días
Fueron, mi dulce amor. Pasaste. A otros
El cruzar por la tierra hoy cabe en suerte
Y habitar estas perfumadas cumbres.
Pasaste; mas, cuán rápida! Tu vida
Cual sueño fué. Cuando, danzando, el júbilo
En tu frente brillaba, y en tus ojos
Brillaba aquel soñar, aquella lumbre
De juventud, fueron del hado extintos
Y yaciste. Ah, Nerina! Aún en mi alma
Reina el antiguo amor. Si me encamino
Alguna vez a fiestas, a saraos,
Digo: Oh Nerina! Tú a saraos, a fiestas
No te preparas más, no te encaminas.
Si Mayo torna, y flores y cantares
Los amantes van dando a las doncellas,
Nerina, digo, para tí ya nunca
Torna la primavera, amor no torna.
Y si un día sereno, una florida
Ribera miro, o siento un goce, exclamo:
Ya no goza Nerina; el campo, el aire
No mira ya. Ay! feneciste, eterno
Suspiro mío: feneciste, y siempre
Compañera será de mi errabundo
Imaginar, de mis potencias todas,
De los tristes y fervidos latidos
Del corazón, la remembranza acerba.

A D. Rafael Obligado justamente encomia Valera en la primera de sus *Cartas Americanas* (1ª serie) referentes a *Poesía argentina*. A él aplica el erudito académico el elogio que de D. Esteban Echeverría hizo el propio Obligado en estos versos:

Como surgiendo del silente abismo,
El mundo americano
Alborozado se escuchó a sí mismo:
El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores;
Y el vergel tucumano
Prestando oído a su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores.
Desde la hierba humilde
Hasta el ombú de copa gigantea;
Desde el ave rastrera que no alcanza
De los cielos la altura,
Hasta el chajá que allí se balancea
Y a cada nube oscura
A grito herido sus alertas lanza;
Todo tiene un acen'io
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento,
Que no traiga a sus versos el aliento
De la tierra argentina.

Ya el señor Oyuela había dicho refiriéndose a la poesía de Obligado en una carta a que en otro lugar hemos hecho referencia: "Los nobles sentimientos e ideas que usted expresa son tales como deben ser, y son naturalmente imaginados y sentidos por un argentino de raza española. La lengua en que están es pura lengua española. Aunque usted conoce y estima, como toda persona de buen gusto, la literatura francesa, no se deja dominar por su influjo. Ni el más leve soplo francés corre por las delicadas páginas de su libro. Tampoco hay en él nada italiano, nada inglés, ni nada alemán. En cambio, sin que usted lo haya solicitado, quizá desconociéndolo, y con sólo dar rienda suelta a su naturaleza ame-

ricana y a su carácter argentino, tiene el libro de usted no poco de andaluz. De ahí, que maneje usted el castellano con tanta pureza, soltura y gallardía”.

Leyendo las *Poesías* (1) de Obligado ha creído reconocer Valera en el estilo del poeta argentino, algún rastro, aunque confuso, de la manera de Núñez de Arce y de Velarde. También encuentra en varias composiciones del género amoroso, no poco de influjo becqueriano. Pero, como nota bien el crítico, este influjo no penetra al fondo de las composiciones y queda reducido a la forma:

Pero llegas... y el agua
El bosque, el cielo mismo,
Es como una explosión de mil colores,
Y el aire rompe en sonoros himnos.

Así la primavera
Del trópico vecino
Desciende, y canta repartiendo flores
Y colgando en las vides los racimos.

Cuán suenan gratamente
Acordes, en su ritmo,
Del agua el melancólico murmullo
Y el leve susurrar de tus vestidos!

¿Ni qué agregar al juicio de Valera acerca de las raras prendas de Obligado como poeta narrativo? “A más de excelente poeta lírico—dice el escritor español—me parece usted buen poeta narrativo, según el testimonio brillante que de ello da en la leyenda de Santos Vega. Las décimas en que está escrita esta leyenda son no menos fluidas, bien hechas y ricas de rimas que las décimas empleadas por Núñez de Arce y por Velarde en descripciones y narraciones. Las de usted tienen además para mí algo de peregrino y nuevo: me pintan con el colorido

(1) Buenos Aires, 1885, magnífica edición acompañada del retrato del poeta y excelentes grabados.

do y precisión de la verdad, la pampa y la vida primitiva de sus habitantes; me traen como un aroma sutil de sus flores y un eco suave y adormido de sus músicas y de sus rumores misteriosos.

“Santos Vega es el *payador de larga fama*: el más celebrado poeta, cantor y tocador de guitarra que ha habido en la pampa entre los gauchos. Su contienda con otro trovador exótico, medio hechicero, que aparece obrando prodigios, y el triunfo de este nuevo trovador sobre el antiguo, que muere de pesar del vencimiento, todo es sin duda simbólico: es el triunfo de la vida moderna, y de la industria, y de los ferrocarriles, y de las ciudades, sobre el modo agreste de vivir en lo antiguo, en aquel florido y verde desierto, en aquella extensa llanura que los Andes limitan; pero si bien usted, como poeta, lamenta la pérdida de un poco de poesía, harto deja conocer que sobre esa poesía florida, si es que se pierde, ha de florecer otra, y ya florece en la mente y en el libro de usted, que vale muchísimo más que la del *payador Santos Vega*.

“Justo es, no obstante, que usted dé a Santos Vega las alabanzas que merece por más que, al dárselas, se las dé escribiendo tan preciosa leyenda, y dándole envidia de la que el pobre Santos Vega sería capaz de morirle, si ya en la lucha con el trovador y mago intruso no hubiera muerto”.

Recientemente el celebrado poeta argentino ha bajado al sepulcro. La literatura de Hispano-América se consolará tarde de tan gran pérdida. He aquí, para concluir esta breve noticia, el *Himno del payador*, donde a pesar de los encomios trascritos se notan no pocos defectos de forma:

En pos del aiba azulada,	Y victoriosa mirada.
Ya por los campos rutila	Sobre la curva lomada
Del sol la grande, tranquila	Que asalta el cardo bravío,

Y allá en el bajo sombrío
Donde el arroyo serpea,
De cada hierba gotea.
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines
De la pampa, uno tras otro,
Sobre el indómito potro
Que vuelca y bate las crines,
Abandonando fortines,
Estancias, rancho, mujer,
Vienen mil gauchos a ver
Si en otro pago distante,
Hay quien se ponga delante
Cuando se grita: a vencer!

Sobre el inmenso escenario
Vanse formando en dos alas,
Y el sol reluce en las galas
De cada bando contrario;
Puéblase el aire del vario
Rumor que en torno desata
La brillante cabalgata
Que hace sonar, de luz llenas,
Las espuelas nazarenas
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano
Divide el campo después,
Señalando de través
Larga huella por el llano;
Y alzando luego en su mano
Una pelota de cuero
Con dos manijas, certero
La arroja al aire, gritando:
—Vuela el "pato"!...! Va buscando
Un valiente verdadero!"

Y cada bando a correr
Suelta el potro vigoroso,
Y aquél sale victorioso
Que logra asirlo al caer.
Puesto el que supo vencer
En medio, la turba calla,
Y a ambos lados de la valla
De nuevo parten el llano,

Esperando del anciano
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor
Ronco truena en el circuito,
Y el caballo salta al grito
De su impávido señor;
Y vencido y vencedor,
Del noble triunfo sedientos,
Se atropellan turbulentos
En largas filas cerradas
Cual dos olas encrespadas
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea
Su feliz conquistador,
Y su bando en derredor
Le defiende y clamoorea.
Uno y otro aguijonea
El ágil bruto, y chocando
Entre sí, corren dejando
Por los inciertos caminos,
Polvorosos remolinos
Sobre las pampas rodando.

Uno al fin, tras la pechada
Del caballo, recia y fija,
Logra asir de la manija
La presea codiciada;
Cae su dueño, atropellada
Su horda sufre mil azares,
Y, la espuela en los ijares,
La triunfante abate, huella,
Revolviendo sobre ella
Cual la tromba de los mares.

Vuela el símbolo de fuego,
Por el campo arrebatado,
De los unos conquistado,
De los otros presa luego;
Vénse, entre hálitos de fuego,
Varios ginetes rodar,
Otros súbito avanzar
Pisoteando los caídos,
Y, en el aire sacudidos,
Rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,
De las lagunas vecinas
Como vivientes neblinas,
Estrepitosas bandadas;
Las grandes plumas cansadas
Tiende el chajá corpulento;
Y con veloz movimiento,
Y como silban las balas,
Bate el carancho las alas
Hiriendo a hachazos el viento.

Con fuerte brazo les quita
Robusto joven la prenda,
Y tendido, a toda rienda:
—Yo solo me basto!—grita.
En pos de él se precipita, —
Y tierra y cielos asorda,
Lanzada a escape la horda
Tras el audaz desafío,
Con la pujanza de un río
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,
Y él los azuza y provoca,
Golpeándose la boca,
Con salvajes alaridos.
Dánle caza, y confundidos,
Todos el cuerpo inclinado
Sobre el arzón del recado,
Temen que el triunfo les roben.
Cuando, volviéndose el joven
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente
Abatía, y, silencioso,
Su abanico luminoso,
Desplegaba en Occidente,
Cuando un grito de repente
Llenó el campo, y al clamor
Cesó la lucha, en honor
De un sólo nombre bendito,
Que aquel grito era este grito:
"Santos Vega, el payador!"

Mudos ante él se volvieron,

Y, ya la rienda sujeta,
En derredor del poeta
Un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
En los atentos oídos,
Porque los labios queridos
De Santos Vega cantaban,
Y en su guitarra zumbaban
Estos vibrantes sonidos:

"—Los que tengan corazón,
Los que el alma libre tengan,
Los valientes, esos vengan
A escuchar esa canción;
Nuestro dueño es la nación,
Que en el mar vence la ola,
Que en los montes reina sola,
Que en los campos nos domina
Y que en la tierra argentina
Nos da su patria española.

"Hoy mi guitarra, en los llanos
Cuerda por cuerda, así vibre;
Hasta el chimango es más libre
En nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
El rancho aquel que primero
Llenó con sólo un te quiero!
La dulce prenda querida,
Todo!... el amor y la vida,
Es de un monarca extranjero!

"Ya en Buenos Aires, que encierra
Como las nubes el rayo,
El veinticinco de Mayo
Clamó de súbito: Guerra!
Hijos del llano y la sierra,
Pueblo argentino! ¿qué haremos?
¿Menos valientes seremos
Que los que libres se aclaman?...
De Buenos Aires nos llaman,
A Buenos Aires volemos!

"Ah, si es mi voz impotente
Para arrojar, con vosotros,
Nuestra lanza y nuestros potros

Por el vasto continente,
Si jamás independiente
Veo el suelo en que he cantado,
No me entierren en sagrado
Donde una cruz me recuerde:
Entiérrenme en campo verde
D'onde me pise el ganado!"

Cuando cesó esta armonía
Que los conmueve y asombra,
Era ya Vega una sombra
Que allá en la noche se hundía....
Patria! a sus almas decía
El cielo, de astros cubierto,
Patria! el sonoro concierto

De las lagunas de plata,
Patria! la trémula mata
Del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
Y el himno audaz repitieron,
Cuando a Belgrano siguieron,
Cuando con Güemes lucharon,
Cuando por fin se lanzaron
Tras el Ande colosal,
Hasta aquel día inmortal
En que el héroe americano
Batió al sol ecuatoriano
Nuestra enseña nacional.

Todavía debemos mencionar entre los poetas contemporáneos de los que hemos mentado en este capítulo, a D. Mariín Coronado, D. Domingo Martinto, D. Martín García Meróu, D. Adolfo Mitre (*Poesías*, 1882), D. E. Rivarola y D. J. J. García Velloso, español de nacimiento, cuyas *Hojas de laurel* (Buenos Aires, 1884), son una colección de poesías que le han valido el premio en varios certámenes poéticos.

CAPITULO VI

PROSISTAS: *Eruditos: Ciencias sociales y políticas: D. Carlos Calvo &; Las Letras: D. Santiago Estrada, D. Martín García Merou, D. Calixto Oyuela, D. Vicente G. y D. Ernesto Quesada. Academia Correspondiente de la Española. Historiadores: D. A. Zinny, D. Juan M. Garro. Novelistas: D^a Manuela Gorriti, D. Eduardo Gutiérrez, D. Carlos M. Ocantos &, &. El Naturalismo; el humorismo.*

Recordemos ahora con la brevedad que permite la demasiada extensión que ya tiene este trabajo, a los principales prosadores de la República Argentina durante el último período de su historia literaria.

Y comenzando por los escritores que han sobresalido en diversos ramos de la cultura científica, apuntemos en primer lugar a Coni y Navarro, Latzina y Agote, economistas y estadistas; a Moreno, Ceballos, Lista y Fontana, antropólogos, etnógrafos y exploradores; a Segovia, Montes de Oca, Alcorta y Obarrio, jurisconsultos, y al más célebre de todos, D. Carlos Calvo, cuyo tratado de *Derecho internacional teórico y práctico*, y tanto privado como público, es conocido y consultado de los más doctos especialistas en Europa y en América (1).

Entre los eruditos que escribieron de bellas letras brilló después Don Santiago Estrada, en cuyas *Obras Completas*, constantes de ocho tomos, recogió el autor artículos y discursos acerca de las más diversas materias, como crítica literaria, bellas artes, cuadros de costumbres, elogios de personajes célebres, viajes etc., etc., de todo lo cual habló con grande encomio Valera en dos de sus *Nuevas Cartas Americanas*. Véase una muestra del poético estilo del disertador argentino, descendiente del célebre D. Santiago de Liniers:

“Saludadas Cádiz la pulcra, Jerez la laboriosa, Sevilla la poética, Córdoba la morisca, Valencia la fecunda, Barcelona la grande, Zaragoza la heroica, Madrid la histórica y coronada Villa, cumple a mi lealtad declarar que América está envaneada de haber tenido por madre a la nación invicta que cantaba lo divino y lo humano con la lira de Lope y Calderón; pintaba lo místico y lo profano con los pinceles de Murillo y de Velázquez; esculpía el ideal de la eterna belleza con el cincel de Cano y Montañés; fustigaba las costumbres con la pluma de Cervan-

(1) La primera edición de esta obra se publicó en París, año de 1868, y la cuarta, vertida al francés, diez y nueve años más tarde, también en París.

De todos estos argentinos, y de otros más, habla el escritor francés M. Emilio Daireaux en su *Vida y costumbres en la Plata*.

tes y Quevedo, y clavaba el lábaro del Redentor y la pica de sus soldados en lo conocido y desconocido de la tierra”.

Cuéntanse también entre los literatos argentinos que ya se habían dado a conocer en las dos últimas décadas del siglo XIX, D. Martín García Meróu, cuyos *Estudios literarios* (Madrid, 1884), y sus artículos de crítica (*Libros y Autores*, Buenos Aires, 1886), “parecen desahogos de un espíritu inquieto, agitado por contrarios impulsos, que aún no ha podido fijar su criterio y su vocación” (1); el ya conocido D. Calixto Oyuela, quien en sus *Estudios literarios* y otros artículos en prosa—al decir del mismo crítico—“hace gala de extensa erudición, estilo fácil y lenguaje puro, limpio y acendrado, combatiendo en la teoría y en la práctica el desastroso espíritu de indisciplina, a que rinde culto una porción numerosa de los escritores de su patria”; D. Vicente Quesada, antiguo director de la *Revista de Buenos Aires*, y autor de *La sociedad hispano-americana bajo la dominación española*; de *Mis Memorias.—Recuerdos de mi vida diplomática. Misión en Estados Unidos* (1885-1892) (Buenos Aires, 1904), y de las monografías: *Las leyes de Indias* (1903); *Los indios en las provincias del Río de la Plata* (id.); *Los indios en la República Argentina después de la independencia*, todas muy interesantes; y D. Ernesto Quesada, hijo de D. Vicente y actual director de la Academia Argentina Correspondiente de la Real Española, el cual, por sus numerosos y eruditos trabajos, es contado entre los jurisprudentes, sociólogos, bibliógrafos y críticos de la República (2).

(1) P. Francisco Blanco García, *Ob. Cit.*

(2) La sola lista de sus trabajos *históricos* y *literarios*, puestos aparte los que le acrediten de fecundo publicista, llenaría más de una página. Vayan como prueba los títulos de los principales: *La sociedad romana en el primer siglo de nuestra era*; estudio crítico sobre Persio y Juvenal (B. A., 1878); *La im-*

A la Academia Argentina Correspondiente de la Real Española y compuesta de diez y ocho individuos de número, pertenecen, además del ya nombrado director, y de Oyuela, que es el secretario, D. Joaquín V. Gon-

prenta y los libros en la América española en los siglos XV, XVI y XVII. Discurso pronunciado en el Congreso internacional de Americanistas (En francés. Bruselas, 1879); La recepción de Henri Martin en la Academia Francesa (B. A., 1880); Goethe: sus amores. De la influencia de la mujer en sus obras literarias (B. A., 1881); Disraeli: su última novela. De la influencia de la política en sus obras literarias (B. A., 1881); Discurso en la asociación de literatos del Brasil (Río de Janeiro, 1883); Dos novelas sociológicas (B. A., 1892); Reseñas y críticas (B. A., 1893); La batalla de Ituzaingó: estudio histórico (B. A., 1894); La iglesia católica y la cuestión social (B. A., 1896); Los privilegios parlamentarios y la libertad de prensa (B. A., 1896); El museo histórico nacional y su importancia patriótica (B. A., 1897); La época de Rosas: su verdadero carácter histórico (B. A., 1898); Bismarck y su época (Conferencia. B. A., 1898); La cuestión femenina (Discurso, B. A., 1898); Las Reliquias de S. Martín: estudio de las colecciones del Museo histórico nacional (B. A., 1899); Id., con la poesía e iconografía sanmartinianas (B. A., 1900); La palabra "Valija": informe presentado al Ateneo (B. A., 1900); El problema del idioma nacional (B. A., 1900); Nuestra raza (Discurso, 1900); Historia diplomática nacional: la política argentino paraguaya (B. A., 1902); El criollismo en la literatura argentina (B. A., 1902); Un escritor guatemalteco: Antonio Batres Jáuregui (B. A., 1904); La sociología: carácter científico de su enseñanza (B. A., 1904); Las doctrinas presociológicas (B. A., 1905); La crisis universitaria (discurso, 1906); La enseñanza de la historia en las universidades alemanas (B. A., 1910); Alberto del Solar: su personalidad literaria (París, 1912); Víctor Margueritte: la tesis de su última novela y la reforma del régimen matrimonial (B. A., 1912); Manuel F. Mantilla: su personalidad intelectual (B. A., 1914); Los tres López (discurso de recepción académica B. A., 1914); José Ortega Munilla: su personalidad literaria (B. A., 1916); El significado histórico de Moreno (id); Un "hombre de letras" argentino: Angel de Estrada (1917); Avellaneda irónico (id.); El pensamiento filosófico contemporáneo (Discurso académico); El desenvolvimiento Social hispano-americano. I El período precolombino (B. A., 1917); El día de la raza y su significado en Hispano-América (1918); La personalidad de Carlos Guido y Spanó (id.); La ciudad de B. A., en el siglo XVIII (Córdoba, 1918); La figura histórica de Alberdi (id., 1918); La personalidad de Alberdi (Dolores, 1919); Rafael Obligado: el poeta, el hombre (B. A., 1920); La evolución del idioma nacional (1923). Lastima que, a causa de su liberalismo, no pueda siempre recomendarse el criterio de tan fecundo escritor.

zález, autor de *La Tradición Nacional*; D. -Pastor Servando Obligado, que lo es de amenas *Tradiciones argentinas*; D. Estanislao S. Zeballos, D. Belisario Roldán (hijo), el Excmo. D. Marco M. Avellaneda y el notable novelista D. Carlos María Ocantos, de quien más adelante hablaremos.

Sobresalieron entre los historiadores D. Antonio Zinny, español, naturalizado en la Argentina, autor de la *Bibliografía Histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata* desde 1780 hasta 1821, *Historia de la prensa periódica en el Uruguay, gaceta mercantil de Buenos Aires* (resumen), dos *Efemeridografías* (sic), rasgos biográficos de los generales Ignacio Alvarez y Juan Martín Pueyrredón, y de Domingo F. Sarmiento, *Juan M. Gutiérrez su vida y sus escritos*, *Proceso* contra el teniente general Juan Whitelocke, comandante en jefe de los ingleses invasores en 1807; *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 a 1879*, *Historia de los gobernantes del Paraguay*, (1887), *Catálogo razonado de las obras adquiridas en las provincias argentinas para la Biblioteca pública de La Plata*, *Bibliografía histórica del Paraguay y las Misiones*, *Historia de la prensa periódica de la República del Uruguay* (1807-1852); las biografías del general Arenales, de D. Felipe Senillosa, del deán Funes, de Antonio Santos, y *Heroínas y patriotas americanos* y *Cronología de los obispos del Paraguay*; D. Rafael Trellez autor del *Índice del archivo de policía* (1812-1850), su hermano D. Manuel Ricardo, que escribió *Diego García, primer descubridor del Río de la Plata* y varios trabajos sobre límites de la república, etc., etc. D. Angel J. Carranza, editor de las *Actas capitulares de Santiago del Estero*, y autor de trabajos monográficos como *La ejecución de Liniers y sus compañeros*, etc. D. Mariano Pelliza, D. Luis Varela, D. Alejandro Rosa, D. Adolfo Saldías, D. José M. Ramos Mejías y D. Juan M.

Garro, cuyo es un *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba, con un apéndice de documentos* (Buenos Aires, 1882).

Réstanos hablar de las narraciones novelescas y de viajes.

Ya desde 1845 empezó a darse a conocer como novelista en Lima, donde residía, D^a Juana Manuela Gorriti (1813-1896), cuyo primer ensayo en el género, *La Quena*, provocó acaloradas disputas. Después calcó algunos otros, como *El Lucero del Manantial* y *El Guante Negro*, en episodios de la época de Rosas. Escribió sendas biografías de Güemes y de Puch; *Panoramas de la vida* (episodios históricos y cuentos), *La tierra natal*, *El mundo de los recuerdos*, *Sueños y realidades*, *El pozo del Yocsi* y un libro de culinaria, *Cocina eléctrica*. La señora Gorriti pasa en opinión de críticos autorizados por una de las mejores escritoras hispano-americanas. Su compatriota D. Santiago Estrada hizo de ella el mayor elogio cuando afirmó que comparte con la ilustre Avellaneda el imperio literario de la mujer en la América Hispana.

Figuran también entre los novelistas D. Eduardo Gutiérrez, imitador de Sue en espeluznantes narraciones como *Juan Moreira* y *El tigre de Quequén*, D^a Eduarda García, que escribió *Pablo o el hijo de las Pampas*; D. Eugenio Cambaceres y D. Antonio Argerich que siguieron la escuela naturalista; Federico Gamboa, autor de *Apariencias*; y el doctor D. Lucio V. López, que en *La gran aldea* "recuerda algo el humorismo de Dickens" (1); D. Carlos M. Ocantos, secretario que fué de la Legación de su República en Madrid, dió allí a la estampa, entre otras, las novelas *Tobi* y *Promisión*, que es la séptima de una serie publicada por el mismo autor, y cuyos

(1) P. Blanco García.—*Ob. cit.*

personajes todos—decía D. Juan Valera—“están bien comprendidos y trazados y presentan cierta amena variedad hasta por la nación de que proceden, pues unos son alemanes, otros franceses, otros italianos, otros ingleses, y españoles otros”. “Hasta resulta de la novela que la esperanza juvenil de aquel gran estado naciente y la contemplación del florecimiento germinal de su ingente potencia productiva ejercen benéfico influjo moralizador en los caracteres; y alguien que llega de Europa hecho un pillastre ladronzuelo se convierte en un joven hacendoso y honrado a carta cabal. Bien es verdad que en esta transformación beatífica, influye no poco el amor, el cual, por dicha, no ha desaparecido de Europa todavía, ya que en Europa seguimos enamorándonos lo mismos que en Buenos Aires” (1) Después salieron a luz *Pequeñas miserias* y *D. Perfecto*, entre otras, en todas las cuales el autor “describe con singular viveza, amenidad y tino, la vida de su país, la fertilidad y riqueza de sus ciudades y campos y los caracteres, pasiones, lances y aventuras de los hombres que los habitan.” Las que se intitulan *León Saldivar*, *Quilito* etc., merecieron de D^a Emilia Pardo Bazán muy encarecidas alabanzas.

Más que novela parece libro de observación filosófico-doctrinal, a juzgar por su segundo título la que escribió el español F. Grandmontagne (*Teodoro Foronda, Evoluciones de la sociedad argentina*), en dos tomos de más de 300 páginas cada uno, de los cuales dió buena cuenta Valera en otra de sus cartas a *El Correo de España*, de la capital argentina.

A más justas proporciones halla el mismo crítico reducida la sátira de costumbres en el tomo de artículos

(1) *Ecos Argentinos*.—págs.: 189 y 191.

que Osvaldo Saavedra intituló *Risa Amarga*. De D. Víctor Gálvez son las *Memorias de un viejo*.

Por último, entre las narraciones de viajes merece contarse la que con el título de *El Color y la piedra* imprimió en Buenos Aires su autor D. Angel Estrada.

CAPITULO VII

Parnasianos y modernistas. D. Leopoldo Díaz. D. Leopoldo Lugones. Rubén Darío en la Argentina, D. Eugenio Díaz Romero, D. Manuel Ugarte. El Teatro nacional. Ultimos escritores.

Sin duda la constante comunicación de la República Argentina con Europa y, sobre todo, con la república francesa cuyos escritores, desde Víctor Hugo hasta Verlaine, han sido siempre allí muy conocidos y comentados, explica la aparición del primer centro "modernista" en Buenos Aires. Representa la escuela *parnasiana* D. Leopoldo Díaz (nacido en 1868), probablemente inmediato precursor de Darío. Como éste, escribió el poeta argentino pequeñas composiciones (*Rimas*) en que por ninguna parte se advierte la influencia revolucionaria; v. gr.;

Como esas tristes olas
Que ruedan en las playas,
Y luego se deshacen
En transparentes lágrimas,—
Así son nuestras vidas,
Así son nuestras ansias.

Como la brisa leda
Del bosque entre las ramas,
Acariciando nidos,

De aromas embriagada,—
Así las dichas huyen,
Así los sueños pasan.

Nos quedan los dolores,
Nos quedan las borrascas,
Las luchas, las tinieblas,
Las noches en el alma.—

Sin que la aurora anuncie
Que vuelve la mañana!

Y como en muchas obras de Darío, vemos en *Remember*, *A Verlaine*, y *El Secreto de Ipsipila*, por ejemplo, la decidida afición a rendir culto al arte naturalista de los griegos con que parece haberse familiarizado

el poeta, en su asidua lectura de los novísimos escritores franceses, impulsores de esta moda. Muchos vocablos, metáforas, repeticiones, etc., a que tanta afición muestra el autor de *Prosas profanas*, se hallan también en los versos de Leopoldo Díaz:

EL SECRETO DE IPSIPILA

Ipsipila tiene la blancura regia
El fulgor de la luna hiperborea
Cuando tiende su velo argentado
En las soledades de las muertas zonas.

Parece una suelta plumazón de cisnes
Sembrada al acaso, sobre agudas rocas,
Que erigen sus calvas cabezas de monstruo
Bajo el beso helado de las nieblas foscas.

Parece una estrella caída del fondo
De los vastos cielos... una misteriosa
Libélula errante de un país de Ensueño,
En pos de los lirios de una extraña flora.

(¿Tal vez un Querube, que persigue el Odio,
Le tocó los labios con sus alas corvas,
Y como el estigma de un terror sagrado
Estampó ese pliegue trágico en su boca?)

REMEMBER

Pon, cuando muera, sobre mi féretro
Aquel ramito de flores pálidas,
De albos jazmines y de miosótides
Que hallé—recuerdas?—en tu ventana.

.....

Tu cabellera tiene reflejos
Te sol poniente, fulgor de llamas;
Es el cabello de las princesas
De las Sibilas y de las Magas....

.....

Oh quién me diera besar tus ojos,
Tus ojos verdes, tu frente cándida,
Tu cabecita llena de sueños,

Llena de sueños y de nostalgias....

A VERLAINE

Fué Pan. Llegó de Grecia. Y atravesó los mares
Envuelto en vagos nimbos de luz crepusculares
Como una misteriosa y extraña evocación.
Fué Pan. Llegó de Grecia. Y en las florestas mudas
A las sagradas virgenes acarició desnudas,
Y supo del divino lenguaje de Quirón.

Nació de las augustas entrañas de Cibeles:
Efesos le ofrendaron guirnaldas de laureles
Y le ciñeron pámpanos y mirtos y arrayán.
Danzaron una pírrica Bacantes y Faunesas,
Y Náyades y Ninfas y lúbricas bellezas
Cantaron en el génesis magnífico de Pan.

Supremo lampadóforo de un culto ya extinguido:
¿Por qué como las blancas hieródulas te has ido?
El musgo muerde al mármol como a la vida el Mal.
La tripode está muda y el ara está desierta
Oh adorador extático de la divina Muerta,
Que sepultó, cayendo, las torres del Ideal!

¿Quién nos dirá del blando rumor de las colmenas,
De los azules golfos poblados de Sirenas,
Y de la roja sangre que hierve en el lagar?
¿Quién nos dirá las viejas canciones de Dyonisos,
Los cálidos misterios que buscan los citisos,
Y los epitalamios en flor, al estallar?

Pudiera decirse lo mismo de otros poemas de Leopoldo Díaz como *Las nupcias del Fauno* y *La frágil Químera*; mas para poner de resalto esta semejanza, basta recordar aquellas *Baladas en Prosa* que traen inmediatamente a la memoria la composición de Dario *En el País del Sol*:

TRISTEZA DE OTOÑO

“En aquel día opaco de noviembre las olas tristes y pálidas como mis sueños difuntos—(¿Recuerdas, Euglena?)—se perdían

con rumores que parecían lamentos ahogados, bajo los tilos mustios y los sauces crispados por el hielo.

“¡Oh! entonces cuán lentas rodaban las Horas sobre nuestros corazones heridos por una misma melancolía!—(tus lágrimas denunciadoras, tus remordimientos!)—Y hubo un instante, oh mi pensativa compañera! en que tu cabello oscuro y silencioso cayó sobre mi frente como el ala taciturna de un pájaro moribundo.

“Hubo algo—(¿recuerdas, Euglena?)—que nos rozó al pasar, sordamente: ¿fué el viento helado? ¿fué una hoja quemada por el frío? Y tú temblaste lo mismo que un arbusto frágil en la cumbre de una montaña enorme!

“Regresábamos por el camino flanqueado de sauces soñolientos, observando cuál huían las olas, tristes y pálidas, como mis sueños difuntos. Tú no dijiste más que una sola palabra—(no balbuciste más que un solo lamento!)—bajo los tilos mustios y los sauces crispados por el hielo en aquel día opaco de Noviembre!”

Leopoldo Díaz ha escrito también un poema épico (*Los conquistadores*), otros por el mismo estilo de los anteriores (*El blondo jardín de tu cabello*, *Soliloquio de Fauno*) y varios sonetos (1).

Presentemos ahora a otro de los más flamantes voceros del modernismo literario. En el *Elogio de Rubén Darío*, D. Leopoldo Lugones da uno como compendio de sus teorías estéticas. Para él, el poeta “resulta inmortal nada más que con un poco de ritmo y de rima, en los cuales no se sostiene una ley científica, ni un principio filosófico, ni una máxima moral, ni una prescripción política”. Antes de la aparición del modernismo “el idioma, es decir, el espíritu mismo hecho palabra”, era la “repetición vacía de una retórica ya muerta”, empecinado “en esta quimera anticientífica y antinatural:

(1) Fué Cónsul de la Argentina en Suiza, según aparece de una *Balada* que le dedicó Darío (Buenos Aires, 1897) para que *tome por cancillera a una de las Nueve Musas*. Actualmente es Ministro en Caracas.

que el nuevo mundo siguiese hablando como España. Solamente para el idioma, que es la más noble de las funciones humanas, no había existido emancipación". Para Lugones no existe, o mejor, es absurdo el principio de imitación en las artes representativas de lo bello; ni hay "nada más falso y más cursi que el horror académico al galicismo. Si algún país debe legítimamente influir sobre la cultura española, es el de Francia por generoso y por hermano. Reconocerlo es una prueba de sencillez buen gusto; negarlo un grosero alarde para llamar la atención, violando la conocida regla en cuya virtud la verdadera elegancia consiste en no hacerse notar". "Amar a Francia es ya una obra de belleza. Gloriar-se de ella ahora es un acto de dignidad humana".

Véase en seguida cómo Rubén Darío logró ser el "representante de un nuevo helenismo": "Todo ello consiste en dejar que la emoción poética venga con su palabra, sin reato alguno a fórmulas; y de esta suerte que sea ella la autora de la expresión correspondiente, no la prisionera de moldes preconcebidos. Y en cuanto a la imaginación, que es la otra facultad activa en el fenómeno poético, dejarla también andar, como quien divaga por un verjel sin caminos, y así va y traza el suyo simplemente con ir recogiendo flores..." "Si se mira bien, aquel doble fenómeno de la nueva poesía, resulta no ser otra cosa sino el ejercicio de la libertad de imaginar y la disposición natural de las expresiones con que la emoción se manifiesta".

Por último, no bien apareció Darío, "cuando el verso, aunque contase las mismas sílabas, sonó ya de otro modo. El estilo se animó con nuevos colores. Una música más delicada y sutil coordinó los elementos verbales. El idioma poético subordinóse enteramente a la música en que consiste. De esta música emanaron, y no al revés, la emoción y la idea. Sufrió la prosa al instan-

te la misma influencia libertadora y personal. Comprendióse que poesía y prosa, aun cuando el objeto de aquella sea revelar la emoción y el de ésta formular la noción, están gobernadas por el ritmo. Este no es, en suma, sino la manifestación del “tono vital” que en cada hombre rige la circulación de la vida. De esta suerte, en el acento particular que caracteriza su voz, tiene cada hombre su música”.

Esta *poética* corrobora: 1° el carácter revolucionario de la secta modernista, y 2° su legítima filiación francesa.

Leamos ahora algunos versos del Sr. Lugones:

LA ESTRELLA DEL PESCADOR

Con el lúcido temblor
De la lágrima al brotar,
Aparece sobre el mar
La estrella del pescador.

Su desnudez sin un tul,
Purifica al cielo inmenso,
Que así la adora, suspenso
En un éxtasis azul;

Mientras la tarde amorosa
Templa su oro veraniego,
Y en un suspiro de fuego
La absorbe como a una rosa.

El pausado mar del Este,
Que a su rayo se nivela,

Le alza, temblando en su estela,
Larga mirada celeste;

O hinchando en són de huracán
Sus olas occidentales,
Le arroja randas y chales
Con largueza de sultán.

Elevándose después,
Más dulce alumbra la estrella,
Y la noche, en torno de ella,
Se azula como un ciprés.

Y agranda su claridad,
Tan profunda y tan inmensa,
Que parece que la piensa
Su divina oscuridad.

Cuesta trabajo descubrir aquí, ni en ninguna de las composiciones de Lugones que transcriben casi a diario los periódicos de Sur América, aquella “disposición natural de las expresiones con que la emoción se manifiesta” característica, en su concepto, de la “nueva poesía”. ¿Ni hemos de entender, tampoco, por “ejercicio de la facultad de imaginar” el decir lo que primero nos ocurra, y escribir que el poeta

Es el gran luminoso y él es gran tenebroso.
 La rubia primavera le elige por esposo.
 El se acuesta con todas las flores de las cimas;
 Las flores le dan besos para que él les de rimas....?

No es menos extravagante decir que

El cielo es la frente
 De Dios, sobre la eterna serenidad suspensa.
 Cuando se llena de astros y sombra, es que Dios piensa;
 en todo lo cual hay cierto sabor victor-huguiano, que
 trasciende también en los que siguen:

La cima es el esfuerzo visible del abismo
 Que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo.
 El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella
 Sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Para persuadir que Dios le ha hablado con las tres
 grandes voces del trueno, el mar y el viento, asegura que
 Dios ha dicho palabras a la hoja de hierba....

Según Lugones,

Homero es la pirámide sonora que sustenta
 Los talones de Júpiter, goznes de la tormenta;

y los alumnos de las Musas,

Harmoniosos doctores del Espíritu Santo.

En otro tiempo tuvo también el sol *cresta de fuego*
 y *talones de pluma*, y los Apóstoles fueron

participios
 Del Verbo que se perora.

Mejor, con todo, es eso, que no obligarnos a acudir
 con los dedos al socorro de las narices, como es fama
 que en cierta ocasión hizo D. Quijote, para evitar el tu-
 fillo que estos versos exhalan:

Desarma la muñeca y el carcañar del fuerte
 Cuyos sobacos huelen a bravío y a muerte.

No más noble es esta alusión al coloso del Norte:

El tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
Tiene la cepa de Hércules....

ni decir, tomando a Dario la metáfora, que el porvenir de América *palpita*

Como el feto de un astro futuro, entre el oleaje
De las causas divinas....

Con estar casi todas las composiciones que de este escritor conocemos, plagadas de giros y vocablos desusados, de comparaciones y metáforas violentas, de pensamientos oscuros y enigmáticos, todavía pueden entre sacarse de sus obras algunos versos que revelan al artista, aunque extraviado por influjo de su época y perdido en el laberinto de las extravagancias de última moda.

En la *Rima de los Ayes* habla Lugones de una lira

.....sinistra y enlutada
Envuelta en negros paños como un féretro,
Llena de sonos y de voces vagas
Cual si gimiera un alma tenebrosa
En el hueco sonoro de su caja;

y, a la manera de cualquier tétrico romántico del pasado siglo, dice cómo

De un rincón donde había mucha noche
Como un inmenso horror surgió un fantasma.

Aquello de

Cuando sueñes que un sapo te acaricia
Con su beso de almizcles y de babas....

parece, en efecto, cosa de pesadilla. Y prosigue:

Cuando recuerdes a Luzbel llorando
Un llanto cruel como un collar de brasas....

He aquí una descripción *A Pleno Sol*:

En generoso aliento se exhalaba el tomillo;
La tarde puso un poco de rosa en su pincel,
Y un haz de sol poniente, ya manso y amarillo,
Se tendió ante la casa como un largo lebre.

En *El Oro del Otoño*, el brillo de la luna

esboza y trunca

La adorada quimera del castillo

Que alza el amor sin habitarlo nunca.

La siguiente que tomamos de los *Cantares del Mar y de la Luz*, es de lo menos desigual que conocemos del poeta argentino:

VIENTO Y OLAS

Su alta crín el mar enarca	Lanza el empuje violento
Con vasto rumor de fronda.	Abreviando más sus treguas,
El potente hombro de la onda	Las innumerables yeguas
Va apalancando la barca.	Que engendra en la sombra el viento.
El tiempo se ha puesto malo,	Y en los insalvables bancos
Aspero el obenque vibra,	Que el arenal mulle denso,
Y el vigor gime en la fibra	Revientan con golpe inmenso
Más recóndita del palo.	Sus profundos pechos blancos.

En los versos del Sr. Lugones por ninguna parte vemos la pintura animada y viva de la naturaleza americana, tan exuberante en las regiones platenses, fenómeno que ha de achacarse al influjo del *medio espiritual*, enteramente francés, en que el poeta se ha educado y vivido. También Rubén Darío publicó en Buenos Aires *Los Raros, Prosas Profanas, y otros Poemas* (1896), en donde, como ya observó atinadamente Valera (1), lo

(1) *Ecos Argentinos*, págs.: 71 y siguientes, y 183 y siguientes.

El cosmopolitismo, que tan provechoso ha sido a la República para su engrandecimiento y material progreso, y que tanto lamentó ya, por lo que atañe a la literatura, el juicioso Oyuela, inspiró a Rubén Darío gran parte de su *Canto a la Argentina*, donde, según dice el cantor,

se confunde el tropel

De los que al infinito tienden,
Y se edifica la Babel
En donde todos se comprenden,
son a saber: los "hijos de la tierra del milagro partenopeo", los "hombres de España poliforme", los helvéticos, los "hijos del gallo de Galia", los "vástagos de Hunos y de Godos", y en suma, todos los *ciudadanos del orbe!*

más es la influencia francesa dominante en las riberas del Plata, y lo menos el influjo de la naturaleza americana que rodeaba al escritor nicaragüense. Así también la ausencia de color local en tantos poemas anteriores al modernismo, y el raro empeño de seguir hablando de las doradas arenas del Tajo y de los montes de la Arcadia escritores que quizá nada de ésto habían visto y habitaban en la otra parte del mundo, han de atribuirse a la influencia del *medio espiritual* en que vivieron durante todo el tiempo de la colonia y consumada ya la independencia política, mientras se conservaron puras entre ellos las gloriosas tradiciones vinculadas a la lengua y la literatura hispánicas (1).

Modernista ha sido también D. Eugenio Díaz Romero, nacido en 1877, antiguo director del *Mercurio de América* y redactor del *Mercure de France*. Entre sus *poesías* más notables suelen citarse la canción que se intitula *Noche de amor, Deseo y Rayo de Otoño* (sonetos). Con el cansado ritmo de que tanto gustan los modernistas escribió *La palabra futura*, de cuyo mérito puede juzgar el lector por este fragmento:

La selva, el mar, el viento, la nube, el horizonte,
Todo lo gigantesco—la llanura y el monte—
Han visto que un espectro surgía del abismo;
Que el espectro luchaba por salir de sí mismo;
Que la mies en el antro de la tierra germina;
Que una nave, armoniosa como un harpa, encamina
Su marcha vencedora hacia el azul distante;
Que una voz ha sonado anunciando el instante
En que todos los pueblos, de pié sobre la gloria,
Alcen un mismo canto de gracia y de victoria;

(1) Por encargo del Gobierno argentino escribió Lugones *El Imperio Jesuítico: ensayo histórico* (Buenos Aires, 1904) donde no es cierto que agote la materia, como dijo D. Felipe Martínez. (Ob. cit. p. 68 y sigte. Conf. D. Ernesto Quesada: *Un escritor guatemalteco*). Con ocasión del centenario del autor del *Facundo*, se publicó su libro *Sarmiento*.

Que la dicha en el alma de los seres se esconde
 Como un astro lejano en el cielo, de donde
 Descienden los perfumes de las blancas estrellas;
 Que la tierra está llena de dolorosas huellas;
 Que tras de la blancura hay un sangriento rastro;
 Que por sobre las cumbres ha despuntado un astro;
 Que hay frentes fatigadas como lámparas mustias;
 Que hay en las almas pobres sollozantes angustias;
 Que hay lúgubres harapos en mansiones fastuosas;
 Que hay lechos impregnados de heliotropos y rosas;
 Que hay cunas virginales ausentes de cariño;
 Que hay almohadones persas sobre pieles de armiño;
 Que hay tristezas de siglos en ciertos corazones;
 Que hay vidas solitarias, huérfanas de ilusiones;
 Que no siempre los labios dulcemente sonríen;
 Que hay quejas que en el aire de la noche deslían
 Congojas más amargas que el ahullar de los perros....

Rubén Darío gustó también de tan monótona repetición:

Y pues eres una mujer

Que hay que admirar y que querer,
 Que hay que admirar y que amar,
 Que hay que buscar y que escoger,
 Que hay que sentir y que estimar,
 Que hay que vivir y que adorar,
 Que hay que dormir y que besar,
 Que hay que sufrir y contemplar.... (1).

Esta *figura* acaso tenga su origen en Verlaine; pero nuestros clásicos la habrían rechazado, según esta sentencia de un personaje de Alarcón:

Que a un poeta le está mal
 No variar, porque el caudal
 Se muestra en no repetir (2).

D. Manuel Ugarte publicó sus versos en un tomo con el título de *Vendimias juveniles*, y los *Cuentos de la Pam-*

(1) V. la composición *Bella cubana*, p. 64 del libro *Sol del Domingo*, poesías inéditas de Darío. Librería de los Sucesores de Hernando, Madrid, 1917.

(2) *Las paredes oyen*, Jor. II, Etc. II.

pa, del género narrativo, como lo indica su nombre. Ugarte ha colaborado en muchos periódicos americanos y franceses y es autor de *La joven literatura hispano-americana*, ocasión de una polémica con el uruguayo Sr. Rodó; de *El Arte y la Democracia*, estudio de sociología; de *Burbujas de la vida* (P. Ollendorff, Ed., París). y de *Las nuevas tendencias literarias*, resumen de artículos publicados en *La Nación*, de Buenos Aires, en *La Lectura* de Madrid, y en *La Revue* de París. Acerca del *teatro criollo* dice Ugarte en uno de estos artículos:

“Como todos los teatros, éste nació de la manera más humilde. Fué en Buenos Aires en un circo ecuestre, entre *écuyeres* y *clowns*. El director de la compañía, el señor Podestá, tuvo la idea de extraer de una de las novelas populares de D. Eduardo Gutiérrez la atmósfera y la acción de una especie de pantomima trágica. Como debía representarse en un circo de arrabal, cuya clientela bulliciosa exigía melodramas con muchos muertos, el Sr. Podestá combinó un espectáculo que se desarrollaba mitad en una escena minúscula, mitad en la pista. Las decoraciones eran sumarias, la acción tan simple y el arte de que hicieron gala los adaptadores tan inseguro, que la pieza, juzgada por nuestros ojos, educados por el convencionalismo de los grandes centros, sólo podía aspirar a un fracaso. Sin embargo, fué un triunfo. Después de mantenerse en el cartel durante varios años, *Juan Moreira* peregrinó triunfalmente por todas las ciudades de provincia.

“Contemos en dos palabras el argumento: Un gaucho, leal y trabajador, va a pedir humildemente justicia al juez de paz de su jurisdicción, porque el colono italiano Sardetti, a quien ha prestado “unos pesos”, niega la deuda. La autoridad, representada por D. Francisco, ve con malos ojos al gaucho desde el casamiento de éste con Vicenta, a quien el juez ha galanteado sin éxito, y

aprovecha la ocasión de hacer gala de despotismo y altanería. Casi sin oír razones, condena a Moreira. Y como éste alza la voz y defiende su derecho, estalla uno de esos episodios brutales que son frecuentes en aquellos campos, donde los depositarios de la fuerza pública, lejos de todo control, sólo obedecen a menudo a sus pasiones. Abofeteado y envilecido, Moreira cae en poder de los gendarmes, que le arrastran a la prisión. De más está decir que se evade. Pero ¿cuál será la suerte del pobre gaúcho, detrás del cual galopa la policía? Después de matar a algunos de sus perseguidores en encuentros brillantes y afortunados, vuelve una noche a hurtadillas a su hogar. Más le hubiera valido no venir. Su compañera desamparada y pobre, ha cedido a las sollicitaciones de D. Francisco. El gaúcho provoca a éste y le mata en lucha leal. Pero Moreira ya no es más que un malhechor, sin casa y sin amparo, que acaba por hacerse matar a su vez en un último encuentro con los gendarmes.

“En el fondo de esta obra hay, como dice el Sr. Fontanella en un estudio interesante, una profunda moral y una alta filosofía que muestra la situación dolorosa del campesino sudamericano, víctima de los desmanes de la autoridad. Moreira sólo es al principio un hombre trabajador que somete su pleito a la justicia. Pero le burlan, le ofenden, le roban sus afecciones, y los instintos orgullosos del primitivo se desatan en una insurrección absurda contra todo lo que existe. Esta será la inspiración y el fondo de la mayoría de los dramas que se van a suceder dentro del mismo teatro”.

Muestra en seguida el señor Ugarte cómo el género se fué modificando “a medida que se apoderaba del público y arrastraba tras sí una juventud ardiente y entusiasta”. Pero en la comedia urbana, “reflejo de la vida y los conflictos de las ciudades”, se hizo más difícil el di-

bujo de los caracteres por causa del cosmopolitismo, y “el drama elegante” “resultó con raras excepciones descolorido”. La actitud hostil del gaucho ante la invasión de su territorio por el aborrecido *gringo* (extranjero); su concepto del honor que inflexiblemente exige en la mujer la fidelidad y en los hombres el valor, y el sentimiento y el deber de la venganza, parecen ser las ideas y los sentimientos que presiden a la composición de las piezas del teatro *criollo*. Entre estas obras, además del ya nombrado *Juan Moreira*, goza de gran reputación *M'hijo el doctor*, donde se da el caso de un hijo que abofetea a su padre en la escena (1). No menos de cinco teatros ha dedicado Buenos Aires a la representación de estas piezas. Según Ugarte, “la producción es copiosísima. Algunos directores abren vastos concursos, al final de los cuales las obras elegidas por un jurado prestigioso, son entregadas, durante varias noches de fiebre, al juicio supremo del público. Pero no existe un núcleo central de autores conocidos. Algunos de ellos como los señores Roberto Payró, Otto Miguel Cione, José León Pagano y Gregorio Laferrère, han sido representados con éxito en Italia o en España. Otros, como los señores Samuel Blixen, Florencio Sánchez, Martín Coronado, Alberto Ghirardo, Pérez Petit, Ezequiel Soria, Elías Regules, Méndez Caldeira, Xavier de Viana, José de Maturana, Agustín Fontanella, Hamlet-Gómez, Nicolás Granada, Levenne, Demarchi, Alfredo Duhau, Ortiz Grognet, Enrique García Velloso, Jiménez Pastor, David Peña, Fernández Duque, Martínez Cuitiño, Calcagno, Pacheco, Castagnola, Zabala, Bosch, Morante, Maturana, Castellanos, López, Queirolo, Gardell, Libonati, Cusandier, etc., etc., siguen luchando en América con ayuda de actores notables como los hermanos Podestá y los señores Ba-

(1) V. nuestra *Literatura uruguaya*.

taglia y Ducasse. El movimiento es tan importante, que ha hecho decir a D. Jacinto Benavente que "aunque hoy lo vean algunos con desdén, los exportadores de géneros teatrales extranjeros lo considerarán mañana como un peligro, porque resulta para los que desinteresadamente observan y con lealtad aplauden, un noble y artístico empeño que ha de lograr días gloriosos".

Sobresalen, entre los escritores argentinos contemporáneos, en la oratoria: D. Agustín Alvarez; D. Alfredo L. Palacios, que publicó sus discursos parlamentarios; D. Emilio Alonso Criado, quien dijo en la Facultad de Derecho de Buenos Aires una disertación que debe de ser muy erudita, sobre *El Renacimiento en Italia*; en la investigación histórica y en la crítica: D. Adolfo Saldañas, cuya es una *Vida y escritos del padre Castañeda*; D. Juan Más y Pi, autor de un ensayo sobre *Almafuerte*; Vicente French Matheu, crítico de *El estado actual de nuestro teatro*, y D. Luis Berisso que lo ha sido de varios poetas; en otros diversos ramos de las ciencias: D. Agustín de Vedia, autor de *Comentarios a la Constitución argentina*; D. Agustín Alvarez, profesor de la Universidad de la Plata, inventor de una teoría que explica la *Evolución intelectual de las sociedades*; D. Alberto Martínez que escribió sobre *La Argentina en el siglo XX*, y D. Francisco Bayón, aficionado a los *Estudios étnicos y pedagógicos*.

De hábil en la polémica y descriptor de costumbres acredita la fama a D. Gustavo Martínez Zubiría, de quien son *Alegre y Pequeñas grandes almas*. He aquí una muestra de su estilo (1):

EL MERCADO DE ESCLAVOS

"Tenía doce años y era hermoso como un ángel. Sus facciones puras y finas dibujaban un rostro encantador.

(1) En la *Joven literatura hispano-americana* (pág. 309 y siguientes), de donde tomamos esta muestra, aparece como de G. A. Martínez Zubiría.

“Qué mágicos resplandores no irradiaban sus ojos, negros y profundos como la noche! Qué encantos no tenía su sonrisa, a través de la cual se veían dos hileras de dientecillos blancos y apretados como orientales perlas!

“Qué hermoso era! su tez... ah! su tez era oscura como los pétalos sedosos del pensamiento, como las noches tropicales.

“Era un diablillo angelical. Parecía un serafín carbonizado.

“Su nombre... ¿quién sabía su nombre? Nadie; él mismo lo ignoraba.

“En el pueblo llamábanle Alegre, porque así lo había bautizado el tío Delfín. Y en verdad que tan gracioso nombre le cuadraba a maravilla, porque el chico era alegre como los pájaros cuando cantan, como los corderos cuando triscan, como las praderas cuando sonríen, como los arroyuelos cuando murmuran... Y sin embargo, allá en la profundidad de sus ojos negros, cuando estaba pensativo, veíase brillar un relámpago de tristeza; quizás era un recuerdo que venía a rozar con sus alas negras la tranquila superficie del mar de su alma; tal vez era que releía en su mente alguna página oscura de su historia.

“Porque Alegre tenía una historia, más larga que su vida.

“Pocos en el pueblo sabían algo de ella y entera, sólo su amiguita Flor del Aire llegó a conocerla, pues el chico entre avergonzado y gozoso contósela, en cambio de algo muy dulce.

De los lugares donde corrieron sus primeros años, sólo recordaba confusamente un inmenso bosque tendido en la margen de un dilatado río; un sol abrasador, una atmósfera de fuego; noches lujosas, y un continuo desfilar ante su vista de extraños animales.

“¿Qué significaba todo aquello? No podía decirlo.

“Era un rincón de las selvas africanas.

“Sus padres habían sido negros como él; conservaba grabada en la memoria su imagen; recordábalos en todo el esplendor de una hermosura y robustez incomparables.

“Sabido es que hay en el Africa occidental, en las costas del Golfo de Guinea, una soberbia raza de negros. Son los *pa-múes*, cuya tez no tiene el color intensamente oscuro y repugnante de los demás indígenas, siendo mucho más claro, y en cuyos ojos grandes y animados chispea una inteligencia nada común; su cabello es largo, y sus facciones, prescindiendo del color, no tienen nada que envidiar a las más puras del tipo caucasi.

“A esta raza privilegiada pertenecían los padres de nuestro héroe.

“Vivían felices en un pueblecillo compuesto de pobres chozas, rodeadas de campos de mandioca, de palmeras y de plátanos.

“Un día, triste día para ellos! llegaron por el río en extrañas embarcaciones unos extranjeros de blancos y barbados rostros, incendiaron sus chozas, asesinaron a muchos de sus habitantes, se apoderaron de los más hermosos y robustos y encerrándolos en la sentina de sus barcos abandonaron el país.

“Alegre iba entre ellos. Pobre niño! Cuánto tiempo pasó al lado de sus padres en aquel oscuro rincón! Los veía llorar y lloraba, sin comprender casi la causa de su llanto.

“Un día el buque en que iba se detuvo. Sus dueños abrieron las escotillas y los sacaron al puente; desde allí pudieron ver que estaban en una ciudad. Desembarcaron y reunidos en larga caravana empezaron una triste jornada.

“Desde aquel día, tan hermoso para los desgraciados que vieron de nuevo el sol después de tan largo encierro, caminaron mucho más a través de ásperas sendas alfombradas de espinosas zarzas que les desgarraban los pies.

“Cuántas veces en aquella larga y dolorosa peregrinación, el pobre niño impotente para dar un paso más, soltaba el dique a los amargos torrentes de sus lágrimas! y su madre, viéndolo llorar, lo estrechaba entre sus brazos diciendo:

“—No llores, hijo mío, ésto concluirá pronto—y la desgraciada, queriendo enjugar las lágrimas de su hijo, sólo conseguía aumentarlas con las suyas.

“Y cuán caras les costaban aquellas tiernas efusiones.

“Un guardián más cruel que los tigres de las selvas que cruzaban, azotaba sus espaldas con un látigo.

“—No lloreis, desgraciados, no lloreis; aún os falta lo mejor; guardad vuestras lágrimas para entonces.

“Y el miserable reía, mostrando sus dientes agudos y apartados como los de las hienas.

“Tras largas jornadas, llegaron a una ciudad mayor que la otra. En ella pudieron descansar algunos días, regularmente alimentados. Sus amos destinábanlos al mercado de esclavos, y mala figura hubieran hecho allí con sólo la piel y los huesos.

“Pero un día, al amanecer, lleváronlos a una extensa plaza, colocándolos en filas.

“Con razón el feroz guardia les decía que ahorraran sus lágrimas para ocasión mejor. El niño, que por dichas casualidades había sido colocado hasta entonces junto con sus padres, estaba destinado a sufrir un dolor mayor que todos los sufridos.

“Poco a poco había ido aumentándose la concurrencia de esclavos como inmensos rebaños que iban llegando de distintas procedencias, y que a la sazón llenaban la extensa plaza. Una hora después llegaron también los mercaderes de carne humana, que en breve serían sus dueños.

“Algunos de ellos se estacionaron frente al grupo de los *pamúes*, los más hermosos tipos de esclavos que había en el mercado.

“Los padres de Alegre sentían congojas de muerte. ¿Serían vendidos a un sólo dueño o los separarían para venderlos a varios, que habrían de llevarlos a distintos países donde jamás se volverían a ver?

“Un mercader se había acercado al grupo de los tres hermosos negros; examinólos prolijamente y juntándolos a otros llamó al dueño de la caravana:

“—¿Cuánto quieres?—preguntóle.

“La suerte parecía propicia; a las desdichas de aquella pobre familia no se unirá la más honda de una cruel separación.

“Pero cuando el trato estaba por cerrarse, llegó otro comprador, que dirigiéndose al dueño de la caravana, dijo señalando a Alegre.

“—¿Me vendes este niño? te doy cuarenta liras.

“—Es mío ya, respondió tranquilamente el primer comprador.

“—¿Sí? ¿cuánto ha dado usted por él?

“El extranjero, que en realidad no había aún ajustado el precio, vaciló un momento.

“—Cincuenta liras, dijo.

“—Se lo compro a usted por sesenta.

“El dueño de la caravana olfateó un buen negocio, y con los ojos brillantes de codicia, intervino en el diálogo.

“—Esperen ustedes....; el niño es mío; no lo vendo por tan vil precio.

“—Cómo! protestó el primer comprador.

“—Como usted lo oye; por menos de cien liras no lo doy.

“Los dos contendientes vacilaron; el precio era demasiado alto. Por fin el segundo dijo sacando la bolsa:

“—Allí van las cien liras; aparta el muchacho.

“—Poco a poco; todavía no es de usted, respondió sonriendo el dueño, he dicho que no lo doy por menos de cien liras, pero no he hablado de precio alguno.

“—Bien, bien; eso me gusta, murmuró el primer comprador, yo daría por él ciento diez, ni un céntimo más.

“—Se quedará usted sin él; sólo a ciento cincuenta lo cedo.

“—Ciento cincuenta!

“—Es una enormidad!

“—Ni un céntimo menos.

“Siguió el rápido altercado; ambos compradores regateaban el precio, pero sus ofertas se estrellaban en la codicia del dueño.

“Los padres de Alegre, con la muerte en el alma, escuchaban aquél diálogo, y aunque desconocían el idioma en que hablaban los compradores con su amo, demasiado comprendían por sus gestos de qué se trataba.

“No se engañaron. El primer comprador, poco dispuesto a dar las ciento cincuenta liras por el muchacho, se redujo a los otros esclavos, cediendo la plaza a su adversario.

“Este, que tenía verdadero interés en adquirir aquel hermoso negrillo, echó mano a su bolsa, sacó algunas monedas y dijo alargándolas al mercader:

“—Toma; el chico es mío.

“—Esto si está en regla; el chiquillo es suyo; puede llevarselo.

“El comprador, riendo de gusto, tomó a Alegre por la mano y quiso arrastrarlo consigo.

“—Madre, madre! gritó el niño tendiendo su bracito hacia su madre en demanda de protección.

“El grito del niño repercutió en el corazón de sus padres, que se arrojaron sobre él para defenderlo.

“La madre, como leona a quien pretenden arrancarle los cachorros, estrechó entre sus brazos a su hijo; no se lo quitarían sin hacerla antes pedazos....

“Pero, cuán poco valen las protestas de una madre ante la sórdida codicia de los hombres!

“Los corazones nada pesan en la balanza de los mercaderes.

“El látigo crugió sobre las espaldas de la esclava, y dos o tres árabes servidores de su amo, cayeron sobre ella arrebatándole al pequenuelo, no sin que antes los labios de la desgraciada hubieran rozado su frente, en un último beso, su postrer adiós”.

Don Juan José Souza Reilly ha dado al público sus *Confesiones literarias*; D. José Eneas Riú, *Hierba mala*; D. Benjamín E. del Castillo, *Dos Américas*; D. Domingo Torres Frías, *Argentinas*; D. Angel Menchaca, *Nuevo sistema musical*; D. José de Maturana, *Gentes honradas*; D. Jorge Lavalle Cobo, *Voces perdidas*, y el cronista D. Juan P. Echagüe, *Prosa de combate*. Ultimamente D. Arturo Capdevila publicó en Buenos Aires un volumen titulado *Babel y el castellano* (190 pgs., 1928).

Añadamos, para concluir, los nombres de los dramatas D. Guido A. Cartey (*El dilema*); D. Emilio Ortiz G. (*El mejor tesoro*); D. Agustín Fontanella, (*Facha-bruta*); los de los novelistas Alberto Ghirardo (1), Juan Julián Lastra, Fernández de la Puente, Payró, Otto Miguel Cione, Angel de Estrada, hijo, etc., y los de los poetas líricos Emilio Fernández, Ernesto M. Barreda, Manuel Gálvez, Enrique Blanchs, Angel Falco y Ricardo Rojas, “hombre del siglo”, según dice él mismo. He aquí el mejor de los sonetos que de él conocemos:

(1) También ha escrito versos, vg.:

AL PASAR

—Señor! Por caridad! Y su voz era
La voz de la desgracia sollozante,
Esa voz que palpita en las gargantas
Como el canto fatídico del hambre.

El subió al coche, recogió la manta,
Gritó al cochero, le indicó una calle:
Tascó el freno el bridón y partió rápido
Salpicando con barro al miserable!

LAS OLAS

Desgranan en la rauda catarata
Lluvia de perlas, mágica y luciente,
Y rizan con sus ondas la corriente
Que en la vasta llanura se dilata.

Flores de lis en búcaros de plata
Son si nace la espuma de su frente;
Y biceps de un atleta en el torrente,
Son lenguas en el mar, si se arrebatá.

Y así van, entre flores o entre rocas,
Imitando en el eco de sus bocas,
Fragor de bronces o rumor de plumas;

Como en el fondo de la vida ruedan
Esas olas del alma, que remedan
Torrentes, cataratas, mar y espumas.

Según la lista de sus obras, D. Ricardo Rojas ha escrito en verso *La victoria del hombre*, *Los lises del blasón*, *La sangre del sol*, *Los cantos de Perséphone*, y en prosa *El país de la selva*, *Cosmópolis*, *El alma española*, *Carta de Europa*, *Blasón de plata*, *La restauración nacionalista*, *La Universidad de Tucumán*, *La argentinidad*, *La ronda de la muerte*, *Caliope* (discursos y conferencias) y la *Historia de la literatura argentina* en cuatro voluminosos tomos (1º *Los gauchescos*, 2º *Los coloniales*, 3º *Los proscriptos*, 4º *Los modernos*) de que nos hemos servido ampliamente en este estudio de la interesante literatura del río de la Plata. Dos excelentes cualidades resaltan entre las demás que luce el historiador argentino: su erudición y su amor a la patria. Este le impulsa a acometer labor tan ardua como es la del historiador, rara vez bien conocida sino por aquellos que la emprenden; aquella, muestra claramente los varios talentos de quien la posée, y determina el acierto de fallos difíciles, como en el caso del pretendido "idioma argentino", que Rojas no vacila en tener por ilusión en que algunos han llegado a creer a fuerza de ignorar

la lengua madre (el castellano); y en el caso del problema indígena que, como él dice, “sigue en pie” y los gobiernos posteriores a la independencia, “con su laicismo y su liberalismo tan pregonados, han sido en este punto inferiores a los jesuitas y a los conquistadores, a quienes tanto han criticado nuestros publicistas”. “Los ejércitos de la nación emancipada, añade, no han sido menos crueles con el indio que el soldado español del siglo XVI; los gobiernos americanos tampoco han sido superiores en previsión legislativa, a los consejos de Indias”. Pero es doloroso haber de consignar al lado de estos merecidos encomios, que no aplaudimos su deplorable filosofía, particularmente en hartas cosas que se relacionan con la idea y con el culto de la Divinidad. Si el ambiente espiritual en que alienta el ilustrado escritor es, no particular sino general, no creación artificial procedente de sus lecturas, sino ambiente de la totalidad o de siquiera de parte de la sociedad a que pertenece, bien puede lamentarse el incremento que han tomado o van tomando en ella los errores del moderno paganismo. Comparados con éstos, poco pueden significar lo más o menos aventurado de algún juicio literario y ciertos descuidos de redacción. Porque, a la verdad, que Sarmiento sea o no un *genio* y el *Martín Fierro* una *epopeya* (opinión esta última que sustenta el Sr. Rojas fundado en la estética de Hegel), son al fin y al cabo materias disputables sin peligro alguno práctico; ni tampoco redundan en menoscabo de la moral la mayor o menor profusión de argentinismos ni de galicismos de lenguaje. No cabe decir lo mismo del galicismo de pensamiento, tanto menos disculpable cuanto en él se cifran los más de los errores filosóficos, religiosos y políticos que pueden achacarse a este y a otros escritores hispano-americanos.

El Sr. Rojas ha dirigido la publicación del *Archivo Capitular de Jujui* (3 vol.), de la *Biblioteca argentina* (2 vol.), de *Poesías de Cervantes* (1 vol.), de la *Biblio-*

grafía de Sarmiento (1 vol.) y ha dado a conocer las poesías de Tejeda y formado el *Cancionero de las invasiones inglesas* como en otros lugares queda apuntado, por todo lo cual merece el parabién de los inteligentes. Véase su descripción de la antigua Buenos Aires:

“Buenos Aires, ciudad de ganaderos y comerciantes, había crecido por su propio esfuerzo, sin tradición de reyes indios ni de aristocracia española, sin colinas o bosques para belleza del suburbio ni piedra para los ornamentos del cuadro urbano. La plaza humilde con la recoba de los regatones y el río sucio con las chalupas del desembarco, resumían el único espectáculo de su comercio. A la vera de la Plaza Mayor, la Fortaleza con alema y fosos, el Cabildo con arquería y torres, eran los dos únicos monumentos civiles: símbolo aquel de la majestad virreinal, y este otro, símbolo de los intereses comunales. El resto de la arquitectura, sin decorados valiosos, reducíase a casas de ladrillo y teja, de un solo piso, con labrado portal y rejas voladas en el frente, y en lo interior con su ancho patio luminoso que cuadraban los dismantelados salones. La planta urbana no alcanzaba a mil metros en torno de la plaza única, rodeada de matorrales y baches fangosos donde se atascaban las carretas. Constituía el suburbio una misérrima ranchería donde moraban indios y esclavos en el más sórdido abandono. En lo que es hoy el Parque Lezama y el Retiro, empezaban “las quintas”, como llamaban a pobres huertas sin flores ni frutos, habitadas por algunos señores que venían hasta el pueblo a caballo, por entre silvestres callejones. En los días caliginosos del verano, las familias pudientes se refugiaban en la ribera, frente a lo que hoy es el puerto, en donde Vertiz plantó su “Alameda”, ya en las chacras, de la Recoleta a San Isidro, desde entonces frecuentadas por el doble halago de la brisa costea y de las cabalgatas galantes. En los días de invierno, la vida era dura bajo el azote de las sudestadas en las calles y las casas indefensas. Sobre la cándida alquería, levantaban sus campanarios las cinco iglesias amontonadas en el área sucinta; y desde el río o la pampa se solía reconocer en los días claros, el arabesco de las cruces y el timbre de las campanas. El panorama circundante era también ingrato, pues si la corte no tenía palacios ni aristocracia, la campaña tampoco poseía esos rincones de gozo, propicios a la contemplación del ocio estético. El ancho río, de una sola ribera como el mar, sin la glauca belleza marina,

derramaba sobre la playa toscosa su agua broncea, en tanto que la llanura cercana, sin árboles ni collados, abríase hasta el nubloso horizonte, esparciendo en esa arcadia de los gauchos, las melancolías del desierto....

“Cuando hoy evocamos el cuadro y la vida porteña de aquel tiempo lejano, el pensamiento adquiere esa música del recuerdo que se trasmite al estilo, envolviendo las cosas en un velo romántico; pero si logramos libertar de tal sugestión a la fantasía evocadora, y descendemos al análisis documental, entonces llégase a ver que la existencia, para los hombres de esa época, debió de ser dura y mezquina. Un porteño de raza y de educación, Juan Agustín García, siguiendo los métodos de Fustel de Coulanges, ha trazado en su libro *La Ciudad indiana*, un cuadro muy completo de lo que fué la Buenos Aires colonial. En ella vino a infundir su soplo de heroísmo la explosión revolucionaria de 1810 a 1820; luego, su hálito de cultura la reforma rivadaviana de 1820 a 1830; por fin, su aliento da libertad la iniciación romántica de 1830 a 1840. Pero no debemos imaginar que por ello la Capital hubiera dejado de ser una aldea. Aldea es la ciudad que José Antonio Wilde ha pintado en su *Buenos Aires setenta años atrás*, libro de memorias donde la fidelidad del recuerdo y la sinceridad del dibujo sustituyen al arte del estilo ausente. En las páginas de ese libro es donde el lector puede adquirir una noción de lo que era la sociedad porteña en 1830, entre los resabios de la vieja tradición colonial, rota por las guerras de independencia, y los conatos de la nueva civilización que pugnaba por venir a la vida. El Colegio de San Carlos, ya habilitado para cuartel en 1812, había desaparecido; la Universidad, recién fundada, apenas si insinuaba intentos de cultura superior. Las clases, abolidas por la ley democrática, persistían en las costumbres, y el gaucho entraba en las calles con su arria y sus carretas, a mercar en las pulperías, o a platicar con los esclavos, que ponían su toque de color en el ambiente urbano. El puerto iniciaba su comercio cosmopolita, y los primeros europeos comerciantes llegaban con nuevas costumbres a radicarse en la tierra libre. Algunos de ellos entraban en la buena sociedad, como Bompland, Pellegrini, o Thompson, y eran la única nota exótica del salón tradicional, donde las viejas patricias tomaban mate en el estrado, servidas por un negrillo, mientras sus hijas, doncellas de ojos negros, danzaban cielos al blando són del clavecino, tocadas de grandes peinetones y vestidas de vaporosas faldas blancas....”

Entre las escritoras argentinas contemporáneas, me-

rece recuerdo, en primer término, D^a Ada M. Elflem, conocedora de varias lenguas, y desde hace años colaboradora de "*La Prensa*", donde han salido a luz muchos de sus cuentos y artículos descriptivos de paisajes y costumbres. La señorita Elflem ha publicado tres libros que se intitulan *Leyendas Argentinas*, *Del Pasado*, y *Paisajes Cordilleranos*.

Añadamos el nombre de D^a Delfina Bunge de Gálvez, cuyos versos franceses encomiaron Rubén Darío, Rodó y Madame Catulle-Mendes. Sus obras castellanas se reducen a un libro de lectura para las escuelas (*El Arca de Noé*), escrito en colaboración con su hermana D^a Julia Valentina Bunge de Uranga, a una *Historia de Nuestra Señora de Lourdes*, y *Ensayos cristianos*.

Poetisas son también D^a Sara Montes de Oca de Cárdenas, autora de un poema intitulado *Trapalanda*, y D^a Mercedes Pujato Crespo, que lo es de *Albores* y *Flores del Campo* y de un drama histórico, *Liropeya*, escrito en varios actos (1).

FIN

(1) De otros varios escritores argentinos de la última generación hay muestras en la *pequeña antología* de Ugarte, intitulada *La Joven Literatura hispano-americana*, cuya cuarta edición ha salido de la librería de Armand Colin, París, 1919.

INDICE

Páginas.

INTRODUCCION	3
------------------------	---

EPOCA PRIMERA

(1516-1816)

CAPITULO I: Primeros monumentos de la literatura; crónicas de la conquista. Poemas de la Argentina por Don Martín del Barco Centenera. Rui Díaz de Guzmán. Don Luis de Tejeda. La Compañía de Jesús en el Plata. La Universidad de Córdoba del Tucumán. Influencia de los Jesuitas en la educación científica y literaria . . .	9
---	---

CAPITULO II: Introducción de la imprenta. El Virrey Vertiz; organización de los estudios; el Convictorio de San Carlos; D. Juan Bautista Maciel. Oposición entre los franciscanos y el Cabildo secular. El Deán D. Gregorio Funes. Fundación del Teatro. La imprenta en Buenos Aires. Las expediciones científicas	25
--	----

CAPITULO III: Sociedad Patriótico-Literaria. Primer periódico de Buenos Aires; D. Francisco Antonio Cabello; Oda al Paraná; D. Manuel José de Labardén. Otros poetas. Reconquista de Buenos Aires (1806-1807). Poemas dedicados a celebrarla. "El Triunfo Argentino", por D. Vicente López y Planes. Literatura contemporánea de la guerra de independencia. La Poesía patriótica. "El Himno Nacional". Belgrano y Moreno: "El Correo del Comercio". Congre-	
--	--

so de 1810. El clero y la revolución. Oradores del Congreso de Tucumán (1816). Concluye la época primera	33
--	----

EPOCA SEGUNDA

Desde el año 1816 hasta nuestros días

PRIMER PERIODO

CAPITULO I: Consideraciones generales acerca de la historia de la literatura de la República Argentina en el siglo XIX. Primer período: desde la declaración de independencia hasta la caída del Ministro Rivadavia. La Poesía; escuela clásica; Sociedad del Buen Gusto del Teatro. Don Juan de la Cruz Varela, poeta lírico y dramático. D. Juan Antonio Miralla; sus versiones de Fóscolo y de Grey. D. Florencio Varela. La prosa política. D. Ventura de la Vega, nacido en la Argentina. Instituciones del Ministro Rivadavia: creación de la Universidad. etc. Influencia de D. José Joaquín de Mora y de D. Pedro de Angelis en la literatura	50
---	----

SEGUNDO PERIODO

CAPITULO II.—Artículo I: El Romanticismo. Don Esteban Echeverría; examen de su obra poética. Su consideración como fundador de una escuela poética americana independiente de la española. D. Hilario Ascasubi	66
Artículo II: La poesía popular	84
Artículo III: Versos del General Mitre. D. Juan María Gutierrez. D. José Mármol. Otros poemas	98
CAPITULO III: La Prosa. La Filosofía y el Derecho. Publicaciones de obras extranjeras. De Política;	

El Nacional, El Iniciador de Montevideo. Artículos de costumbres, la crítica y la historia literaria. Revista del Río de la Plata. Revista de Buenos Aires. La historia: Galería de celebridades argentinas; Biblioteca Americana; Historia de Belgrano. Descripciones y narraciones 111

TERCER PERIODO

CAPITULO IV: La poesía. Examen de la obra poética de D. Olegario Víctor Andrade; El Arpa Perdida; Prometeo; Atlántida, etc. D. Carlos Encina. La poesía nacional. D. Estanislao del Campo; el Fausto. D. José Hernández; Martín Fierro 126

CAPITULO V: Continúa la misma meteria.—D. Carlos Guido y Spano.—D. Pedro B. Palacios. (Alma fuerte).—D. Rafael Obligado y D. Calixto Oyuela.—La Justa literaria.— D. Martín Coronado, D. Domingo Martinto, D. Martín García Meróu, y otros 148

CAPITULO VI: Prosistas: Eruditos: Ciencias sociales y políticas: D. Carlos Calvo & ; Las Letras: D. Santiago Estrada, D. Martín García Meróu, D. Calixto Oyuela, D. Vicente G. y D. Ernesto Quesada. Academia Correspondiente de la Española. Historiadores: D. A. Zinny, D. Juan M. Garro. Novelistas: Da. Manuela Gorriti, D. Eduardo Gutiérrez, D. Carlos M. Ocantos &. &. El Naturalismo; el humorismo 161

CAPITULO VII: Parnasianos y modernistas. D. Leopoldo Díaz. D. Leopoldo Lugones. Rubén Darío en la Argentina. D. Eugenio Díaz Romero, D. Manuel Ugarte. El Teatro Nacional. Últimos escritores 168

FIN

"La Editorial Sur - América"
de Parra León Hermanos ter-
minó la edición de la "His-
toria de la Literatura
Argentina" por D.
Crispín Ayala
Duarte,
en Caracas, en
la Pascua de Resu-
rrección del año cente-
nario de la muerte del
Libertador Simón Bolívar.

860.982 A973



982

A973

860 982 A973
AYALA DUARTE C HISTORIA DE LA LITERAT

INSERT BOOK
MASTER CARD
FACE UP IN
FRONT SLOT
OF S.R. PUNCH

MASTER CARD



UNIVERSITY OF ARIZO
LIBRARY

4108290144-0

EDICIONES DE PARRA LEON HERMANOS

con motivo del centenario de la muerte del
LIBERTADOR SIMON BOLIVAR

"Historia de la Provincia de S. Antonino del Nuevo Reino de Granada" por el P. Fr. Alonso de Zamora. Prólogo del Dr. Caracciolo Parra. Más de 500 notas ilustrativas del mismo y del P. Lector Fr. Andrés Mesanza. 1 Tomo con 600 págs. de 24 x 32 cts.

"Obras Completas de Juan de Castellanos". Edición dirigida por el Dr. Caracciolo Parra que constará de 2 tomos del mismo tamaño que el anterior, alrededor de 500 págs. cada uno; y contendrá las Elegías, la Historia del Nuevo Reino y el Discurso de Drake.—En prensa el Tomo I.

"Documentos del Archivo Universitario de Caracas. 1725-1810". Tomo I. Coleccionados y anotados por el Dr. Caracciolo Parra. Este primer Tomo contendrá lo relativo a la "Erección e instalación de la Universidad", y a su "Organización primitiva", junto con el Cedulario completo. Cerca de 400 págs. de 16 x 23 cts. En prensa.

"José María Vargas" por el Dr. Rafael Domínguez, Bibliotecario de la Universidad Central de Venezuela: la biografía más documentada y completa del ilustre sabio escrita hasta el presente, con noticia fidedigna del origen de los estudios médicos en Venezuela. Cerca de 250 págs. de 15 x 16 cts. En prensa.

"Historia de la Literatura Argentina" por el erudito letrado D. Ciprián Ayala Duarte. Desarrollo general antológico-crítico de las letras argentinas desde su principio hasta el siglo XX. Alrededor de 200 págs. de 16 x 23 cts.



OTRAS EDICIONES DE LA EDITORIAL SUR AMERICA

"Relación de la Visita General que hizo en la antigua Venezuela el Illmo. Sr. Dr. Mariano Martí del Consejo de S. M."—Edición tomada del valioso manuscrito original que posee el Arzobispo de Caracas. Prólogo bio-bibliográfico y dirección del Dr. Caracciolo Parra. Los datos más completos y fidedignos acerca del estado y población de la antigua Diócesis en la segunda mitad del siglo XVIII, con interesantes noticias del origen de los pueblos y su desarrollo y censo. Tres tomos de 16 x 24, que suman más de 1000 páginas, y un álbum suplementario.

"Vida de Talleyrand-Périgord". Interesante biografía del célebre político francés. Un tomo con 456 págs. de 15 x 22 cts.

"Lecturas Venezolanas". Trozos escogidos de los mejores autores venezolanos con noticia biográfica de cada uno de éstos. Selección y notas del Dr. Mario Briceño Iragorry. Más de 300 págs. de 16 x 24 cts.